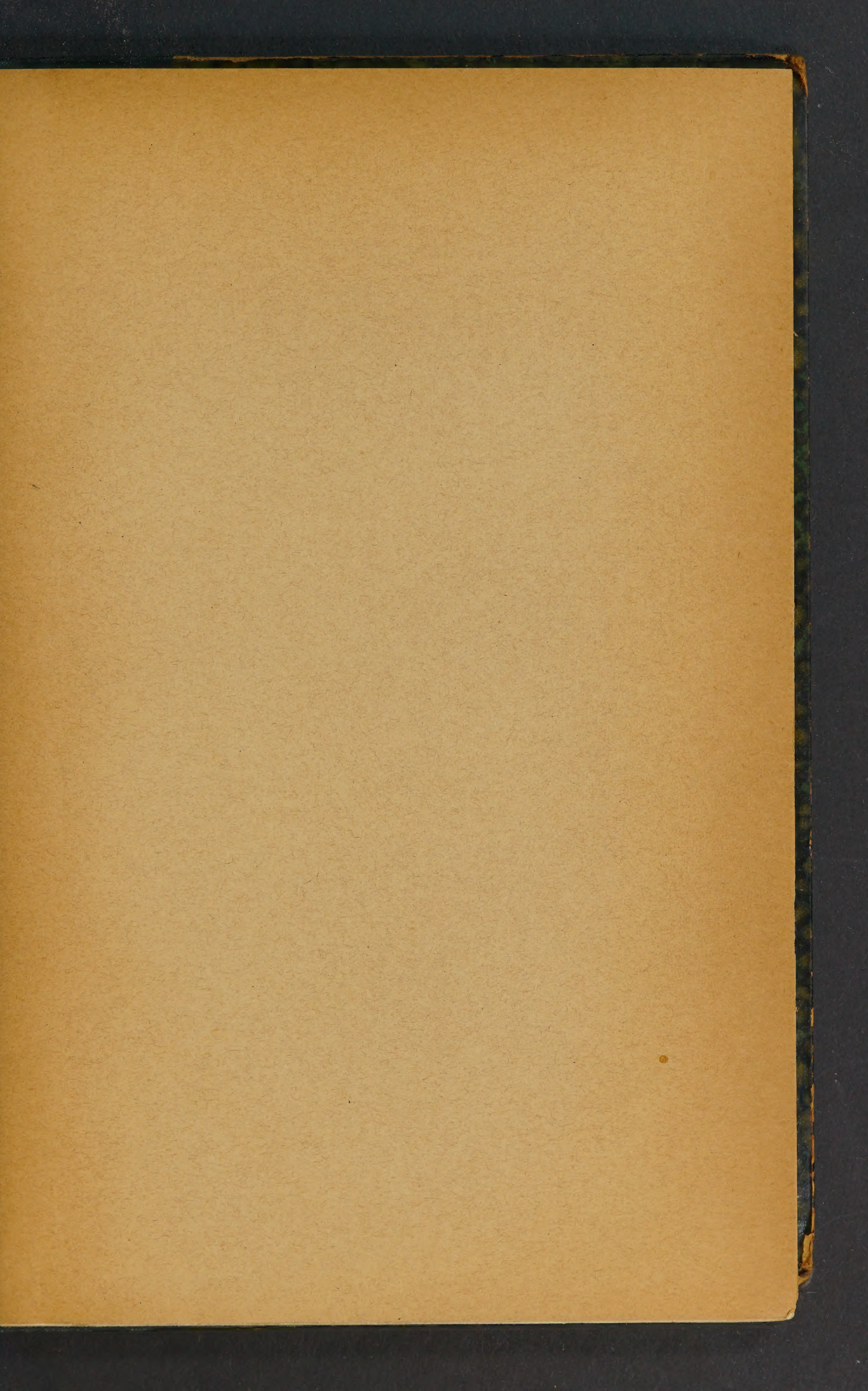


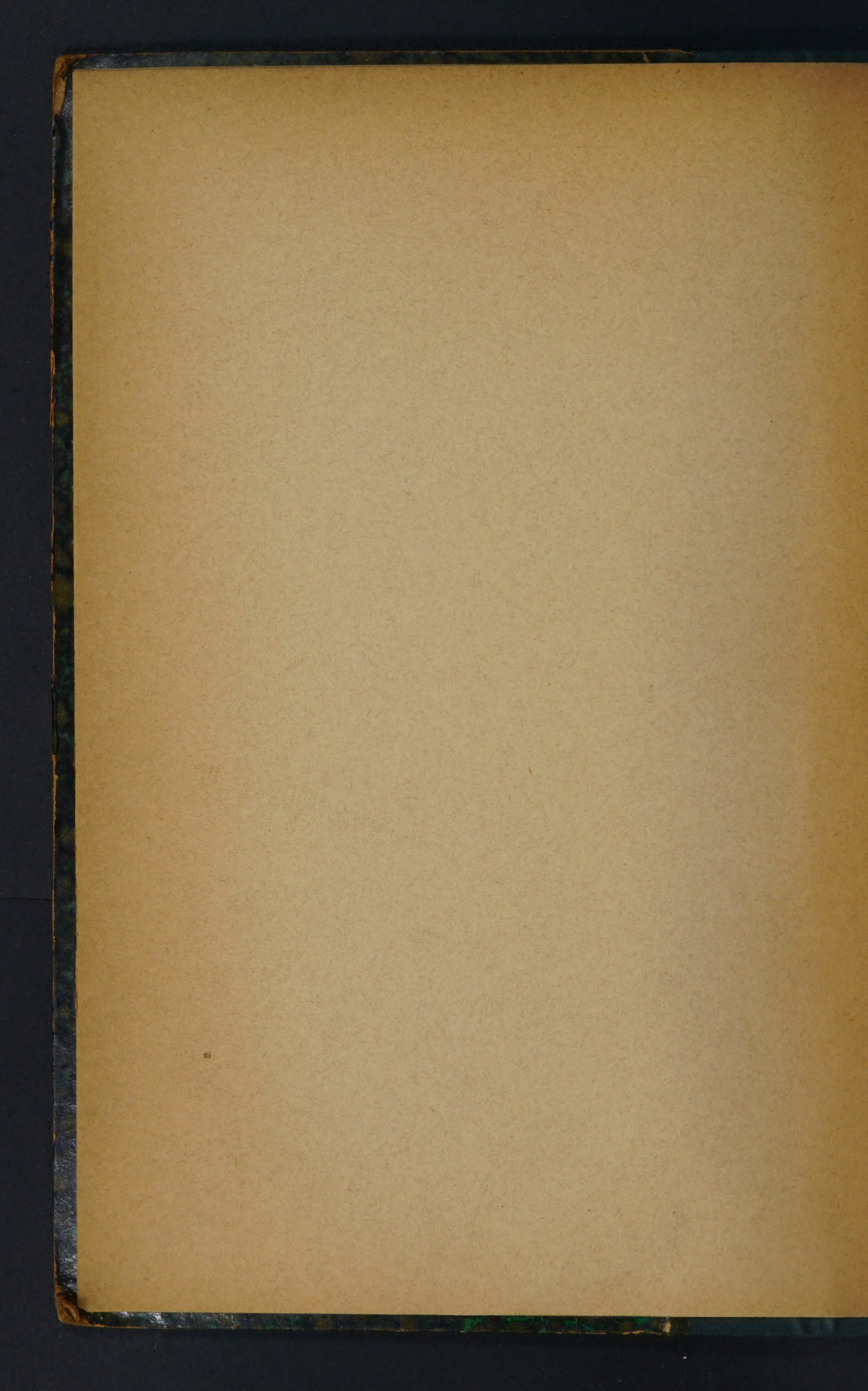
E. SAAVEDRA - ESTUDIO SOBRE LA INVASION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA







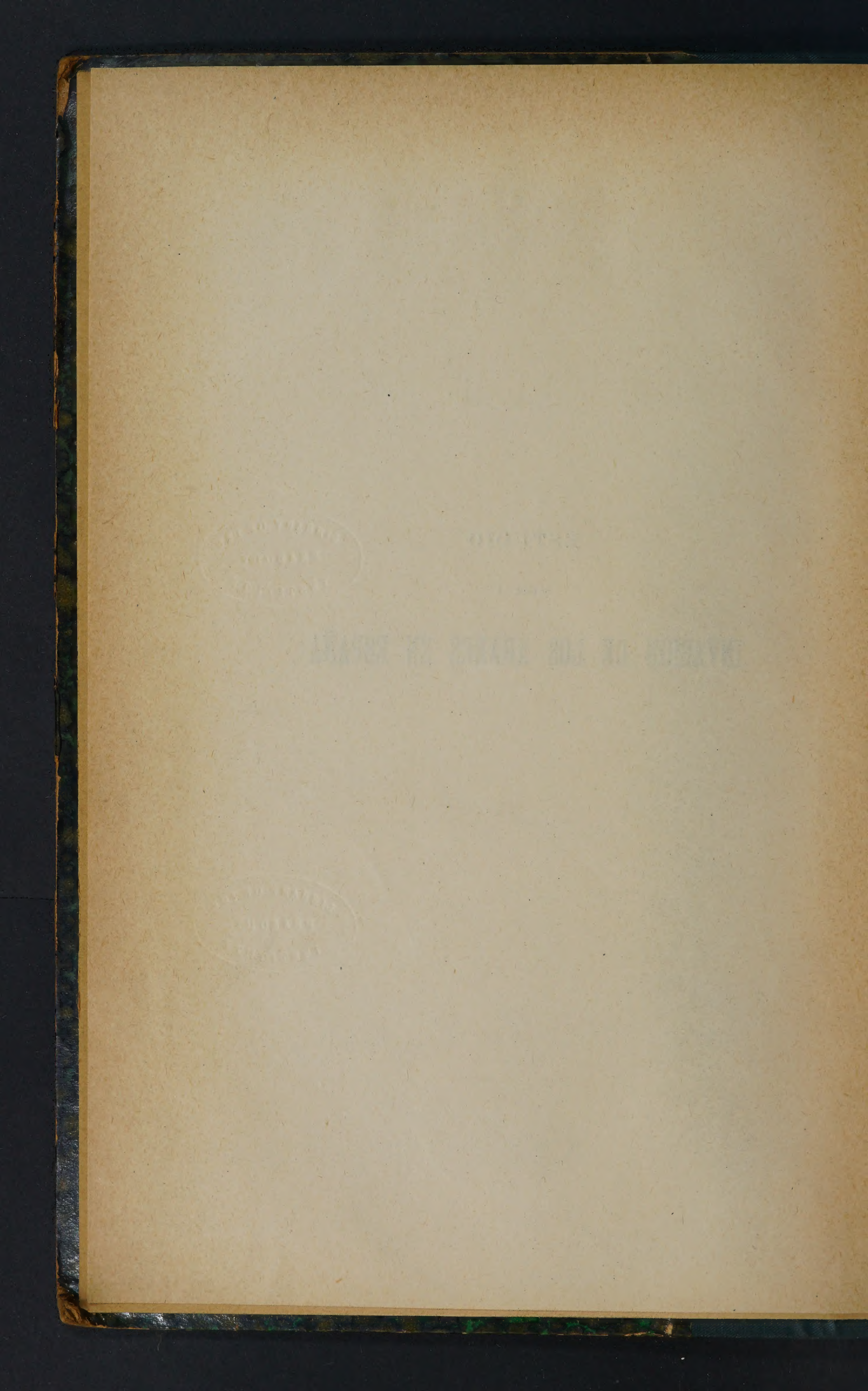




ESTUDIO

SOBRE LA

INVASION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA



ESTUDIO

SOBRE LA

INVASIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

POR

D. EDUARDO SAAVEDRA

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

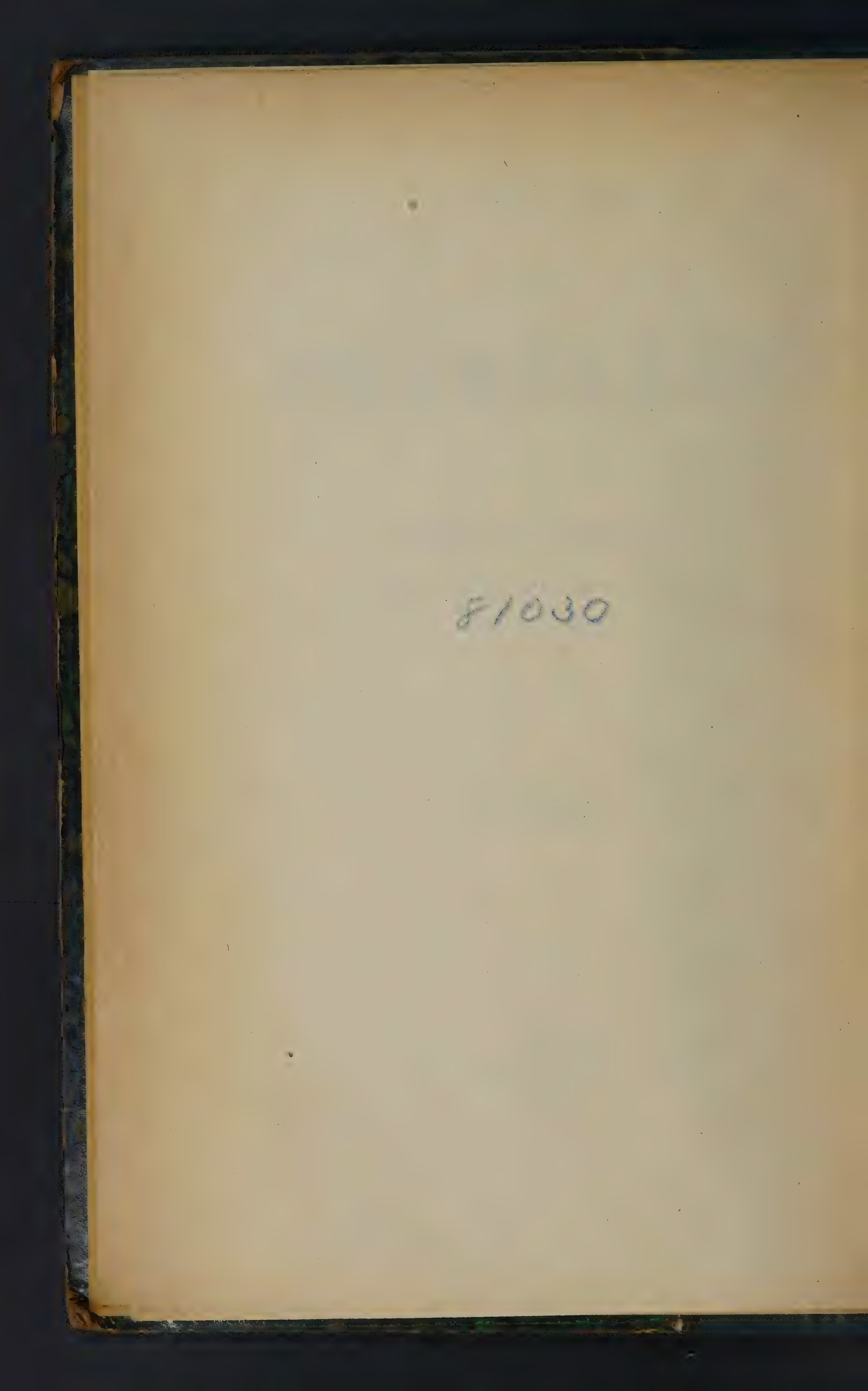


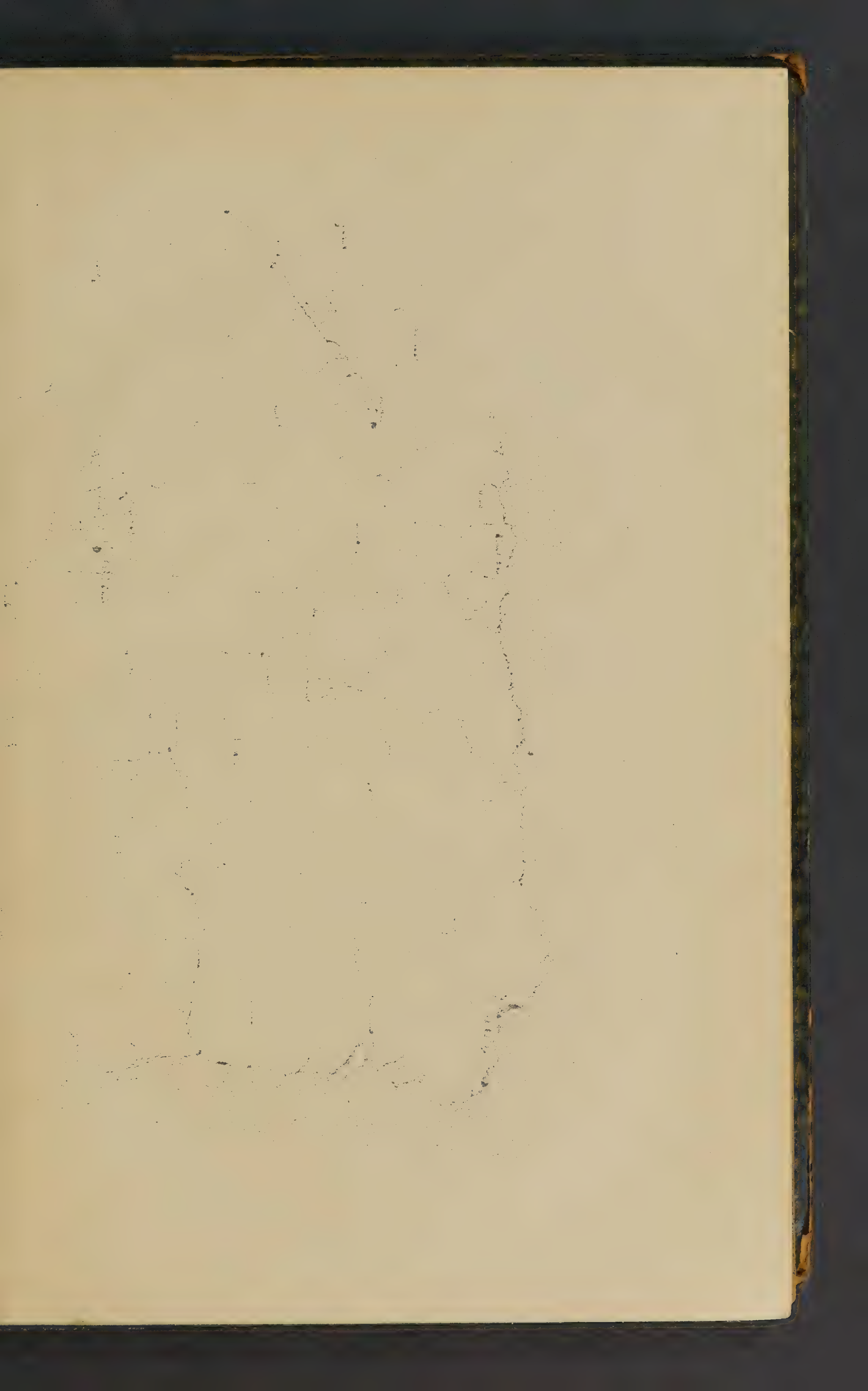
MADRID

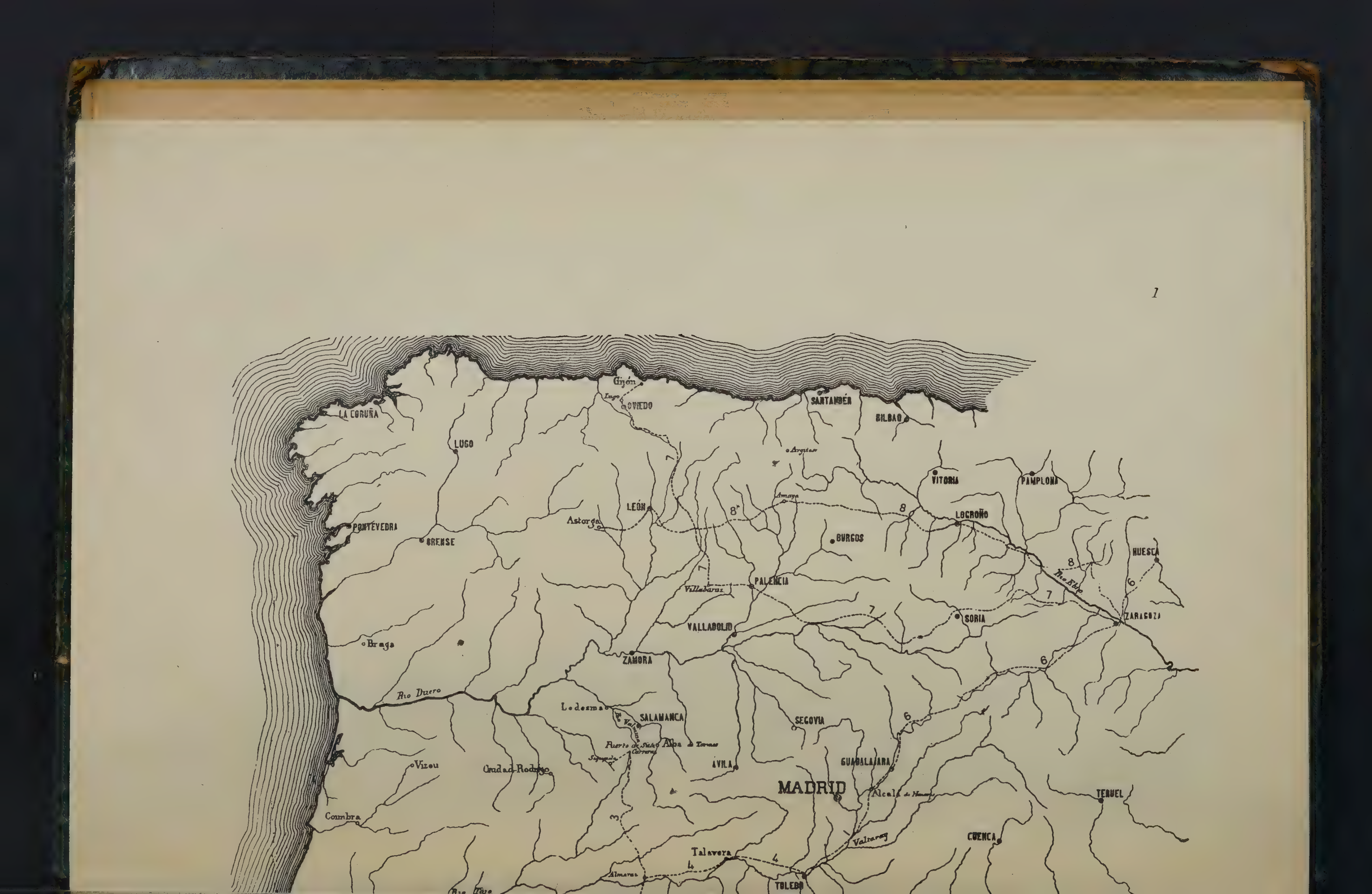
IMPRENTA DE «EL PROGRESO EDITORIAL»

3—Duque de Osuna—3

1892



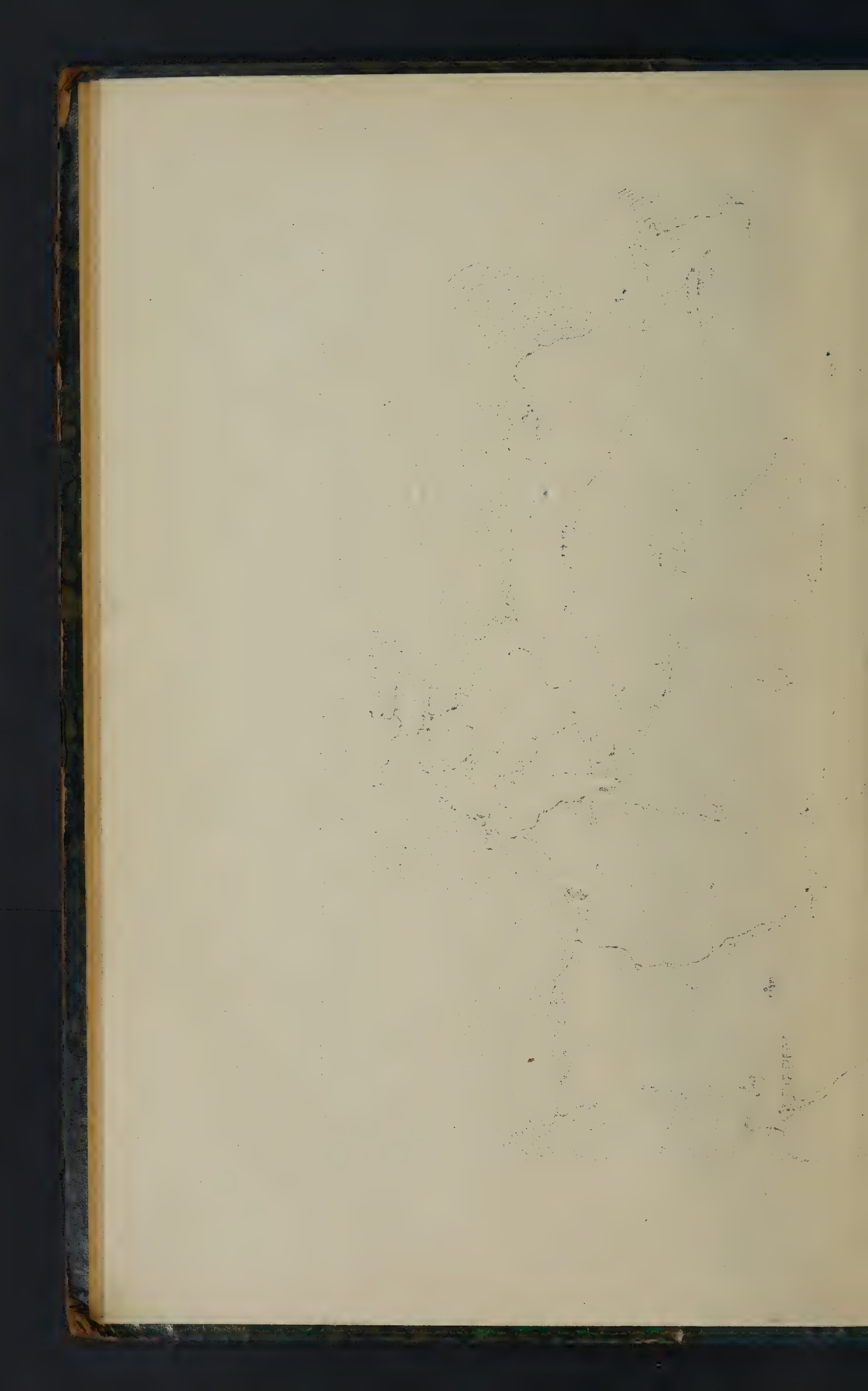



1
Gijón
OVIEDO
SANTANDER
BILBAO
LA CORUÑA
LUGO
VITORIA
PAMPLONA
LEÓN
Astorga
LOGROÑO
PONTEVEDRA
ORENSE
BURGOS
HUESCA
PALENCIA
Villabaraz
ZARAGOZA
SORIA
VALLADOLID
Braga
ZAMORA
Rio Duero
Ledesma
SALAMANCA
Alba de Tormes
SEGOVIA
Vizeu
Ciudad-Rodrigo
AVILA
GUADALAJARA
MADRID
Alcalá de Henares
TERUEL
Coimbra
CUENCA
Valtravez
Talavera
Almaraz
TOLEDO



ITINERARIOS DE LOS EJÉRCITOS MUSULMANES

1. *Táric*, 711.—2. *Muza*, 712.—3. *Muza*, 713.—4. *Muza y Táric*, 713.—5. *Abdelaziz*, 713.—6. *Muza y Táric*, 714.—7. *Muza*, 714.—8. *Táric*, 714.—9. *Abdelaziz*, 715.



CAPÍTULO I

Las fuentes históricas.

Concepto admitido de la invasión árabe.—Necesidad de rehacer la historia.—Fuentes latinas.—Fuentes árabes.—Carácter de las crónicas árabes.—Trabajos modernos.—Índole del presente estudio.

Un delito vulgar, una traición infame, una irresistible inundación de jinetes africanos que con la rapidez del pensamiento se esparce por la Península entera, y allá en el fondo de la antigua Cantabria un caudillo aclamado sobre el pavés por un puñado de oscuros guerreros; á tan poco se contrae en los más afamados libros la exposición de la inmensa catástrofe nacional del siglo VIII. La España goda de la víspera se despierta un día musulmana como en mutación de cuadro disolvente; un encuentro militar afortunado es la única base de la regeneración de la monarquía, y lo que falta de hechos positivos, y en ellos de racional ó verosímil, se suple con el recurso de las amplificaciones retóricas. Sesudas reflexiones sobre la decadencia del imperio visigótico, brillantes cuadros de la lozanía de nueva raza, que con nueva fe se lanzaba por todos los ám-

bitos del mundo; arranques de indignación contra los vicios de los monarcas y la muelle flojedad de los súbditos; sentido llanto á la vista de la sangre y el humo que señalan el paso de un invasor fanático, cruel y enfurecido, é himnos de entusiasmo en honor de aquellos montañeses rudos, que sin saberlo echan los cimientos de una nueva patria; nada falta en los párrafos, ya elocuentes, ya ampulosos, destinados á llenar el vacío de noticias que oscurece el período histórico de la pérdida de España.

Á tal modo de proceder sirve de abono la falta casi absoluta de documentos contemporáneos de la conquista sarracénica; época fecunda, dice el insigne Dozy, para el novelador y el poeta; pero que es una laguna en los anales de la península [1], hasta el punto de hacer exclamar al eminente Dahn, que del rey Rodrigo sólo su nombre puede darse como cosa cierta [2] en la Historia. Añádase que las crónicas posteriores están plagadas de fábulas, hipérboles, contradicciones y anacronismos; pero si por motivos tales hubiésemos de cerrar la puerta al estudio de una época, y arrojar con desprecio cuanto acerca de ella nos dicen los antiguos, vendrían á quedar en blanco muchas de las más importantes páginas de la Historia universal.

Bien mirado, no nos hallamos tan destituídos de medios de investigación acerca de la revolución dolorosa

[1] *Recherches*, t. I, pág. 1.
[2] *Die Könige der Germanen*, V, 226.

que acabó con el imperio gótico, que no nos sea posible formarnos concepto más ó menos claro de aquellos acontecimientos; y lo que hace falta es prescindir de las ideas comunes, analizar de nuevo las fuentes conocidas y aprovechar las adquiridas recientemente. Por esto conviene empezar poniendo al lector al corriente, no de cuantos elementos puedan servir para el objeto, sino de la índole é importancia de los más principales entre todos los utilizados en la presente monografía, pues no importa tanto saber lo que los libros dicen, sino la manera con que lo dicen y la intención que alcanzan.

Desde el reinado de Wamba hasta el de Alfonso III de León, ni los cristianos del Norte ni los árabes y mozárabes del Mediodía escribieron nada que conozcamos, salvo una crónica latina que llega hasta la mitad del siglo VIII. Esta es la crónica cuyo autor se ha designado arbitrariamente con el nombre de Isidoro Pacense, pero que en realidad es anónimo, y sólo por la narración se infiere que era un cristiano, residente primero en Toledo y después en Córdoba[1] bajo el dominio de los árabes. El relato empieza con el imperio de Heraclio en Constantinopla, la predicación de Mahoma en Arabia y el reinado de Sisebuto en España, llevando paralelamente las tres cronologías hasta el año 754, salvo la de los godos que queda interrumpida en Rodrigo, como si el

[1] Véase el estudio que hace de esta crónica mi compañero y amigo D. Eduardo de Hinojosa (*Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, pág. 14).

autor no supiese nada de lo que pasaba en Asturias. Las noticias son breves, ahogadas con frecuencia por lo artificioso del estilo, pero de precio inestimable; brilla en los juicios imparcialidad notoria, y sólo en las fechas es donde hay confusión lamentable, nacida de dos causas. La primera y principal consiste en que el autor estudió y compiló separadamente las cronologías de los emperadores, de los reyes godos y de los árabes, tomada cada una de fuentes distintas, y luego las hizo concordar á su manera para formar su epítome. Compuso la historia de los emperadores contando los años del reinado de cada uno, agregados en serie sucesiva, y como padeció errores de bulto en la duración del mando de algunos, resultaron diferencias que al final del siglo VII representan un atraso de tres años. Para los reyes godos disfrutó de apuntes más exactos, procedentes sin duda de la cancillería de Toledo, en los cuales los sucesos se referían directamente á la era española, y por eso su cronología aparece con muy ligeros defectos; pero no sucede así respecto de los árabes. Poseyó el autor con toda evidencia datos fidedignos suministrados por los mismos árabes y ajustados á la cuenta de su Hégira; pero ignorando que el año mahometano era lunar, y viendo que en el 754 corría el 136 de dicho cómputo, restó sencillamente un número de otro y colocó en 618 el principio de la era arábiga, con lo cual adelantó cuatro años las fechas correspondientes á los primeros califas, aminorando sucesivamente el error á medida que se

acercaba á su época. La otra causa de confusión se debe á equivocaciones materiales, sean del autor ó de los copiantes; pero como no pasan de una unidad de más ó de menos en las cifras de los años, no impiden aprovechar muy útilmente este precioso texto, una vez averiguada la clave para entender la manera cómo fué coordinado, fiando sobre todo en el orden de la narración, siempre perfecto y sin las dislocaciones con que se han pretendido explicar algunos pasajes oscuros.

Todos los escritores de historia de España han prestado gran valor á esta crónica, aún más que los antiguos los modernos, y entre ellos sobresale el R. P. Tailhan, autor de una magnífica edición en facsímile de los dos mejores códices que se conocen, uno muy antiguo, pero incompleto, de la Academia de la Historia de Madrid, y otro de la Biblioteca del Arsenal de París. El P. Tailhan, rechazando definitivamente el nombre de Isidoro Pacense, dado sin fundado motivo al autor de tan precioso documento, le llama *Anónimo de Córdoba* [1]; pero como tampoco es evidente que viviera ó

[1] *L'Anonyme de Cordoue.* Chronique rimée des derniers rois de Tolède et de la conquête de l'Espagne par les arabes, éditée et annotée par le P. J. Tailhan, de la Compagnie de Jésus. París 1885. En mis citas me referiré á esta edición para la numeración de los versos y para la de los párrafos: esta última es la misma que en la edición de Flórez (*España Sagrada*, tomo VIII), que está más al alcance de todos. La parte relativa á la historia árabe se halla reproducida en el tomo I de la *Colección de crónicas arábigas*, publicada por la Real Academia de la Historia, pág. 146 y siguientes.

escribiera en esa ciudad, yo me he decidido á no llamarle sino *El Anónimo latino*.

Ningún mérito hago de otro anónimo del mismo tiempo llamado el *Continuador del Biclarense*, porque ya ha demostrado Villanueva que casi todo lo relativo á España procede de notas marginales, puestas por don Juan Bautista Pérez, é incluídas en las ediciones impresas como parte integrante del texto [1].

Con el Cronicón Albeldense, conciso y un tanto desordenado, forma contraste el estilo redundante y afectado del de Alfonso III, llamado también de Sebastián de Salamanca [2]. El primero, escrito en 883, es un resumen de historia universal, más amplificado á medida que más se acerca á su época; el segundo, casi del mismo tiempo, es una continuación de la historia de San Isidoro, con objeto de consignar y recoger lo que

[1] Villanueva, *Viaje literario*, III, 210. El P. Flórez, con su buen instinto crítico, señaló con asteriscos los párrafos que han resultado ingeridos. (Véase la edición del Biclarense en el t. VI de la *España Sagrada*.) El Sr. Lafuente Alcántara suprimió esos párrafos en los *Apéndices á la Colección de crónicas arábigas* (I, 145).

[2] Una excelente edición del Albeldense publicó Flórez en el tomo XIII de la *España Sagrada*, y á ella me refiero en las citas, indicando el número de los párrafos; pero hay uno que no se encuentra sino en el códice de Meyá, y dieron á conocer por vez primera los Sres. Oliver en 1866, repitiéndolo el Sr. Lafuente Alcántara en la pág. 163 de la *Colección de crónicas arábigas*, t. I. Del Cronicón de Alfonso III, sigo en las citas la edición de Flórez en el mismo tomo XIII de la *España Sagrada*; texto más digno de fe que el tan célebre códice de Roda, que aun cuando antiguo al parecer, se halla muy interpolado.

por tradición oral se conservaba en el reino de León. Las fábulas meridionales se abren paso ya en el Cronicón del Silense, terminado en 1110 [1] y seguido casi literalmente en 1236 por D. Lucas de Tuy, cuya compilación histórica, titulada *Chronicon mundi*, [2] da franca entrada á cuanto la imaginación se había complacido en acumular sobre la cabeza de los últimos reyes godos.

Todo lo acogió, con la credulidad propia de aquellos siglos, el insigne arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximénez de Rada, fundador de la historia erudita en nuestra patria. En la *Historia de rebus Hispaniae* terminada en 1243, lo mismo que en su *historia Arabum*, que llega hasta la caída de los almoravides [3], por primera y única vez se aprovechó el caudal de las crónicas árabes, cuya lengua conocía con toda seguridad el sabio é infatigable prelado, después del cual nada de nuevo brindan para nuestro objeto los libros latinos y castellanos, como no sea el sumario bastante confuso que de la conquista hace en dos páginas San Pedro Pascual, en su tratado contra los mahometanos escrito á fines de 1300 [4].

[1] El P. Flórez ha dado una buena edición del Silense en el tomo XVII de la *España Sagrada*, á la cual me refiero en las citas.

[2] *Hispania illustrata*, t. IV, Francofurti. 1608.

[3] Sigo en mis citas la edición de los PP. Toledanos de Lorenzana, Madrid, 1793.

[4] Sobre este manuscrito, v. Fernández Guerra, *Caída y*

Los libros de los orientales que hoy se conocen son ya en gran número, por más que aún reservan muchos sus bibliotecas. Los árabes confiaron solamente á la tradición oral las memorias de los sucesos acaecidos en sus primeros tiempos, y á mediados del siglo segundo de la Hégira fué cuando empezaron á recopilar por escrito esas tradiciones, ya desfiguradas y abultadas por la natural tendencia del vulgo á la exageración, y la facilidad con que se trastruecan en la memoria fechas y acontecimientos.

Más que eso tardaron los españoles en escribir sus propias crónicas, pues la más antigua que poseemos, y no en su original, es la llamada del Moro Rasis, que alcanza al año 976. Es lamentable contratiempo que el original árabe esté perdido, y que la versión que poseemos haya sido dictada de viva voz por un moro iliterato á un clérigo portugués desconocedor de la lengua arábiga, circunstancias muy suficientes para haber alterado profundamente el texto, y sobre todo los nombres propios, desfigurados más cada vez al pasar de unas en otras copias hechas por gente incapaz de entender lo que de la pluma caía.

Compónese esta obra de una parte puramente geográfica y de dos históricas, la primera anterior á la entrada de los árabes, y la segunda posterior á ella. Mi querido y venerable maestro D. Pascual de Gayangos

ruina del imperio visigótico español, p. 83, y Fita, *Boletín de la R. A. de la Hist.*, t. XX, p. 60.

ha demostrado de la manera más cumplida la autenticidad de la obra respecto de la parte geográfica, y que es, por lo menos, de autor árabe antiguo la segunda de las dos históricas [1], debiéndole el beneficio de haberlas dado á la estampa. Respecto de la parte histórica primera, tiénela también como obra de autor árabe, pero no en los trozos relativos al rey D. Rodrigo, los cuales supone sacados de la famosa novela titulada *La Crónica del rey D. Rodrigo con la destruición de España*, compuesta en 1443 por Pedro del Corral [2]: mi opinión es completamente contraria. La obra tiene por base histórica todo lo del Moro Rasis, desde la muerte de Wittiza hasta la venida de Alhor, tomado casi literalmente [3], pero con alteraciones que declaran bien ser éste el original y aquélla la copia; y sin más conocimiento de crónicas árabes ni cristianas que algún trozo del arzobispo Ximénez de Rada, el autor, con gran relleno de aventuras y personajes de su invención, fabricó un libro de caballerías, padre legítimo de varios romances de la pérdida de Es-

[1] *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del Moro Rasis*; Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo VIII, 1850. La parte de historia árabe ocupa el Apéndice II, desde la pág. 67 en adelante, y en las citas sigo la numeración de los párrafos adoptada por el Sr. Gayangos.

[2] Hállase una noticia completísima de tan curioso libro en la pág. 86 de la *Caída y ruina etc.*, de D. Aureliano Fernández Guerra.

[3] El mismo Sr. Gayangos reconoció esta base histórica de la *Crónica* en sus notas á la *Historia de la literatura española*, de Ticknor (I, 519).

paña. Precisamente ese trozo relativo al reinado de Rodrigo es en mi sentir de la mayor importancia para aclarar algún tanto el oscuro período con que finaliza el imperio visigótico español, y por eso publicó como apéndice los pasajes relativos á los últimos reyes godos, que no podría aducir en apoyo de mis conclusiones si permaneciesen inéditos [1].

Contemporánea de la de Rasis es la crónica de Abén Alcotia (el hijo de la Goda), descendiente de Sara, nieta de Wittiza, y depositario de ciertas tradiciones de su familia, aunque adulteradas por la influencia de las preocupaciones árabes. Una parte de esta crónica vió la luz en francés por Cherbonneau, y después por Houdas, mientras la Real Academia de la Historia imprimía el texto árabe completo y preparaba la traducción castellana bajo el cuidado del Sr. Gayangos [2].

De fecha incierta, aunque no muy distante de la de estas dos obras, es la importante colección de tradicio-

[1] Para imprimir este trozo me he valido de la copia que posee el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y que galantemente me ha facilitado.

[2] Esta historia de Abén Alcotia forma parte del tomo II de la *Colección de crónicas arábigas*. Como la impresión de las traducciones no está bastante adelantada, citaré siempre de ese tomo la paginación del texto árabe, cuya correspondencia con el castellano se encontrará fácilmente por las llamadas de las márgenes. Fuera de este caso, mi costumbre será remitir á las páginas de las traducciones, cuando las hay, porque es lo más fácil para el común de los lectores, exceptuando las ocasiones en que no me encuentre conforme con la interpretación del traductor.

nes, titulada *Ajbar Machmúa*, cuya publicación y traducción hizo el malogrado orientalista D. Emilio Lafuente y Alcántara en el tomo I de la *Colección de crónicas arábigas* de la Real Academia de la Historia. El insigne Dozy tiene este libro por el más sincero relato de la conquista y es el mismo que el Sr. Gayangos cita á menudo en su *Memoria* sobre Rasis, con el nombre de *Anónimo de París* [1].

Por ser más recientes, no pierden valor otras narraciones especiales de la invasión que han llegado á nuestras manos. Es una la *Relación de la conquista de España y de sus emires*, dada á la estampa por mi excelente amigo D. Joaquín de González, joven arabista que promete sazonados frutos para la literatura patria. Lo mismo que la anterior, esta crónica es anónima y carece de fecha de redacción, pero debe haber sido escrita hacia fines del siglo XI, reinando ya en España los almoravides [2]. Con esta relación presenta grande analogía, á veces identidad, la que á fines del siglo XVII, y como apéndice á su viaje, insertó un marroquí que vino de embajador á España. Mi amigo M. Sauvaire, antiguo cónsul de Francia en Marruecos, ha traducido este

[1] Hago esta aclaración porque no ha faltado escritor que haya hecho dos libros distintos del *Ajbar Machmúa* y del *Anónimo de París*. Mis citas se referirán, como siempre, á la traducción española, impresa en Madrid en 1867. El Sr. Dozy ha traducido al francés las primeras hojas en sus *Recherches*, t. I.

[2] *Fatho-l-andaluci*. Historia de la conquista de España, dada á luz por primera vez, traducida y anotada por D. Joaquín de González. Argel, 1889.

interesante libro [1], pero sin el apéndice histórico, en razón á que ya sabía estar imprimiendo su texto y preparando su traducción castellana el Sr. Gayangos para el tomo II de la citada *Colección de crónicas arábigas*.

Menos útiles, aunque más antiguas, son las historias de la conquista escritas en Oriente, porque atienden á maravillar al lector antes que á comunicarle puntuales noticias. La más importante de ellas forma la sección 5.ª de la *Historia de la conquista de Egipto* de Abén Abdelháquem, autor del siglo IX, publicada con traducción inglesa por el Sr. John Harris Jones [2]; y por D. Pascual de Gayangos lo ha sido la atribuída falsamente á Abén Cotaiba [3].

Pronto aparecieron también los libros de historia general islámica, que más ó menos extensamente hablan de la conquista de España. Á principios del siglo X

[1] *Voyage en Espagne d'un ambassadeur marocain*, (1690-1691), traduit de l'arabe par H. Sauvaire. Paris, 1884. *Bibliothèque orientale elzévirienne*, t. XXXVIII.

[2] Ibn-Abd-El-Hakem: *History of the conquest of Spain*, Gottingen, 1858. Una traducción castellana de lo correspondiente exclusivamente á España hay en el tomo I de la *Colección de crónicas arábigas*, p. 208, y la sección relativa á la conquista de África se halla traducida al francés en el tomo I de la *Histoire des Berbères*, por Slane, p. 301.

[3] El Sr. Gayangos publicó en inglés lo más importante de este libro en su traducción de Almacari (t. I, App. E, p. l.) y después ha impreso el texto árabe en el tomo II de la *Colección de crónicas arábigas*, seguido de la traducción castellana. Véase el juicio que de los dos libros hace el Sr. Dozy en sus *Recherches*, t. I, p. 21.

escribe el Tabarí su enorme compilación [1], síguele en el siglo XII Abén Alcardabús [2], Abén Alatir en el siglo XIII refunde, adiciona y continúa la obra de aquél [3], y en el siglo XIV escriben el Fajrí [4], Nouáiri [5] y Abén Jaldún [6]; pero las historias especiales, como las de Abén Adarí [7] del siglo XIII y de Almacari [8], del XVII, son las principales fuentes á que hemos de acudir después de las crónicas. También nos prestan

[1] *Annales*, edd. J. Barth, etc. Lugduni Batav. 1879-1889.

[2] Los más importantes trozos de su *Quitab-alictifá* se hallan en inglés en la traducción de Almacari por Gayangos (t. I, App. D, p. xliij y t. II, App. C, p. xxij).

[3] Ibn-al-Athir, *Chronicon quod perfectissimum inscribitur*, ed. C. J. Tornberg. Upsal et Lugd. Bat. 1851-1876.

[4] El Fachri, *Geschichte der islam. Reiche*, von Ibn-etthiqthaqa; ar. hrg. v. W. Ahlwaardt. Gotha, 1860.

[5] Una traducción francesa de la conquista de España ha publicado Slane en el tomo I de su *Histoire des Berbères*, p. 313.

[6] La gran enciclopedia histórica de Aben Jaldún ha sido impresa en árabe en el Cairo, año 1284 de la Hégira (1867). La parte relativa al África fué traducida por el barón de Slane con el título de *Histoire des Berbères*, par Ibn-Khaldoun, 4 vol. Alger. 1855.

[7] Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée *Al-Bayano'l-Mogrib*, par Ibn-Adharí (de Maroc), par R. P. A. Dozy. Leyde, 1848-1851, 2 vol. 8.º Una parte del tomo II, que corresponde á España, ha sido traducida por mi docto amigo y compañero D. Francisco Fernández y González con el título de *Historias de Al-Andalus*, por Abén-Adhari de Marruecos. Granada, 1860.

[8] Al-Makkari, *Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne*; publiées par Dozy, etc. Leide, 1855-1861. 2 v. 4.º Mucho antes de esta publicación del texto árabe había salido á luz la traducción inglesa bajo el título *The history of the mohammedan dynasties in Spain*, by Ahmed ibn Mohammed Al-Makkari, translated by Pascual de Gayangos. London, 1840-

utilidad no escasa las colecciones biográficas, tales como las de Abén Alfaradí, de fines del siglo X [1], Abén Iyad, del XII [2], el Dabi [3] y Abén Alabar, del XIII [4] y Abén Aljatib, del XIV [5], género muy del gusto de los orientales.

Largo y enojoso sería enumerar los demás libros árabes que me han suministrado algún dato ó noticia, y cuya mención vendrá en su lugar oportuno, mas no he de pasar en silencio un curiosísimo calendario, escrito en Córdoba el año 961 por el secretario de Alháquem II, Arib ben Sad, sobre un modelo latino, y ampliado con las festividades propias de la Iglesia muzárabe local por el obispo Recemundo, llamado por los moros Rabí ben Zéid [6]. Al hablar de los templos

1843; 2 vol. 4.º También Lembke había impreso en 1831 algunas páginas del original árabe en dos apéndices al tomo I de su *Geschichte von Spanien.*

[1] Codera, *Bibliotheca arabico-hispana,* tomo VII. Matriti, 1890.

[2] M. S. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

[3] Codera et Ribera, *Bib. ar. hisp.* t. III. Matriti. 1885.

[4] El *Mocham* y la *Tecmila* forman los tomos IV, V y VI de la *Bib. ar. hisp.* del Sr. Codera, y el *Holato-s-siyara* fué incluído por Dozy en sus *Notices et extraits de quelques manuscrits arabes.* Leide, 1847-1851.

[5] Muchos é importantes extractos de este gran polígrafo granadino se encuentran en la *Bibliotheca escurialensis* de Casiri.

[6] Libri en su *Histoire des sciences mathématiques en Italie,* tomo I, dió el texto latino de la obra de Recemundo, la cual fué luego ilustrada en la prensa religiosa por mi antiguo compañero de estudios D. Francisco Javier Simonet en la *Ciudad de Dios* (1871); y el Sr. Dozy publicó el texto árabe acompañado de la antigua versión latina en su curiosa obrita *Le Calendrier de*

cristianos de Córdoba, de los santos que en ellos yacían ó se veneraban, y de los lugares á que correspondían de la ciudad, del llano ó de la sierra, el obispo suministra datos importantísimos, que unidos á los de San Eulogio y los árabes, pueden llevarnos á reconstruir la topografía de la famosa capital en la Edad Media.

Si de la comparación y estudio de tantos textos árabes no ha de resultar la conquista de España confuso laberinto de nombres y fechas, es preciso fijarse previamente en la manera de pensar y en la manera de trabajar de los literatos musulmanes. En el siglo y medio que se tardó en poner por escrito las tradiciones orales, la imaginación popular había personificado los sucesos en los hombres más eminentes que tomaran parte en ellos, y dejando desvanecidos los recuerdos de las alianzas políticas y de la diversidad de las campañas, concentró en Táric la temeridad de la invasión, en Muza la gloria de la conquista y en Julián la ayuda de los españoles, resultando hazañas inverosímiles, traiciones inexplicables é itinerarios imposibles; todo por el afán de aglomerar en reducidísimo espacio y con apariencia de sobrenatural protección lo que tuvo desarrollo propio y razonable en varios años y con intervención de distintas personas. De tal suerte, la conquista de España

Cordoue de l'annèe 961, Leyde, 1873. Entiendo que todas las dificultades que ofrece el encabezamiento latino se resuelven leyendo de esta manera: «Harib filii (Sad liber, cum additamentis Rabi filii) Zeid, episcopi etc.» El copiante omitió lo incluído entre paréntesis.

quedó como obra exclusiva de la raza árabe, guiada visiblemente por la Providencia [1] para extender y consolidar el islam, y se hizo de Táric un héroe, de Muza un santo, de Julián un malvado. Forzoso es disipar esa fingida aureola con la viva luz de la crítica moderna, reducir los fantasmas á cuerpos tangibles, deshacer engañosas anamórfosis y rascar con tiento la capa de yeso que cubre los antiguos frescos para descubrir las primitivas figuras [2], aunque ya manchadas é imperfectas.

La labor de los árabes al componer libros de historia es doble y de contrario sentido. Por un lado se esmeran en acumular cuantos más hechos pueden, apoyándolos en autoridades de peso para dar valor á la obra, y con tal fin buscan antiguos códices cuyo contenido vierten en sus propias páginas. Como muchos de esos libros antiguos no han llegado todavía á manos de los europeos, y los musulmanes no han variado de método en toda su larga vida literaria, nosotros damos tanto valor á veces á un escritor del siglo XVII como á otro del siglo IX, porque en aquél hallamos el rastro de una fuente ignorada por éste. Vemos que Abén Adarí tuvo á la vista libros latinos hoy desconocidos [3], que Almacari consultaba los tomos de Abén Hayán ausentes de nues-

[1] Véase á este propósito mi artículo titulado *La Historia de la ciudad de Alatón*, en la *Revista hispano-americana*, t. V, pág. 321.

[2] Dozy, *Bayano'l-mogrib*, Introducción, pág. 63.

[3] Página 11 de la tr.

tras bibliotecas, y que el embajador marroquí da por vez primera noticias, que no pudo inventar, acerca del estado de la propiedad territorial á raíz de la conquista [1].

Mas lo tardo, caro y embarazoso de la escritura manual conducía á reducir los libros al menor volumen, multiplicando los compendios y las abreviaciones con criterio diverso y no gran esmero en la armonía y proporción del conjunto, de modo que de la misma serie de hechos, cada cual escoge unos cuantos como al azar y hasta cambia á veces su ordenación correlativa. Parece como si rota la hebra de un hermoso y bien compuesto collar de perlas, nadie se entretuviera ya en rehacerlo, sino que unos con mayor número de granos, otros con menos, se contentaran con hacer sartas á medida de los hilos de que dispusieran, colocando en inmediato contacto los que antes se hallaban á regular distancia [2]. Limítase el Fajrí á decir que en tiempo de Ualid fué conquistada España; Abén Abdelháquem lleva á Muza de Algeciras á Córdoba y de allí le vuelve á Oriente; para el Tabarí no estuvo más que en Toledo; el *Ajbar Machmúa* le hace pasar por Medinasidonia, Carmona, Sevilla y Mérida, antes de ir á la capital del

[1] Estas consideraciones pueden desvanecer las dificultades que opone el Dr. Dahn (*Die Kön. der Germ.*, t. VI, pág. 686 de la segunda edición) á la utilidad de los autores árabes modernos para el período histórico que nos ocupa.

[2] Bu Ras, en su Historia de Orán (*Révue africaine*, V. 222) condensa la serie de los gobernadores hasta decir que Abdelaziz y Moguéit entregaron el mando á Abderrahmén I.

reino; Abén Alcotía añade Fuente de Cantos al itinerario, y el embajador marroquí, con el arzobispo don Rodrigo y el *Fatho-l-andaluci*, señalan el campamento de Almaraz. Sólo reuniendo estos y otros datos análogos, y teniendo en cuenta que unos insertan lo que otros omiten, es como se puede formar lógica y razonablemente el verdadero itinerario del gran caudillo.

Años ha que el desbroce está empezado. D. Miguel Casiri, con las imperfecciones propias del que empieza, puso á disposición de los estudiosos gran número de piezas importantes en su monumental Catálogo de los manuscritos del Escorial [1]. Desgraciadamente, un sujeto que pretendía llamarse D. Faustino Borbón publicó en 1796, con el título de *Cartas para ilustrar la historia de la España árabe*, una serie de críticas á Masdeu, apoyadas en textos apócrifos, no temiendo citar los manuscritos de donde pretendía haberlos copiado, impudencia que ha hecho caer en error á escritores de gran valía. No fuimos más afortunados con la famosa obra de Conde [2], simple reunión de apuntes no depurados, en su mayor parte dados á luz por los amigos del autor después de su muerte en lejano destierro, y que ha alcanzado crédito y celebridad nocivas para la exactitud histórica. Pero ya inició el Sr. Gayangos el buen ca-

1 *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis;* opera et studio Michaëlis Casiri, Syro-Maronitae. Matriti 1760-1770. Dos vol. fol.

2 *Historia de la dominación de los árabes en España*, por el Dr. D. José Antonio Conde, tres tomos en 4.°, Madrid 1820.

mino para estos estudios con su traducción y anotaciones de Almacari, siguiéndole de cerca el irreemplazable Dozy, primero con sus Memorias sueltas [1] y luego con su magistral historia [2], obra tan sólida como amena, no tan leída como debiera serlo por muchos de nuestros cronistas locales.

Mas recientemente han visto la luz muy importantes estudios especiales sobre la materia de este opúsculo. Los hermanos Oliver, con motivo de la publicación del *Ajbar Machmúa*, escribieron una notable memoria sobre el sitio de la batalla de Táric y Rodrigo, trabajo que por sus cortas dimensiones no ha tenido la resonancia que merece [3]. Mi sabio y cariñoso amigo don Aureliano Fernández-Guerra, cuya fama literaria se extiende ya por ambos hemisferios, al ilustrar el drama histórico de Santa Orosia, ha dibujado con mano maestra la época y los personajes en un libro, donde la galanura del estilo corre parejas con la profundidad de las observaciones; obra concebida á la moderna y trabajada á la antigua, última producción tal vez de la

[1] *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen âge*, par R. Dozy, 3.ª edición, 2 volúmenes en 8.º, Leyden 1881.

[2] *Histoire des musulmans d'Espagne, jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides;* par R. Dozy, 4 vols. en 8.º, Leyde 1861.

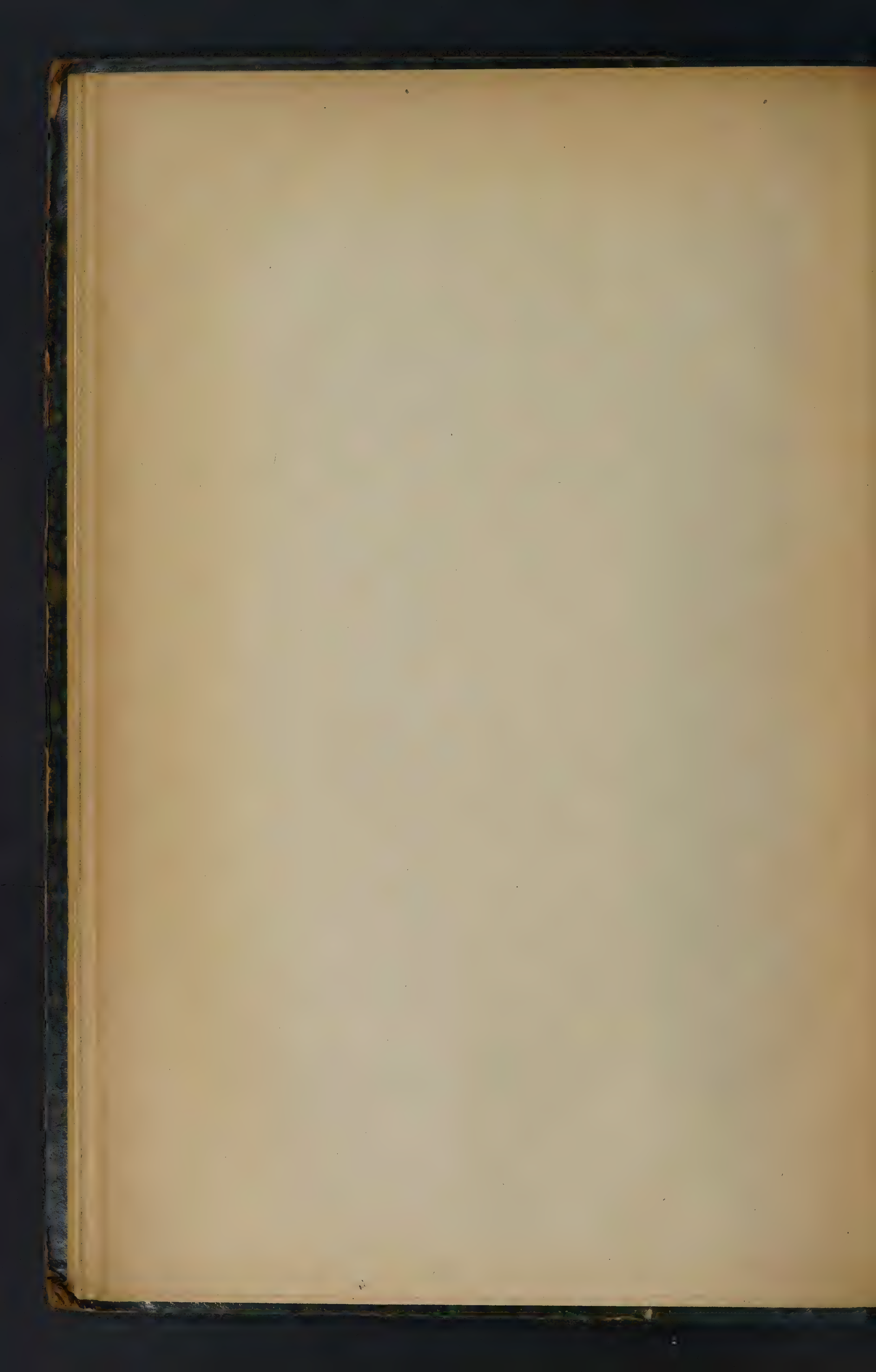
[3] *La batalla de Vejer ó del Lago de la Janda*, comunmente llamada del Guadalete. Al Excmo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Por D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado. Granada, 1869, 1 f. 8.º

escuela histórica clásica[1]; y poco después, el R. Padre Tailhan ha avalorado su edición del Anónimo latino con notas y comentarios llenos de originalidad, destinados á vindicar la memoria de los últimos reyes godos, en honor de los cuales dedica el libro «al valeroso cuanto infeliz Rodrigo».

Seguir el ejemplo de tan doctos maestros es lo que me cumple para reedificar uno de los trozos más importantes de la historia de España. Donde falta el hecho positivo y comprobado, debe llenar el hueco la conjetura racional, dejando á un lado entusiasmos patrióticos, armonías sistemáticas ú opiniones admitidas por autoridad constante; ha de ser desechado lo imposible ó contradictorio, pero buscando el sitio adecuado de donde lo haya arrancado la vulgar inadvertencia, y hasta de lo portentoso y extranatural conviene discurrir explicación satisfactoria, pues nada se cuenta ni se escribe que no tenga, más ó menos remota, raíz en lo verdadero. Cuando los que cultivan la paleontología encuentran incrustado en antiguas capas geológicas un esqueleto, empiezan por señalar las piezas que ocupan su situación normal, rectifican luego la posición de las vértebras dislocadas por los movimientos del terreno, excluyen los huesos de otros individuos acarreados por aluviones posteriores, y suplen por último los

[1] *Caída y ruina del imperio visigótico español:* primer drama que las representó; estudio histórico crítico, por D. Aureliano Fernández-Guerra. Un tomo en 4.°, Madrid 1883.

elementos desaparecidos ayudándose con las enseñanzas de la anatomía comparada. Así pienso proceder en lo que sigue, hasta presentar al lector un cuerpo histórico completo en lo que cabe, dada la oscuridad de los tiempos, marcando lo cierto con sus demostraciones ó lo probable con sus fundamentos, y resolviendo las contradicciones y las deficiencias con el empleo recto y mesurado de la razón.



CAPITULO II

La monarquía visigoda.

La sucesión al trono.—El apoyo de los hispano-romanos.—Disgusto de los magnates godos.—Coronación de Wittiza.—Actos del nuevo rey.—Designación de su hijo como sucesor.—Confiéresele el gobierno de dos provincias.—Conspiraciones.—Situación de la raza hebrea.—Muerte de Wittiza.—Familia real.—Anarquía.—Elección de Rodrigo.—Muerte de Rechesindo.—Caída de los witizanos.—Denigración de la memoria de Wittiza.—La torre encantada de Toledo.—Apelación al extranjero.

Tendencia natural y constante en los monarcas electivos es arbitrar modo de asegurar la sucesión á la corona en su familia, y lo más eficaz y apropiado á tal intento ha sido siempre asociarse en el mando el hijo ó pariente que se quería favorecer. El cuerpo de los electores rehusaba difícilmente esta gracia á un príncipe poderoso, y legalizada así la ocupación parcial del trono, sin obstáculo ni oposición quedaba á la muerte del primer poseedor transferido á su compañero, excusando nuevas elecciones. Así lo hicieron los césares de Roma como los reyes de Persia, y no desaprovecharon el ejemplo los visigodos de España. Leovigildo, Chindasvinto,

Egica, colocaron á sus hijos en el solio por ese artificio, y más atrevidos Wamba y Ervigio, se limitaron á designar el sucesor por un decreto real, refrendado con las firmas de los condes palatinos.

Como los magnates de más prestigio miraban con disgusto semejante manera de burlar los derechos de la clase alta, de suyo turbulenta, los reyes se veían en la necesidad de buscar contra ellos apoyo en la masa del país, atrayendo á los subyugados hispano-romanos hacia su causa y persona. Ya pudo Leovigildo, en la guerra contra su hijo, comprender la valía del elemento indígena, que con la conversión de Recaredo vino á influir en la dirección de los negocios públicos al tomar asiento en los concilios sus obispos. Unifica Recesvinto el derecho para godos y españoles; Ervigio condona los atrasos por contribuciones, y Egica modera lo oneroso de ciertos tributos.

Como ya desde Wamba no se había hecho ninguna elección regia por términos regulares, el sistema hereditario se iba implantando como por costumbre, y el inevitable progreso de la preponderancia ibérica, acrecentada con el ingreso en la nobleza de las familias hispano-romanas acaudaladas, excitaba más y más el disgusto del partido gótico intransigente. Manteníase así en el reino un estado de inquietud violenta ó de rebelión declarada, merced al cual los bandos procuraban anularse mutuamente sin reparar en medios ni calcular consecuencias.

Tal era la nada lisonjera situación de la monarquía cuando Wittiza, asociado al trono en 693 y regente de hecho, por inutilidad de su padre, desde 698, fué ungido rey en noviembre del 700 por definitiva renuncia del decrépito Egica, cuya muerte no tuvo lugar hasta un año después [1].

En este punto cubre la historia de nuestra nación densa niebla, producida, no sólo por el silencio, sino también por la contradicción ó explanación insuficiente de los pocos documentos que los antiguos nos han dejado. No es, sin embargo, tan absoluta la carencia de datos, que no se pueda rastrear cosa alguna acerca de los sucesos de este tiempo.

Las críticas de Mayans y de Masdeu no lograron desvanecer el horrible retrato de Wittiza, trazado con honda huella por el buril de D. Rodrigo Ximénez y duramente sombreado por el insigne P. Mariana; Dozy, Fernández-Guerra y Tailhan han rehecho la figura, cada cual de diverso modo, y aunque mi autoridad es bien escasa, quiero exponer los hechos conforme yo los imagino, no como cosa cierta y demostrada, pero sí como la más probable, en vista de las alegaciones que en apoyo de mi tesis aduciré según la materia lo vaya requiriendo.

Había inaugurado Wittiza su regencia con una amnistía tan amplia, que devolvió libertad, bienes y empleos

[1] Esta cronología resulta clara si se estudian bien el *Cronicón de Wulsa continuado* (*Esp. Sag.*, II, 181) y el *Anónimo latino*, n.s 29 y 30.

á muchos de los proscritos por el duro Egica [1], y después de ungido perdonó á los que aún vagaban desterrados ó huídos [2]. Tal proceder le atrajo la adhesión de una parte de la nobleza, y el pueblo vivía satisfecho [3] en la prosperidad, hija de una paz prolongada y un gobierno firme y mesurado. Testimonio irrefutable de las altas prendas de tan estimable príncipe dan, en el mismo siglo VIII el Anónimo latino, desde el IX en adelante todos los autores árabes sin excepción, y hasta en el siglo XIII y en Castilla, el ignorado poeta que bebía sus noticias, no en arrugados pergaminos, sino en la voz del pueblo, decía de él:

poderoso varón
Omne (fué) de gran esfuerço et de gran coraçón;

de los españoles de entonces,

non avia entre ellos envidia nin contienda;

y de la situación religiosa,

estaban las iglesias todas bien ordenadas [4].

Mas la irreflexión del rey dió por el pie á todo este cuadro de general bienandanza; y que era aquél, y no

[1] *Anónimo latino*, n.º 29. vv. 720-736.
[2] *Ib.*, n.º 30, vv. 752-756.
[3] Esto resulta de un pasaje del *An. lat.* (n.º 30) de que dentro de poco he de hablar nuevamente.
[4] *Lehendas del Conde D. Fernando de Castilla*, conocidas con el nombre de Poema del Conde Fernán-González, coplas 35. 38 y 39 (*Biblioteca de Aut. españoles,* t. 56). El estado próspero de la Iglesia española al tiempo de la caída de los godos resulta también de San Eulogio en su *Memoriale Sanctorum* (*Hispania illustrata*, t. IV, p. 250, l. 58).

otro, el defecto fundamental de su carácter lo precisa el Anónimo contemporáneo cuando dice de él: «*quamquam petulanter, clementissimus*» [1]. Lo avanzado de la edad no le permitía esperar tranquilo á que cumplieran sus hijos la adecuada al manejo de las armas y á la intervención en asuntos de gobierno; y alentado en su propio deseo por las importunaciones de tierna esposa y ambiciosos parientes, decidió, ó asociarse en el mando ó declarar simplemente heredero á su hijo predilecto Achila [2], aún niño. Confióle entonces el gobierno de la Narbonense y la Tarraconense bajo la vigilancia y cuidado de un prócer dotado de gran prudencia y versado en los negocios públicos (tal vez hermano del mismo rey), que debió llamarse Rechesindo [3].

Muy cierto es que las crónicas no registran ninguno de estos sucesos, pero los justifican plenamente los acontecimientos posteriores. Si Achila tomó posesión del

[1] *An. lat.*, n.º 29, v. 719.

[2] Lo mismo conjetura Rosseeuw Saint-Hilaire (*Hist. d'Espagne*, I, 376).

[3] Este nombre era usado por nuestros godos y lo llevaba un conde de los que en 693 asistieron al Concilio XVI de Toledo. La razón que me ha conducido á suponerlo es que su forma explica las que nos han dado los árabes. Escrito con sus caracteres sería رخشندش y una alteración ligerísima da el وخشندش de Abén Adarí (II, 4) leído *Uajasindos* y tomado como Recesvinto, por transcribir así Abén Jaldún el nombre de este rey. Otra alteración no más difícil daría دخشندش *Dochesindos*, y trasladado por el indocto traductor de Rasis con ayuda de su amanuense, ha producido el *Diochesiano* de los manuscritos menos malos, y más tarde el *Diocleciano* de otras copias.

trono á la muerte de su padre, como luego veremos, no pudo hacerlo sin que antes fuera de algún modo reconocido como sucesor en el mando; que él y sus hermanos eran menores á la muerte de Wittiza lo atestigua Abén Alcotía [1], descendiente de uno de ellos, lo mismo que el moro Rasis, y este último autor da noticia de que el joven príncipe gobernó la parte Nordeste de España bajo la tutela de un magnate; aunque poco experto en las costumbres góticas, supone un repartimiento del reino algo posterior, con lamentable confusión de nombres desfigurados. Ninguna de estas cosas era nueva, á la verdad, en España. Sisebuto no pudo menos de compartir el trono con Recaredo II, aún niño, por cuanto lo era cuando sucedió á su padre sin oposición conocida, y consta que Suintila hizo lo mismo con Racimiro, también niño, aunque la revolución de Sisenando derribó del poder á ambos á un tiempo. Tampoco era novedad confiar una provincia al sucesor designado: Liuva envió á Toledo á Leovigildo, éste dió á San Hermenegildo el gobierno de la Bética, y Wittiza obtuvo el de Galicia. Mas á pesar de todo y de la creciente influencia del poder real, que siempre conseguía de los concilios la aprobación de todos sus actos, gran parte de la nobleza estaba impaciente por aquella sistemática y continuada preterición de sus derechos políticos, y daba fuerza y colorido á su descontento con la perspectiva del probable, casi seguro reinado de un

[1] Abén Alcotía (*Cr. ar.* II, 2); Almacarí: (*Cr. ar.* I, 179).

menor, en cuyo nombre ejercerían el mando sus parientes, acaso la misma madre.

La oposición y el desafecto de los grandes, manifestados sin rebozo, obligó al rey á disolver alguna asamblea poco dócil [1], siguiéronse las conspiraciones y las recelosas sospechas, y fueron víctimas de unas ú otras Teudefredo, duque de Córdoba, privado de la vista [2], y Pelayo, desterrado de la corte [3].

Con la persecución de la raza hebrea, que desde tiempos muy antiguos, tal vez desde Nabucodonosor como ellos pretendían, estaba esparcida por toda la península, trataron también los reyes godos de captarse la simpatía de las clases populares, más dominadas siempre por la pasión que por el sano juicio. Ya Sisebuto, contra la opinión de San Isidoro, pretendió convertir por fuerza á todos los judíos; y reyes y concilios continuaron con más ó menos tesón la campaña antisemítica, hasta que so pretexto de cierta conspiración vastísima, confesada en los horrores del tormento [4], perdieron los hijos de Israel libertad, propiedad y familia

[1] «Concilia dissolvit» (Alfonso III, núm. 6.)

[2] Silense, núm. 16. Un conde Theudefredo firma en el Concilio XVI de Toledo, y el mismo nombre figura en una lápida sepulcral de Córdoba (Hübner, *Inscr. Hisp. chr.* núm. 132).

[3] Albeld, núm. 50.

[4] En el Concilio XVII de Toledo habla Egica, en su alocución, de inteligencias de los judíos españoles con los *transmarinos* para aniquilar á los cristianos, pero ni una palabra dice, ni podía decir, de los árabes, expulsados entonces de África por la Cahína.

en tiempos de Egica, diez y siete años antes de la invasión sarracena. La razón política en el siglo VII, la razón religiosa en el XV, la razón económica en el XIX, han servido igualmente de capa para disimular los efectos de la codicia del bien ajeno. Mas la generosidad de su ánimo y su amor á la justicia impulsaron á Wittiza á mitigar la desdichada suerte de la oprimida gente [1], cuya adhesión conquistó para su familia, pero el estado de la opinión pública era adverso á tales medidas, y el clero se pronunció desde luego abiertamente contra el monarca, pasando de lo religioso á lo político, disidencia de la cual resultó una lucha entre el piadoso primado Sinderedo, adicto de todas veras al rey, y cuantos de su autoridad pastoral dependían en la diócesis [2].

En tan críticas circunstancias exhaló Wittiza su último aliento en Toledo á fines del año 708 ó principios del 709. Todas las crónicas latinas hasta el mismo don Lucas de Tuy, todos los autores árabes, sin exceptuar á Abén Adarí (á quien atribuye Dozy una opinión contraria), afirman ó dejan sobrentender que Wittiza falleció de muerte natural y en pacífica posesión del trono; sólo el arzobispo D. Rodrigo sacó á plaza la idea del

[1] Los documentos más antiguos nada contienen sobre esto, pero la noticia llegó á D. Lucas de Tuy, que dice *iudaeis immunitatum privilegia dedit* (l. III); y D. Rodrigo Ximénez lo exagera con estas palabras: *revocavit iudaeos et maiori immunitatis quam ecclesias privilegiis honoravit* (l. III, cap. XVII).

[2] *Anón. lat.*, núm 35, vv. 829, 839.

destronamiento y pérdida de los ojos, en taliónico desagravio de abominables delitos.

La fecha de la muerte se determina con bastante aproximación por el Anónimo latino [1], que da á Wittiza en totalidad quince años de reinado, y expresa haber el décimoquinto empezado en la era española 745, 707 de la era vulgar, por lo cual los quince años se cumplieron en 708. Confirma este cómputo el Cronicón Albeldense [2] al fijar la muerte de Egica, confundiéndola con su apartamiento de los negocios, en el imperio de Leoncio, terminado en 698, pues añadiendo los diez años que concede al reinado de Wittiza, resulta también la misma fecha. Finalmente, el Anónimo latino y el Cronicón de Alfonso III [3] dan la muerte de Egica (ya dimisionario) en 701, y añadiendo los siete años y tres meses del Cronicón de Moissac [4], también se viene á caer en el 708 ó principios de 709.

La familia real se componía á la sazón, además de la reina viuda [5], de un hermano, el célebre Oppa, conocido vulgarmente por D. Opas, entonces arzobispo de Sevilla (tal vez el Eppa, obispo de Elche en 693 [6]) y

[1] Núm. 32.

[2] Núm. 45. La misma cuenta sale por el *Anónimo latino*, (núm. 29) que pone en la era 736 el gobierno efectivo de Wittiza.

[3] *Anón. lat.* núm. 30; Alf. III, núm. 5.

[4] *Cr. ar.* I, pág. 165.

[5] Abén Alcotía *(Cr. ar.* II, 2) y Almacarí *(Cr. ar.* I, 179), suponen además que quedó de gobernadora.

[6] *Esp. Sag.* VI, 233.

de tres hijos: Achila, ya nombrado, Olmundo y Artavasdes [1]. También se cuenta por algunos como herma-

[1] Es necesario hacer comprender cómo se han ido transformando y corrompiendo estos nombres entre los árabes y los latinos sucesivamente:

1.º

Oppa, hermano (en el *Anónimo latino* y en el Arzobispo D. Rodrigo).
Oppa, hijo (en D. Alfonso III).
أبة Ebba, hijo (en el *Ajbar Machmúa*).
» Eba, hijo (en D. Rodrigo).
أنة Ona, hijo (en el *Fatho-l-andaluci*).

2.º

ششبرت Siseberto, hermano de Oppa (en el *Ajbar Machmúa* y en el Arzobispo D. Rodrigo).
سبرى سبسرة Siberi, Sibeseret, hijo (en el *Fatho-l-andaluci*).
» Sisebuto (en algunas ediciones de D. Rodrigo)

3.º

Achila, rey (en las monedas).
وقلة Uchila, hijo (en un ms. de Almacarí).
(رقلة) Rechila, conde de Tánger retenido en rehenes (en D. Rodrigo).
رماه Rómulo, hijo (en Abén Alcotía y en otro ms. de Almacarí).
» Achilano, en la forma derivada del caso oblicuo.
ايليان Ailián, hijo refugiado en Tánger (en Abén Adarí, p. 8 del texto).

Adviértase que la *ch* se pronuncia como *k* en los nombres góticos.

4.º

المند Olmundo, hijo (en Abén Alcotía).
(السر) Elier, hijo (en Rasis).

no, por otros como hijo, un Sisberto que tuvo mucha parte en los acontecimientos posteriores, pero que yo lo estimo nada más que un prócer ocultamente afecto á la familia. Dados los antecedentes, correspondía el trono, sin género de duda, á Achila, que en uso de su derecho empezó por acuñar moneda en Narbona y en Tarragona [1]; pero no tardó en dar sus frutos el mal comprimido desasosiego de los magnates, y muchos de ellos, apoyados en las antiguas leyes y en las costumbres, rehusaron obedecer á un niño. No era Rechesindo hombre para dejarse imponer mansamente la voluntad ajena, y como contaba con decididos partidarios de la familia, mantuvo firme la defensa de su pupilo. Los revoltosos, por su parte, no acertaban á ponerse de acuerdo para someterse á un jefe; la reina viuda con sus dos hijos, expulsados de Toledo, buscaron refugio en Galicia [2],

5.º

ارطباس Artabaz, hijo (en Abén Alcotía).
(اربا) Narba, prócer (en Rasis).

D. Lucas de Tuy ha llamado á los hijos Farmario y Expulión. El primero en demostrar la identidad de Achila y Rómulo fué mi compañero y amigo D. Francisco Fernández y González (*España moderna*, tomo XI, p. 83 y sig.). Abén Alcotía da como primogénito á su propio ascendiente Olmundo, lo cual no sería imposible del todo, aunque el designado para suceder fuese otro.

[1] Aloïss Heiss (*Description générale des monnaies des rois wisigoths d'Espagne*, pág. 141).

[2] Dozy (*Rech.* I. 67) cree que á un suceso de esta especie alude el extraño pasaje del Anónimo latino *suprafate cladis non ferentes exitium, per Spaniam e palatio evagitant* (n.º 30).

la anarquía más espantosa cundió por la nación entera, donde cada cual peleaba por su cuenta y para su provecho, y en cada rincón se establecia un principado. Al cabo de año y medio de estériles peleas conocieron los sublevados que iban á llevar la ventaja los witizanos, por tener un jefe y una bandera, y reunidos los principales señores en asamblea, constituyeron un Senado y decidieron ofrecer el mando supremo con la corona al duque Rodrigo [1], acto sobre el cual no dejan duda alguna las palabras del Anónimo *hortante Senatu;* las de Alfonso III *a gothis eligitur,* y las del Silense *consilio magnatorum gothicae gentis* [2], sin que tampoco digan lo contrario los escritores árabes, salvo Abén Alcotía, que en su calidad de descendiente de Wittiza había de tener al sucesor como vulgar rebelde.

Era Rodrigo, ó Ruderico, hombre muy versado en las cosas de la paz y de la guerra, y tenía á su cargo el mando de la Bética [3], como antes Teudefredo, cir-

verso que el P. Tailhán relega á una nota por estimarlo fuera de su sitio; pero por mi parte he preferido suponer que falta alguna palabra con la cual se quiere decir sencillamente que al suceder al padre, Wittiza amplió la amnistía á los que aún andaban huídos de la corte por los antes nombrados rigores de Egica, y que con tal medida se acabó de asegurar la paz pública.

1 «Rodericus tumultuose regnum, hortante Senatu, invadit.» *An. lat.* núm. 34, vv. 807, 808.

2 Alf. III, núm. 7; Silense, núm. 15. Añádase el pasaje del Cronicón de Moissac: *Gothi super se Rudericum regem constituunt. (Cr. aráb.* I, 165).

3 «Diu sibi provinciam creditam», dice hablando de Andalucía el *Anónimo latino* (núm. 34, v. 812), y Abén Adarí: «era uno de

cunstancia que debe haber conducido á suponerlo hijo suyo, y entroncarlo con el linaje de Chindasvinto; por más que el testimonio unánime de los escritores árabes, lo mismo que el de las crónicas latinas más antiguas, lo dan como un jefe ilustre, pero no precisamente de regia cuna. Por otra parte, no cabe imaginar que estuviera confiado el gobierno de una gran provincia al hijo de un reo político sañudamente castigado, cuando el rey tenía omnímoda libertad para distribuir los cargos.

El azaroso interregno, tan al vivo descrito por el genuino ó supuesto Rasis, explica la laguna que deja el Anónimo latino entre el año segundo, según su cuenta, de la restauración de Justiniano, último de Wittiza, y el cuarto de la misma, primero de Rodrigo, sin otra alusión que la expresiva palabra *tumultuose*. El Arzobispo Ximénez, no sabiendo cómo entender este hueco, tomó las cosas al revés, y supuso sin fundamento un reinado simultáneo de Rodrigo y Wittiza, desorientando con ello á más de un autor respetable.

Aun cuando pueda y deba parecer extraño, me fundo en un pasaje de Pedro del Corral [1] para calcular que Rodrigo se detuvo algún tiempo en Lusitania antes de presentarse á tomar posesión del solio en Toledo. Dice este fabulador que desde Córdoba el nuevo rey «to-

los tenientes del rey en Córdoba» (II, 4). Lo mismo se deduce de Abén Alcotía y Abén Adarí (pág. 24 de la tr.), así como del hecho de haber construído un palacio en aquella ciudad, citado por D. Lucas de Tuy y Almacarí. *(Crón. aráb.* I, 176).

[1] *Crónica del rey D. Rodrigo,* Primera parte, cap. XXV.

mó su camino para la cibdad Paliosa», la cual ciudad es Badajoz, no sólo por las señas que da de ella, sino porque su nombre es corrupción indudable del de Bataliós con que la designaban los árabes; y como lo que él ingiere de su cosecha carece en absoluto de todo carácter oriental, deduzco yo que este dato lo vió en algún libro antiguo, tal vez en un fragmento perdido del mismo Rasis, que tan servilmente copia.

La proclamación de Rodrigo se hizo hacia el verano de 710, un año antes de la derrota llamada comunmente del Guadalete, en el quinto del reinado de Ualid en Damasco [1]. Pronto tocó su partido el resultado de la unión y la concordia, porque puesto á la cabeza de los mejores y más diestros hombres de guerra de la nación, fué al encuentro de las tropas de Rechesindo, que pagó con la vida su mala suerte, su debilidad ó su impericia [2]. Los príncipes, faltos ya de apoyo, tuvieron que huir al África [3], y sus bienes patrimoniales fueron confiscados [4], como propiedad de pretendientes al trono, conforme á los cánones de los concilios.

1 Este cómputo resulta evidente del *Anónimo latino* (n.º 34).

2 Abén Adarí (II, pág. 4 del texto, 11 de la tr.) tomó á Rechesindo como verdadero rey, según la costumbre de moros y cristianos, que llamaban reyes á todos los caudillos de la Edad Media; y dice de Rodrigo: «mató á Uajasindos después de haberle desposeído». De aquí ha tomado Dozy la suposición de haber dado muerte Rodrigo á Wittiza.

3 Abén Adarí, pág. 21 de la tr.; Silense, núm. 15.

4 Abén Alcotía (*Cr. ar.* II, 3) cuenta que la devolución de los bienes retenidos fué la base del pacto con sus ascendientes los hijos de Wittiza.

Nunca satisface al vencedor el solo triunfo material, y procura aquietar su conciencia y dorar su victoria presentando al vencido como monstruoso tirano de cuyas garras había sido preciso librar al pueblo á cualquier precio. Dócil el Senado romano á este género de imposiciones, llenaba de invectivas á todo emperador derribado por fuerza de armas; no eran menos complacientes los concilios de Toledo con los rebeldes victoriosos; y el partido militar y aristocrático, que asaltó el poder al mando de Rodrigo, no podía dejar de seguir la común corriente, aprovechando los defectos personales y la mayor ó menor facilidad de costumbres de Wittiza para denigrar su memoria y hacer aborrecible su dinastía. Descontento también el clero, no sólo por las vejaciones de origen político de Sinderedo, sino más aún por la lenidad mostrada con los judíos, debió quejarse de que no se respetaran los severísimos cánones de los últimos concilios; de ahí á la nota de impiedad había un paso, y por otro no más difícil se llegó á hablar de cisma y de herejía. Y si entonces pudieron correr de boca en boca fábulas odiosas, la tremenda é inmediata caída del bando vencedor, merced á los manejos de la familia proscrita, desató la ira, y antes de dos siglos, los cronicones bosquejan la figura cuyos últimos perfiles acaban los eruditos del siglo XIII con toda clase de inverosímiles pinceladas.

Quienes hemos visto acreditados los más absurdos conceptos respecto de altos personajes que se habían co-

locado en abierta lucha con la opinión pública, no extrañamos el crecimiento de aquella inmensa bola de nieve contra la fama de un rey que no sería, en suma, ni mejor ni peor que otros de su tiempo y raza. «Las «calamidades, de igual suerte que las grandezas his-«tóricas», dice un escritor contemporáneo, honra de nuestra patria [1], «se condensan siempre en uno ó en «pocos personajes, tipos de maldad ó de heroísmo: tal «acontece con Wittiza». Y al dejarle este historiador, con su autoridad indisputable, exento de la nota de heterodoxo, bien podemos los demás aventurarnos á relegar al terreno de la exageración apasionada, ó la interpretación errónea, todo aquello que pugna con lo natural y ordinario [2].

Como de pequeñas fuentes llegan á formarse poderosos ríos, así de una palabra mal leída ó de una noticia recibida confusamente nace y crece una conseja desatiñada. Los autores bizantinos han propalado que Cobad, rey de Persia, decretó la libre promiscuidad de mujeres en su imperio, aberración que no podríamos explicar ni rectificar, si no supiéramos por Eutiquio que no hubo sino permiso para concertar los antes prohibidos matri-

[1] Menéndez y Pelayo, *Hist. de los heterodoxos esp.*, t. I, capítulo XIII.

[2] Parece imposible que un prelado de las letras de D. Rodrigo pudiera imaginar el enredo de que Opas gozara á un tiempo de las mitras de Sevilla y de Toledo, ocupando esta última á la vez dos titulares residentes, y más raro es que autores serios se lo hayan creído.

monios entre nobles y plebeyos [1]; sencilla abolición de una ley de raza, satirizada por los ingenios agudos y descontentos de la época, exactamente como hace en la nuestra la prensa festiva. Pues una sola palabra, el adverbio *petulanter*, que como antes he dicho pinta el carácter de Wittiza, y lo emplea el Anónimo para explicar el espíritu invasor con que acompañaba á su padre en el trono, ha sido parte muy principal para demostrar la lascivia de aquel monarca, porque además de la genuina acepción de atrevimiento y descaro, tiene la traslaticia de deshonestidad y lujuria. Así, la primera vez que el indicado pasaje se puso en castellano, fué diciendo *era ome muy luxurioso* [2] y de igual sentir se muestra todavía mi docto amigo D. Francisco J. Simonet [3], cuya opinión combate, aunque con su exagerada afición á los últimos visigodos, el tan estudioso como sutil Padre Tailhan [4]. Ni sería imposible que si un poeta cortesano ponderara los beneficios de la paz exclamando que

[1] V. Flathe *Dissert. de imperio sassanidarum.* Lips. 1843, página 14.

[2] *Crón. gen. de Esp.* Parte segunda, cap. LIIII.

[3] *Los hijos de Wittiza:* leyenda mozárabe. Folletín de *El Siglo Futuro*, 1884.

[4] *L'Anonyme de Cordoue*, pág. 151, n. 3. El insigne jesuíta, aunque fogosamente exagerado en el elogio de Wittiza, está acertadísimo en la refutación de las fábulas acumuladas sobre su persona, sin respeto siquiera ni al buen sentido ni á la santidad de la Iglesia católica. Véase la misma obra, pág. 159 y siguientes; así como la muy razonada *Carta del R. P. Fray Josef de San Pedro de Alcántara Castro al Sr. D. Gregorio Mayans i Siscar sobre la defensa del rei Witiza*, Valencia, 1773.

ya se habían convertido en arados las espadas y que la seguridad pública hacía inútiles las murallas, pronto se entendiera que no quedaban en el reino armas ni fortalezas; aun cuando á renglón seguido se hable en las crónicas é historias de la guerra de los vascones, de los terribles encuentros con los sarracenos y de la resistencia de las ciudades principales.

La leyenda de Wittiza fué adquiriendo bulto con los años entre sus enemigos, desesperados por la brevedad del triunfo; de los emigrados á Francia la tomó el monje de Moissac en 818, de los acogidos á las montañas de Asturias pasó acrecentada medio siglo más tarde á la crónica de Alfonso III; y entretanto, otra fábula no menos célebre tuvo origen en los mozárabes witizanos y recibió forma de los árabes de Oriente, cuento que puede tener á mi juicio explicación satisfactoria, aunque meramente hipotética [1].

Rodrigo, necesitado de dinero para seguir las campañas, así contra los rebeldes como contra los siempre levantiscos vascones, hubo de pensar en el tesoro que reinado tras reinado se iba acumulando en la basílica de San Pedro y San Pablo, aneja al real palacio construído por Wamba. En cámara de macizas paredes, cada nuevo

[1] Dí la primera vez esta suposición para explicar la historia de la Torre encantada en mi *Prólogo* á la traducción del *Fatho-l-andaluci* de D. Joaquín de González, extendiéndome algo más en demostrar la verosimilitud del relato. Sobre las calumnias propaladas por cada uno de los dos partidos, ha hablado ya el P. Tailhan, *o. c.*, pág. 183.

monarca depositaba una corona votiva [1] al ser elegido, y prestaba especial juramento de respetar aquella sagrada riqueza, por lo cual poner mano en ella pareció tremendo sacrilegio, así al pueblo como á los grandes, y rogaron con instancia al nuevo príncipe que hiciera como sus antecesores; pero él, deponiendo todo escrúpulo, mandó abrir la puerta y se dirigió á una preciosa caja de labor pérsica con extrañas figuras de animales y gentes de á pie y á caballo, ataviadas de no vista manera, que simulaban combates y cacerías. Abrió el arca, y al encontrar dentro santas y veneradas reliquias con sus auténticas escritas en largas tiras, y en un rollo de pergamino la bula de excomunión contra los violadores del tesoro, entró en su corazón el miedo de divino castigo, mandó á toda prisa cerrar arca y estancia, y prestó de buen grado el juramento con la dádiva acostumbrada. Corrió la aventura más y más abultada en boca del pueblo, adicto en gran parte á los caídos, y cuando dentro de un año entraron en la ciudad los africanos, la gente quiso ver en ellos las figuras de las cacerías, en el pergamino de la bula creyeron escrito el anuncio de la desdicha y el castigo del sacrilegio; los juramentos de los reyes pasados se cambiaron en otros tantos cerrojos, y la cámara en torre encantada, de fábrica inmemorial.

Los autores árabes más antiguos se complacen ya en la narración de portentos tales, demostración de los de-

[1] De estas coronas, análogas á las halladas en Guarrazar, cogió veinte ó treinta Táric en el despojo de Toledo.

signios de la Providencia en favor de su ley y de su causa; pero los cristianos no dieron acogida al cuento hasta que en el siglo XIII lo aceptó el arzobispo don Rodrigo con su acostumbrada facilidad. Los editores de la *Crónica del rey D. Rodrigo* enriquecieron la portada del tomo con la figura de la torre, y ningún historiador ha dejado después de mencionarla, hasta que en el presente siglo ha dado asunto para la hermosa composición en que Sir Walter Scott enaltece el valor y la gloria de España [1].

En el siglo XVI, la noticia erudita, embellecida en los romances, pasó á ser tradición popular, y los toledanos designaron como resto de la indiscutible torre unas bóvedas de labor romana [2] que yacen bajo los cimientos de la ya derruída parroquia de San Ginés, casi en lo más alto de la ciudad. Pretendió visitar el subterráneo, que llamaron *Cueva de Hércules*, el fecundo escritor Washington Irving en 1826 [3], sin lograr su deseo, porque en 1546 se había condenado la entrada por orden del cardenal Silíceo, al intento de cortar de

[1] *The vision of Don Roderick*, pequeño poema compuesto en 1812 con la mira de enaltecer la resistencia de España contra Napoleón I, y celebrar el auxilio de las armas británicas.

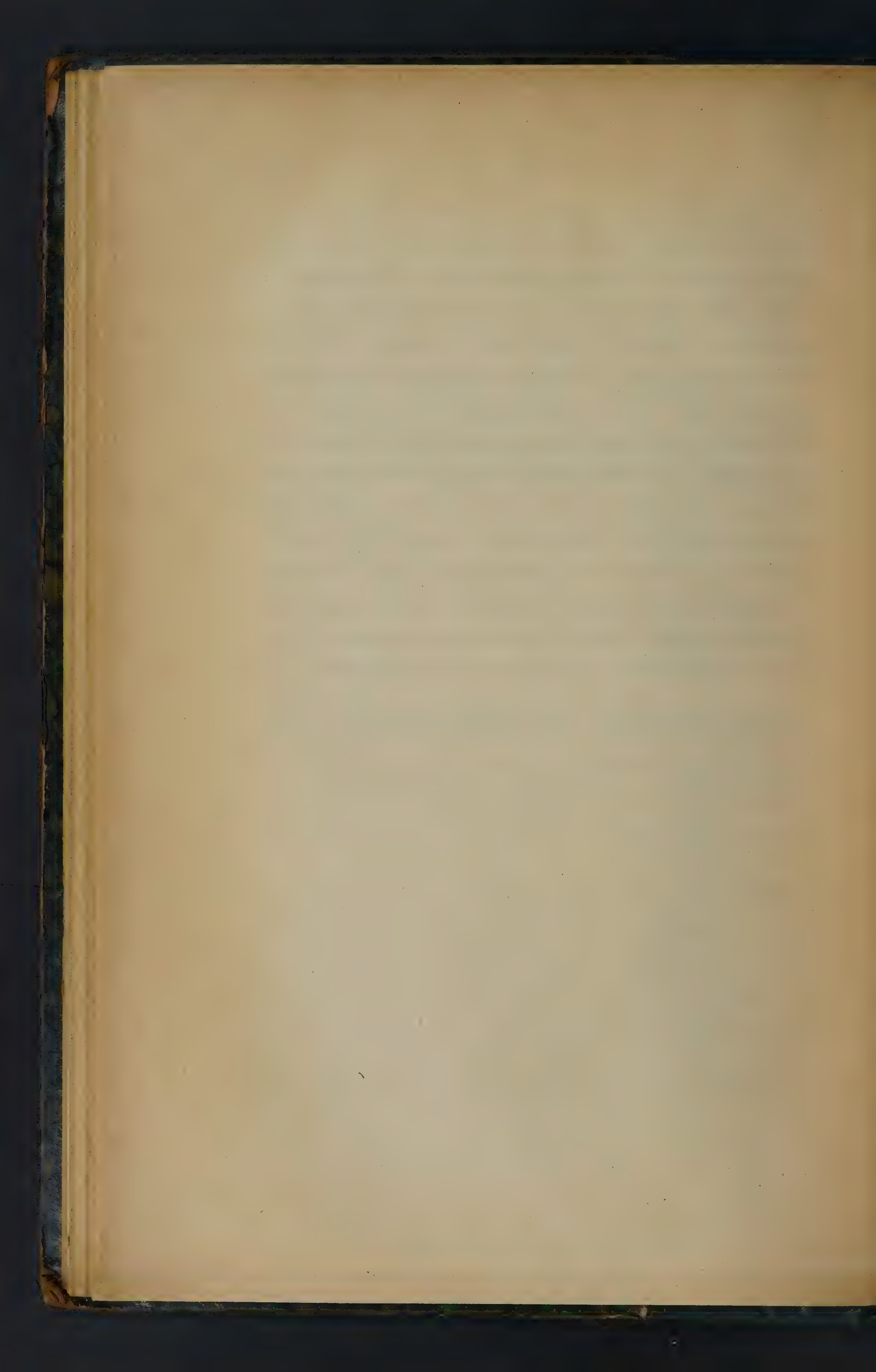
[2] *Toledo*, por el vizconde de Palazuelos, p. 890.

[3] *Legends of the conquest of Spain*, ilustración 2.ª, titulada *The Cave of Hercules*, donde enumera los textos castellanos relativos á este asunto. En su sátira político-literaria titulada *Don Opas* (Londres, 1840), D. José Joaquín de Mora hace punzante y donosa burla de los graves historiadores que han tomado por lo serio el encantamiento de la torre. (Canto IV, oct. 65 y 66.)

raíz las patrañas que corrían acerca de aquella mansión misteriosa [1]; y así continuó hasta que en nuestros días se han hecho nuevos y más fructíferos reconocimientos.

El vigor con que el nuevo rey empuñaba el cetro quitó á los witizanos la esperanza de prosperar con sus solas fuerzas, y antes de resignarse apelaron al recurso tradicional de la raza y de la época, á la intervención extranjera. Contra Agila llamó Atanagildo á los imperiales, á costa de dejarles entre las manos buena parte del territorio; contra Suintila trajo Sisenando á los francos á precio de oro; desventuradamente ensayó Paulo igual recurso contra Wamba, y como Justiniano II reinaba en Bizancio por la ayuda de búlgaros y esclavones, así los adversarios de Rodrigo pusieron su esperanza en la vecina costa de África, donde se habían amparado.

[1] *Toledo pintoresca,* por D. José Amador de los Ríos, p. 330.



CAPITULO III

Julián y la conspiración

Dependencia política de la Mauritania Tingitana.—Situación de los jefes bizantinos.—Julián, tribuno de Ceuta.—Su entrevista con Ocba.—Pérdida de Tánger.—Origen probable de Julián.—Sus descendientes en Córdoba.—Supuesto mando en Algeciras.—Sitio de Ceuta.—Patrocinio de Wittiza.—Sumisión al califa.—Apoyo á los hijos de Wittiza.—Demanda de auxilio al califa.—Carácter dado por los árabes á la intervención.—La Cava.

Preténdese muy generalmente que los reyes visigodos ejercieron autoridad en la Mauritania Tingitana. agregada al gobierno de España en tiempo de Otón, y confirmada en esa dependencia por Diocleciano. Alégase en demostración de aquella tesis ciertas palabras de la crónica de San Isidoro, por las cuales se ha entendido que Suintila, primero como general de Sisebuto y después como rey, desmanteló y luego tomó las plazas de la costa africana, y se añade en corroboración lo que el mismo doctor insigne escribe en las *Etimologías* acerca de que la Tingitana era provincia de España al otro lado del mar. Este último pasaje. que parece el más decisivo, no debe entenderse sino como expresión de un estado, por decirlo así, teórico, correspondiente á lo que sucedía en la época romana, por cuanto se omite la Galia Narbonense. á la sazón

provincia gótica, y lo que es más importante, en otro capítulo se atribuye ese mismo territorio al África. En cuanto á las conquistas de Suintila, es preciso entender, para llevarlas allá, que las palabras *inter fretum* é *infra fretum* [1] significan *más allá* del Estrecho, cuando para mí no dicen sino *dentro* del límite marítimo de la península. No es imposible que los reyes godos, teniéndose por herederos de los romanos, se titularan dueños de la Tingitana, á modo como Fernando VII se decía rey de Jerusalén y de las Dos Sicilias; pero consta, por numerosos testimonios, que aquella provincia no era de España hacía ya mucho tiempo.

Para probarlo, basta consignar que en el año 534, al organizar Justiniano las provincias de África, recién ganadas á los vándalos, manda establecer una guarnición con su tribuno en Ceuta, bajo la dependencia del duque de la Mauritania Cesariense [2]; y del texto de la misma imperial constitución se desprende que no restablece la provincia tingitana entera, porque la tienen ocupada los bereberes. Este estado de cosas subsistía en 641, á los cinco años de la muerte de San Isidoro, y diez de la deposición de Suintila, cuando la emperatriz Martina dispuso que fuera degradado y relegado á aquel presidio de Ceuta el conde Filagrio [3]. Nada se sabe que

[1] *Esp. Sag.*, VI, 502 y 503. «Infra fines regni nostri degentibus» dice Egica, en la alocución del Conc. XVII de Toledo, hablando de los judíos españoles.
[2] *Cod. Iustin.* Lib. I, cap. XXVII, l. 2.
[3] San Nicéforo, *Breviar. hist.*, año 641.

hicieran allí después de esta fecha los godos, pero sí que en 707, cuatro años antes de su trágica caída, ya Muza tenía guarnición en Tánger y sometida muy luego Ceuta en vasallaje amistoso [1]. No importa lo que en contrario afirmen los escritores árabes, pues eso no lo dicen sino al hablar de la invasión de España; que cuando tratan directamente de África, extienden el dominio del patricio de Cartago desde Trípoli hasta Tánger [2], y refieren que la guerra la sostenían en todas partes jefes romano-bizantinos, que sin lazo con el imperio ni socorro de Constantinopla, mantenían sus plazas fuertes y castillos con el auxilio de ciertas tribus berberiscas, cuya devoción habían logrado [3]. Y aun contrayéndose á España, el *Ajbar Machmúa,* que pasa por ser la crónica más autorizada, afirma que los gobernadores de las ciudades de la costa mauritana ya se habían hecho independientes de nuestros reyes [4]. Uno de aquellos jefes era el llamado Conde D. Julián, cuya figura hay que hacer revivir como los oscuros trazos de raspado palimpsesto.

[1] V. Slane, tr. de Abén Jaldún, I, 344, n. 3; *ibid.* II, 136; *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 18.) Del mismo (p. 20), se colige que la sumisión de Ceuta estaba hecha en el otoño de 709.

[2] Abén-Jaldún (*Hist. des Berb.*, tr. de Slane, I, 209); Abén-Abdelháquem, *Ibid.*, p. 204; Nouáiri, *Ibid.*, p. 317. Lo mismo se deduce del Continuador del Biclarense (n. 38, *Esp. sag.*, VI, 437).

[3] Véase á este propósito el notable juicio de Lebeau *(Hist. du Bas-Empire,* lib. LXII, § 19).

[4] *Cr. ar.* I, 18; Almacarí, *ibid.*, 172.

La incertidumbre de la escritura árabe, cuando de nombres europeos se trata, nos deja en perplejidad acerca del verdadero nombre de tan importante persona; pero no encuentro, á la verdad, motivo para rechazar el que viene dándole la historia desde que por vez primera lo presenta con forma latina el monje de Silos, al empezar el siglo XII [1]. Julián, súbdito del Bajo Imperio [2], obtuvo bien joven el cargo de tribuno [3] ó jefe

[1] En los autores árabes se leen estas formas:

يوليان *Yulián*, en Abén-Alatir.

وليان *Ulián*, en el *Fatho-l-andaluci.*

يليان *Yulián*, en el *Ajbar Machmúa*, Abén-Alcotía, Abén-Adarí y Abén-Alatir.

بليان *Balián*, en Abén-Jaldún, Xehabedín Fecí, Abén-Alatir y el *Fatho-l-andaluci.*

اليان *Ilián*, en el Becri, el Cairauaní, Abén-Alfaradí y el Dahabí.

البان *Ilbán*, en Abén-Iyad.

Todas estas variantes pueden corresponder á *Iulián*, y la penúltima, que parece la más autorizada, no sólo coincide con la castellana de Illán, sino que se encuentra confirmada con el texto de Abén-Alatir, que escribe el nombre del emperador Juliano el Apóstata اليانوس (I, 283) y يليانوس (I, 229); así como en la vida de S. Efrén (Assem. *Bib. Or.*, I, 154) se escribe اليانش el nombre de un monje Iulianus.

[2] Nouáiri (Slane, *Hist. des Berb.*, I, 332) le llama *rumí*, que quiere decir griego, ó cristiano oriental. Abén-Jaldún distingue perfectamente los *rumíes* ó griegos de los *francos* ó latinos. (*Ibid.*, p. 208.) También lo designa del mismo modo Abén-Adarí (I, 211) quien cuida en la misma página de llamar godo á Teudis. Abén-Alatir (IV, 89) le califica de *patricio*, si bien debo observar que igual dictado reciben el rey Rodrigo en Abén-Adarí, y los próceres godos en Abén-Jaldún (IV, 117, edic. del Cairo).

[3] Así resulta perfectamente inteligible el pasaje del Anó-

militar de la costa del Estrecho, creado por Justiniano en la constitución antes referida, y supo captarse la adhesión de la poderosa rama berberisca de Gomera [1], que aun hoy ocupa las montañas del Rif, y profesaba entonces el cristianismo [2]. Cuando en 681, los soldados romanos vieron, desde las almenas de sus fortificaciones, cómo á manera de desatada tromba devastaba las campiñas el fanático Ocba, Julián desvió con maña el torrente hacia lo interior de la Mauritania Tingitana [3], pero al correr los primeros años del siglo VIII, organizada por Muza sobre nuevas bases la guerra, no pudo aquél conservar á Tánger, que según queda apuntado tenía ya guarnición mahometana en 707, ni resistir con fruto en campo abierto, quedando reducido á la posesión de Ceuta.

Nombre de Julián han llevado dignatarios del impe-

nimo latino (n.º 40, vv. 958-962) «consilio nobilissimi viri *urbani*, etc.»; que debe leerse «consilio nobilissimi viri *tribuni* africanae regionis, sub dogma catholicae fidei exorti.» Las letras minúsculas *u* y *a* son exactamente iguales en la escritura visigótica, y la sílaba *tri* pudo parecer *ur* si se dejó sin señalar el retorcido travesaño de la *t*.

[1] Abén Jaldún le tiene por amir (VI, 108 y 146) y por rey (ملك, VI, 211) de los gomeres, bajo la protección (عهد) del rey de España (IV, 117 de la edición del Cairo). Sólo cuando habla de la España gótica le llama gobernador (عامل; II, 236 del texto árabe).

[2] Abén Jaldún (tr. de Slane, I, 209); Abén Alcotía, (*Cr. ar.*, II, 7 y 8.)

[3] Abén Jaldún, (tr. de Slane, I, 212 y 287; Nouáiri, *ibid.*, 332 y 333.)

rio oriundos de muy diversos países, desde las riberas del Atlántico hasta las montañas del Irán, y por lo mismo hay que acudir al de su hijo para rastrear de dónde pudo salir el esforzado jefe de la costa del Estrecho. Los datos más recientes y seguros llaman á ese hijo Balacayas [1], palabra equivalente, á mi parecer, á la de Vologeses, con que los autores clásicos designan á reyes y caudillos de los partos, de los sasanidas y de los armenios [2]. Inducen estos datos á suponer á Julián procedente de aquellos persas cristianos, que á la caída de

[1] El barón de Slane fué el primero en dar noticia de la existencia de este hijo, denominándolo *Malka-Betro* ó *Pedro* (*Hist. des Berb.*, I. 366.) Á esta lectura le indujo el ms. del Dahabi que se conserva en la Biblioteca Nacional de París (anc. fonds, n.° 646), el cual, según nota debida á la amabilidad de M. Zotemberg, pone ملكابيتر. Pero mi sabio cuanto modesto amigo D. Francisco Codera me ha hecho saber que tanto Abén-Alfaradí como Abén Iyad escriben بَلَكَايِش, el primero tres veces (págs. 55, 78 y 160) y el otro dos, siendo estos pasajes de más autoridad, pues Abén Alfaradí murió en 403 de la hégira, Abén Iyad en 544 y el Dahabí en 748.

[2] La identidad de estos dos nombres la establezco con los datos siguientes: 1.° Las monedas de los arsácidas lo escriben *Bolagasou*, en genitivo (Vaillant, *Imperium arsacidarum*, t. I, p. 293). 2.° Algunos escritores griegos le llaman *Volagaisos* (*Ibid.*). 3.° En las monedas de los sasanidas se lee *Valakâxi* (Rawlinson, *The seventh oriental empire*, p. 338). 4.° En el año 457 había en una diócesis de Mesopotamia un obispo que llamaban Vologesus ó *Valagás* (Assemani, *Bibl. orient.*, t. I, p. 256). 5.° Los árabes escribieron بلاش y los clásicos Balasces, Blases y Obolas el nombre del Vologeso sasanida. También resulta el nombre en cuestión muy parecido al de Balagatsis, lago en Armenia, de donde sale el río Rhah, afluente del Araxes (Saint-Martin, *Mémoires sur l'Arménie*, I, 39).

su imperio se pusieron al lado de los bizantinos [1] en la Mesopotamia del Norte, siguiendo después sus banderas por todas partes; y si la familia de ese aventurero tenía algunos bienes en Conisabor, ciudad episcopal de la Adiabene [2], pudo muy bien el arzobispo D. Rodrigo creer que se trataba de *Consaburum* en España, y adjudicarle la equivalencia de Consuegra [3].

El deseo ó la conveniencia de visitar los lugares de donde procedía explica satisfactoriamente que Julián, concluída la misión de Muza, en lugar de quedarse en España, como todos los godos que tomaron parte con los árabes, se marchase á Siria [4]. No dejaría, sin embargo, de obtener en la península algún rico repartimiento, porque al fin se estableció en Córdoba, donde más tarde apostató su hijo, tronco de descendencia ilustre, envanecida siempre con la memoria de quien abrió al islam las puertas de la tierra andaluza [5]. De Balacayas nació Abdalá, y continuaron la línea genealógica sucesivamente Háquem, Solimán, Ayub, muerto en 326 de la

1 Caussin de Perceval. *Essai sur l'hist. des arabes*, etc., III, 512.)

2 Esta ciudad estaba entre Tacrit y Arbelas (Assemani, *Bibl. or.*, III, 2.ª parte, 739) y se llamaba también Buaziga. El predominio de los nestorianos en esa región hace digno de especial nota que el tribuno hubiera nacido en el seno de la fe católica, como se complace en consignarlo el Anónimo latino.

3 L. III, c. XIX.

4 *Anón. lat.*, n.º 40, v. 958.

5 Abén Iyad (ms. de la R. Ac. de la Hist., t. III, f. 115 v.). «Fué después á establecerse en Córdoba, donde abrazó el islamismo su hijo Balacayas.»

hégira, otro Solimán, muerto en 379, y Áhmed, muerto en 388, célebres los tres últimos por su saber y por la independencia de doctrina que profesaban, propia de su abolengo cristiano.

Importa, sin embargo, á la sinceridad de la discusión declarar que en las genealogías de la familia se califica á Julián de *godo*, argumento que parece de incontrastable fuerza contra todo lo que llevo dicho; pero se la quita por completo la transformación que desde el principio imprimieron los árabes á la índole de la conquista, según antes tengo explicado, concentrando y personificando en el régulo de Ceuta toda la acción de los hispano-godos en tan espantoso drama. La tesis no era admisible sin traición, para la traición hacía falta un godo calificado; y los nietos de Julián, que á fuer de fervientes musulmanes encontraban la supuesta traición como acto meritísimo, aceptaron gustosos la ascendencia gótica, mejor estimada en Córdoba que la romana ó la bizantina.

Mas sean cuales fueren la nacionalidad y la raza de Julián, es lo cierto y positivo que nunca tuvo mando en Algeciras, como se supone por la mayoría de los historiadores. Cuando ganado con oportunas dádivas, trabó Ocba amistad con él en 681, le consultó sobre la conveniencia de un ataque á dicha plaza [1], y no es de suponer que el jefe musulmán tratara con el cristiano

[1] Xehabeddín Fecí (*Not. et Ext. des mss. de la Bib. du Roi*, II, 157).

sobre el modo de hacer una acometida á sus propios dominios. Igual inconveniente hubiera impedido las algaradas anteriores al desembarco de Táric, y además, este desembarco se pudiera haber realizado con toda comodidad en el puerto mismo de Algeciras, en vez de ganarlo por fuerza de armas, después de rodear la bahía desde el desierto peñón de Calpe, como se ha de ver en el capítulo siguiente.

Ocupada y bien guarnecida Tánger en 707, como queda dicho, Muza empleó la primavera de 708 en correr los campos de Ceuta sin dar descanso á sus habitantes hasta reducirlos á guarecerse dentro de los muros, y ya no quedó á Julián otro medio de mantenerse que volver la vista á España y solicitar recursos de Wittiza.

Para conseguirlos, no dejaría de alegar el valeroso jefe la sangre arsácida que corría en las venas del monarca, heredada de aquel Artavasdes (llamado Ardebasto por Alfonso III), padre de Ervigio, cuya memoria había querido perpetuar en el nombre de uno de sus hijos; y en calidad de pariente más ó menos lejano le reconocería como patrono, inscribiéndose en el número de sus *leudes* ó *fieles* [1]. Julián poseía algunas naves para utilizar el tráfico que desde el fondo del África venía á buscar en Ceuta paso á la Europa occidental [2],

[1] Así le titula el Silense (n.º 15).

[2] Abén Alcotía no le da otro carácter que el de un comerciante que surtía al rey de España de caballos y aves de cetrería (*Cr. ar.*, II, 7 y 8) sin mando alguno aquí ni en África. Tam-

y de ellas se valió para abastecer la plaza de víveres y armas; pero á la muerte de Wittiza, con los disturbios de la nación faltaron los auxilios, y como más y más apretaba el enemigo, hubo al fin que capitular, si bien con condiciones ventajosas [1]. Julián conservó el gobierno de Ceuta en propiedad y de por vida, reconociendo la soberanía del califa [2]; exigió que ninguna expedición hostil á España saliera de aquellas aguas [3], y en cambio dió en rehenes, con los suyos, los hijos de los gomeres más principales que estaban á su devoción [4].

Al estallar la guerra civil, Achila ejercitó su derecho para exigir al *cliente* de la familia el apoyo de sus armas, y previa autorización de Muza, Julián cumplió con este deber, intentando en el verano de 709 un desembarco en la costa de Andalucía [5] para molestar al duque Rodrigo, que con mano de hierro mantenía su provincia por el partido aristocrático. Mas el triunfo definitivo de este bando puso á la familia desterrada en el trance de solicitar la mediación de su leude para

poco el Arzobispo D. Rodrigo le atribuye mando en Africa (lib. III, cap. 19), pero sí lo da como noble godo, encargado de una misión diplomática en África y gobernador de Algeciras.

[1] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 18, 19 y 20); Almacari (*ib.*, 172); Abén Abdelháquem (*ib.*, 209).

[2] Abén Jaldún, tr. de Slane, II, 136.

[3] Silense (n.° 16) «Quippe ipsum, ne hispanos limites aggrederetur, etc.»

[4] Abén Jaldún (tr. de Slane, II, 136); Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I, 209.)

[5] Almacarí (*Cr. ar.*, I, 174).

conseguir el apoyo de los árabes, famosos ya y temidos por la pasmosa extensión de sus conquistas [1]. Julián, que con la sagacidad del bizantino, la valentía del iranio y la fortaleza del africano había sabido captarse la amistad y el respeto de Muza, era el mejor elemento para entablar las negociaciones, y sin levantar mano recomendó el asunto á Táric, ante quien se presentaron Achila y sus acompañantes, refiriéndole el caso de sus desdichas en términos conmovedores [2]. La gravedad del negocio obligó al berberisco á enviarlos á Muza, que se hallaba en Cairouán, y aun cuando al jefe árabe sonreía la perspectiva de nuevas rapiñas, no atreviéndose á resolver nada sin contar previamente con el califa, encaminó á los pretendientes á Damasco [3], de donde volvieron con la orden deseada [4], pero añadidas ciertas prevenciones de prudente reserva. En ellas figuraba la de que Achila habría de quedar en rehenes para responder del apoyo de sus parciales [5], que Julián

[1] Alfonso III (n.º 7) «Sarracenos in auxilium petunt.»

[2] Abèn Adarí (p. 21 de la tr.), al describir la llegada de la comitiva, llama á su jefe *Ailián* (Achilano).

[3] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 3 y 4) supone la primera entrevista en la noche que precedió á la batalla, y los viajes después de ella, sin otro objeto ni resultado que recuperar los bienes patrimoniales confiscados.

[4] Á esta resolución alude el Yacubí (ed. de Houtsma, II, 341) cuando dice que Ualid en el año 91 (710) encomendó á Muza el mando del Andalus; y la promesa de la restauración resulta clara de estas palabras del Arzobispo D. Rodrigo (L. III, capítulo 20) «Taric promisserat quod restitueret eis omnia quae fuerunt patris sui».

[5] Este es el conde de Tánger Rechila (Ricila, Recila ó Rasila

tomaría parte personalmente en la empresa, y que se hiciera una exploración preliminar en la costa. El proyecto no podía reportar sino ventajas; se arriesgaba á lo sumo, según representó Muza al soberano [1], la pérdida de unos cuantos bereberes, siempre turbulentos y amenazadores en su casa, y en cambio se adquiría, sin contar con el botín de guerra, la amistad de una nación vecina aun con fama de poderosa, peligroso estorbo para la consolidación del islamismo en la poco segura Mauritania.

Estos preliminares de la invasión, deducidos de los textos de Abén Adarí y Abén Alcotía racionalmente interpretados, parecen mucho más naturales que la minuciosa y afectada correspondencia, supuesta por el *Ajbar Machmúa* [2], entre Muza y el califa. En efecto, después de las formidables expediciones marítimas de los musulmanes contra Constantinopla y casi todas las islas del Mediterráneo [3], y en una corte donde eran atendidos y consultados cristianos ilustres por su saber y hasta por su santidad, es pueril el temor que se atri-

se escribe en distintas ediciones) á quien atribuye D. Rodrigo Ximénez (l. III, cap. 18 y 20) parte del papel que los árabes dan á Julián, y es el único autor que suministra la noticia, muy verosímil para mí, de haberse quedado su persona en prenda.

[1] Sauvaire, *Voyage d'un ambass. mar.*, p. 5.

[2] P. 20 de la tr.

[3] Según el Soyutí, en el año 89 (708) Abdalá, hijo de Muza, hizo un desembarco en las Baleares. (V. Codera, *Bol. de la R. Ac. de la Hist.*, XIX, 138.)

buye á Ualid I de exponer sus soldados al peligro de las olas, é inverosímil que ignorase la proximidad de España y África. Ni Muza, dueño absoluto de esta última región, desde los oasis de Egipto hasta las orillas del Atlántico, tuviera reparo en emprender la campaña á no mediar pactos y compromisos á que sólo la firma del califa podría dar validez suficiente.

Con el éxito increíble de la empresa se estimuló poco después la vanidad de los árabes para rechazar la nota de auxiliares asalariados, y no tardaron sus desdeñosos escritores en echar á un lado la intervención de los españoles, rebajándola más y más cada vez, hasta dejarla reducida á una odiosa venganza como principio, y á una estúpida complacencia, con la cual los *compañeros de Julián* (así distinguen ó disfrazan á los witizanos) sirven de guías al ejército invasor, descubren los puntos débiles de las plazas fuertes ó seducen las tropas que las guarnecen [1]. El P. Tailhan, en su generoso empeño por levantar las figuras de todos los caudillos, así árabes como visigodos [2], da por planteado desde el primer instante el problema de la conquista á mano armada y frente á frente, sin complot alguno; pero los testimonios más antiguos declaran sin la menor oscu-

[1] El *Ajbar Machmúa* dice (p. 21): «Con ellos estaba Julian, acompañado de bastante gente del pais, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje».

[2] Ya en 1838 había extremado la justificación de Julián, los hijos de Wittiza y Opas, el Sr. D. Miguel Agustín Príncipe en su drama *Don Julián*, echando todas las culpas sobre los judíos.

ridad la existencia de tramas políticas, y si el Anónimo latino deja la cuestión indecisa, Alfonso III y el monje de Albelda dicen con toda precisión que los musulmanes vinieron llamados con motivo de los disturbios que afligían al país [1]. Ni unos ni otros de cuantos tomaron parte en ellos imaginaron hasta dónde iban á llegar las consecuencias de la conspiración urdida contra Rodrigo y el Senado de Toledo.

Para basar toda la conquista en una traición, hacía falta una ofensa gravísima que vengar, y los árabes adoptaron desde el principio la historia por demás famosa de la violación de la hija de Julián, mero pretexto para denigrar la memoria de Rodrigo. El Sr. Fernández-Guerra ha explicado el desarrollo sucesivo de esta fábula con aquella brillantez propia de todos sus escritos, que ha avalorado sus importantes investigaciones sobre esta época tan confusa [2]. No es esto decir que á mi juicio sea preciso admitir que los árabes hayan inventado del todo el enredo. No consta, á la verdad, en parte alguna que los reyes godos mantuvieran y educaran en la corte los hijos é hijas de los grandes, pero sí es cierto que los patronos amparaban las hijas de los clientes y hasta cuidaban de casarlas cuando quedaban huérfanas. En este concepto, nada tendría de particular que durante el sitio de Ceuta, cuando aun reinaba Wittiza,

[1] Albeldense, n.s 46 y 77; Alfonso III, n.° 7; Silense, n.s 15 y 16, y Abén Adarí, p. 21.

[2] *Caida y ruina, etc.*, p. 83.

Julián enviara una parte de su familia á Toledo, para ahorrarle las molestias y los peligros del cerco, hecho que sirvió para extraviar á San Pedro Pascual y á Abén Jaldún, quienes atribuyen á dicho rey el desafuero. Tampoco sería extraño que en los tumultos de la revolución aristocrática, esta y otras muchas señoras fueran indignamente atropelladas por Rodrigo y sus soldados, pero en aquellos tiempos de alarmas y trastornos continuos, el honor era bastante menos vidrioso que en nuestros días, y una violación más ó menos no significaba gran cosa. «Con mayores vicios de los antece- » sores», dice á este propósito el insigne Saavedra Fajardo, «se había levantado y mantenido el imperio de » los godos por muchos siglos» [1].

Las crónicas latinas guardan absoluto silencio sobre tan ruidoso incidente hasta que en 1110 le dió entrada el Silense, pero como cosa secundaria al lado de la conspiración witizana, y los eruditos del siglo XIII prestaron color y relieve al novelesco episodio, que desde entonces adquirió carta de naturaleza en nuestra historia. ¿Y cómo se llamaba la ultrajada doncella? Ningún autor árabe lo dice, ni tampoco niguna crónica cristiana, hasta 1300 inclusive, en que escribía San Pedro Pascual; pues todos hablan sencillamente de *la hija de Julián*. Pedro del Corral, que distribuyó á capricho nombres por él inventados á todos los personajes, ya históricos, ya fantásticos, con que atiborró su *Crónica del*

[1] *Corona gótica*, cap. XXIX.

rey D. Rodrigo, fué, al mediar el siglo XV, el primero en llamar *La Cava* á la joven, y Miguel de Luna, en 1589, fué también el primero en discurrir interpretación arábiga para este vocablo [1] en su disparatada *Historia verdadera del rey D. Rodrigo* [2]. No ignoro que algunos autores modernos trasladan un pasaje de D. Lucas de Tuy en que figura citada así la Cava, pero tal pasaje no existe en los ejemplares que yo he consultado. En cuanto al origen de la palabra, creo que así como Corral aplicó á dos señoras los nombres de

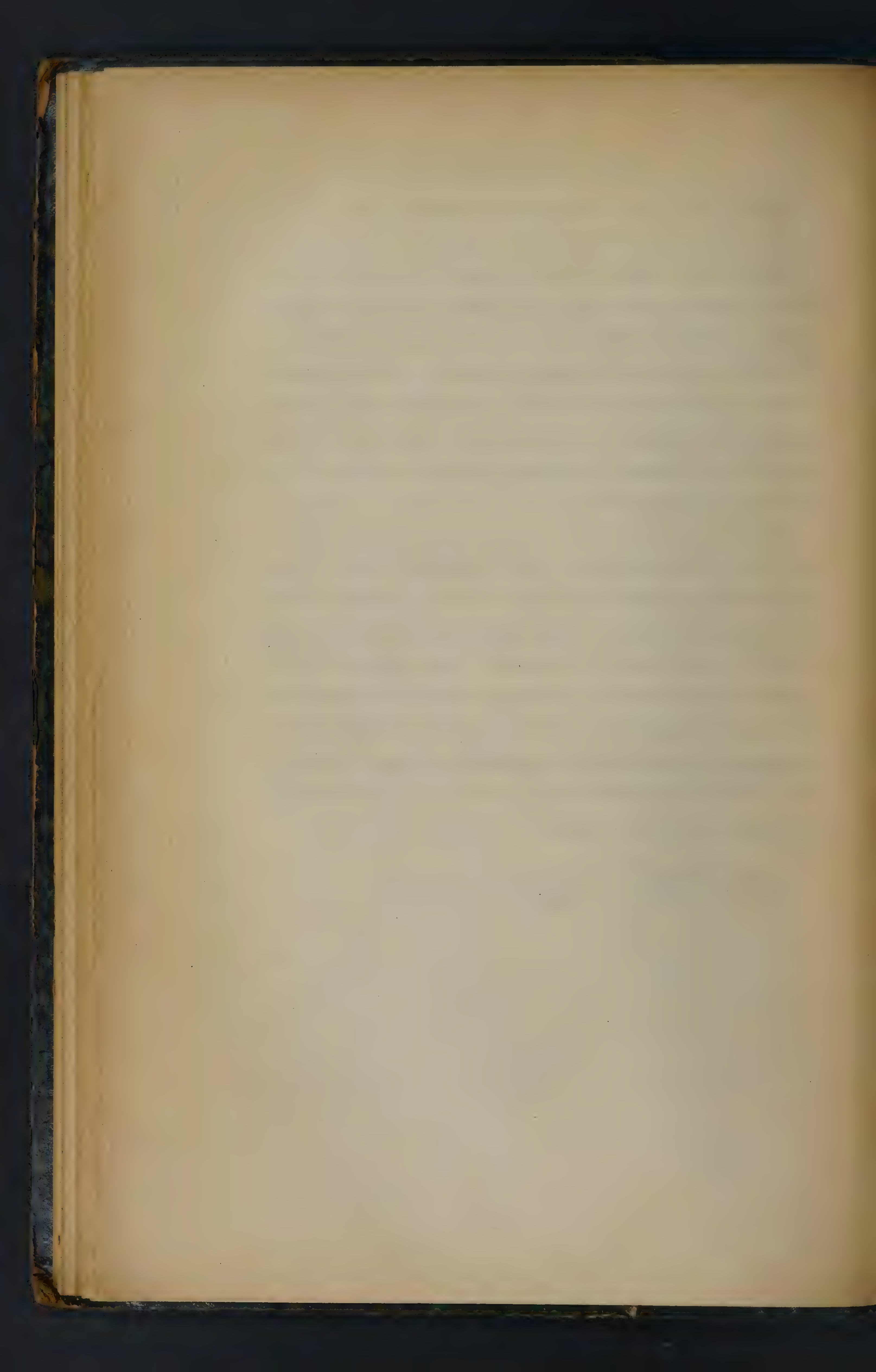
[1] «Esta dama Florinda, assí llamada por propio nombre, nombraron los árabes la Cava, que quiere decir la mala mujer.» *O. c.*, lib. I, cap. 18. El autor alude seguramente á la palabra árabe *cahba* (قحبة) «manceba, prostituta», epiteto que cuadra muy mal á la víctima de una violencia, cruelmente vengada. El único poeta que conformándose con aquella interpretación ha presentado á la hija de Julián como cortesana apasionada y firme en su loco amor hasta el heroísmo, es el Duque de Rivas en su *Florinda*. Lembke (*Geschichte von Spanien*, I, 256) ya toma el nombre de la Cava como exclusivamente propio de las novelas, pero se deja coger por la arbitraria etimología de Luna.

[2] Esta historia se supone traducida de una crónica árabe escrita por cierto Abulcacín Tarif Abentarique, testigo de la conquista; y para abonar el aserto se adornan las márgenes con citas de las palabras del original; pero el autor no cayó en la cuenta de que ponía algunas de uso moderno y desconocidas en el siglo VIII, como *mahzen* por «palacio». Á poco de ver la luz este libro, sacó de él Lope de Vega su comedia del *Postrer godo de España*. Washington Irving (*Legends of the conquest of Spain*) hace inmerecido aprecio del libro de Luna, lo mismo que del de Pedro del Corral, á quien cita siempre bajo el nombre de Rasis, sin duda por haberlo visto escrito con tinta roja en el frontispicio de un ejemplar de la *Crónica* que se guarda n la Biblioteca Nacional de Madrid.

Sevilla y de Lucena, encontró apropiado para la heroína de la conquista el de la ciudad de la Cava, á una legua de Salerno, en el reino de Nápoles, deliciosa residencia de verano muy concurrida en la Edad Media, célebre además por el cercano monasterio de benedictinos de la Santísima Trinidad [1]. Al mediar el siglo xv, los muchos caballeros castellanos que acompañaron á Alfonso V de Aragón, en sus expediciones marítimas á Italia [2], pudieron vulgarizar por acá la fama de aquellos sitios.

El nombre de *Florinda*, sonoro y elegante, fué adoptado por los versificadores del Romancero como más apropiado á su culto lenguaje, y lo han perpetuado las literaturas de todos los países en obras de alto valor poético, interpretándolo algunos como equivalente al gótico Floresinda. No nos importe que la leyenda de la Cava sea genuina ó apócrifa; la crítica histórica desmenuzará como debe los argumentos en pro y en contra; pero el tipo artístico está creado, y nunca perderá la corona de la inmortalidad la *Profecía del Tajo*.

[1] Yepes, *Crón. de la Orden de S. Benito*, VI, 107.
[2] *Crónica* de D. Juan el Segundo, año XXIX, cap. IX.



CAPITULO IV

La campaña de la intervención.

Año 710.—Tarif.—Desembarco en Andalucía.—Año 711.—Ataque de los francos.—Táric desembarca en Gibraltar.—Toma de Carteya y de Algeciras.—Derrota y muerte de Bencio.—El cuartel real en Córdoba.—Sisberto.—Refuerzos de África.—El campo de Medinasidonia.—Posiciones de Táric y de Rodrigo.—Cabos de ambos ejércitos.—Primeros movimientos de la batalla.—Intrigas de Opas.—Defección de Sisberto.—Derrota de Rodrigo.—Desaparición del rey.—Lánzase Táric tras los fugitivos.—Nueva batalla.—Sitio de Écija.—Marcha sobre Toledo.—Expedición á Alcalá de Henares.—Fin de la campaña de Táric.—Sitio de Córdoba.—Expediciones á Málaga. Granada y Murcia.—Teodomiro.—Los judíos.

Conforme al plan concertado. Muza envió en Julio de 710 una partida de bereberes. que con Julián atacara la costa de España. Jefe de aquella tropa era un árabe oriundo del Yemen. de la tribu de Naja según unos, Maauí ó Maaferí según otros. llamado Tarif. hijo de Málic, por sobrenombre Abuzura. Según parece, este mismo Tarif, apartándose de la ortodoxia mahometana, tomó parte años después en la gran revolución

africana de Meícera, y más tarde fundó, con su hijo Sáleh, la secta de los berguatas [1], siendo probable que sus ascendientes, antes de ingresar en el islam, siguieran la doctrina mosaica, llevada á Arabia en tiempo de David por unos emigrados de la tribu de Simeón.

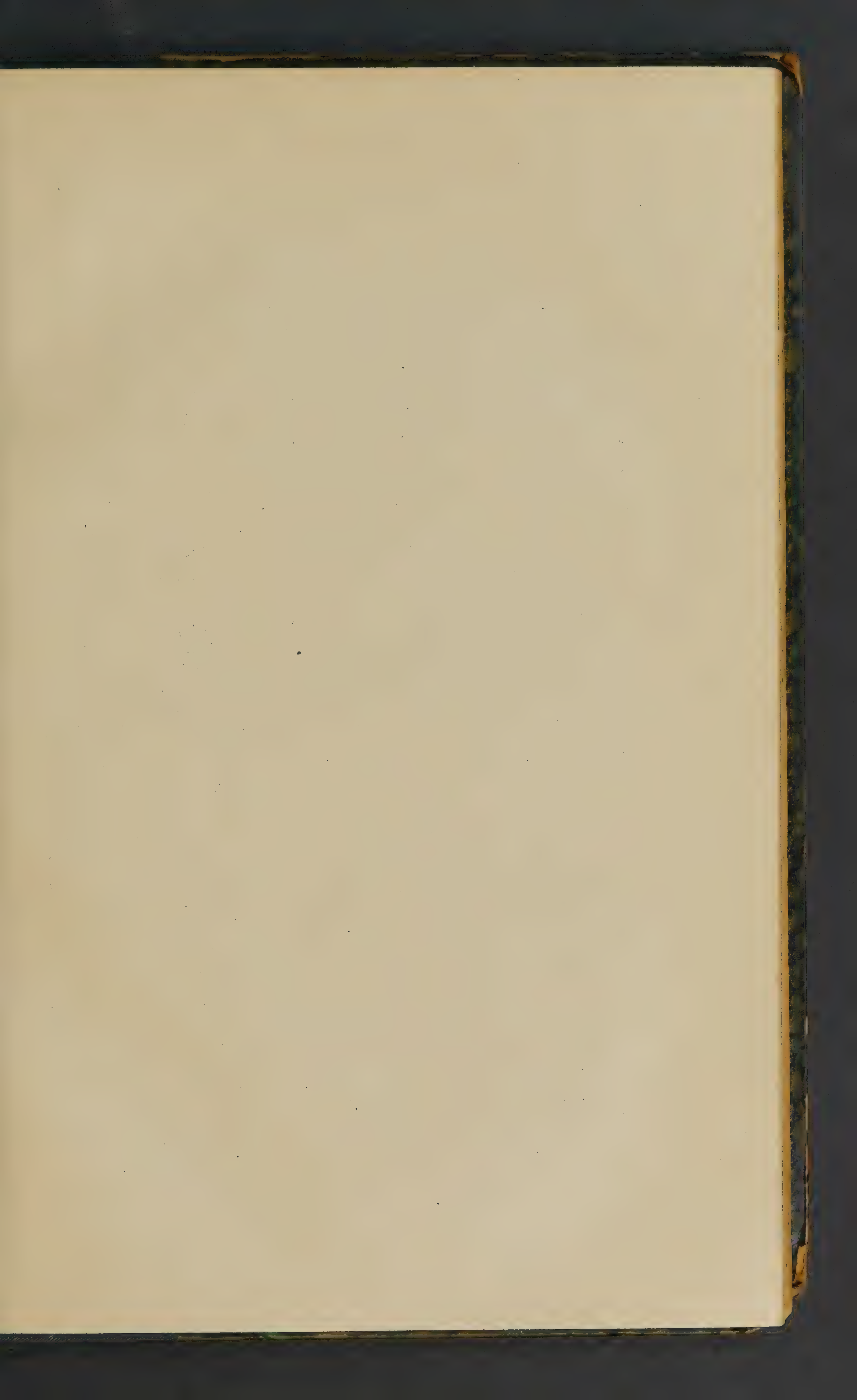
La partida, compuesta de 400 infantes y 100 caballos, se guareció en la isla de las Palomas, separada entonces de la ciudad de Tarifa, hasta que una facción de witizanos asomó por la costa y protegió el desembarco [2]. Los africanos sacaron de la campiña comprendida entre Tarifa y Algeciras botín suficiente para quedar muy contentos de la algarada, y entrar en ganas de repetirla en ocasión oportuna; pero las plazas, fieles á su antiguo duque Rodrigo, se hallaban muy bien guarnecidas, pues los árabes dicen que la primera era puerto militar [3], y no viendo posible un golpe de mano fructuoso en algún punto fuerte, se volvieron todos á Ceuta, dejando por aquel año las operaciones, convencidos de la necesidad de otro plan más extensamente preparado.

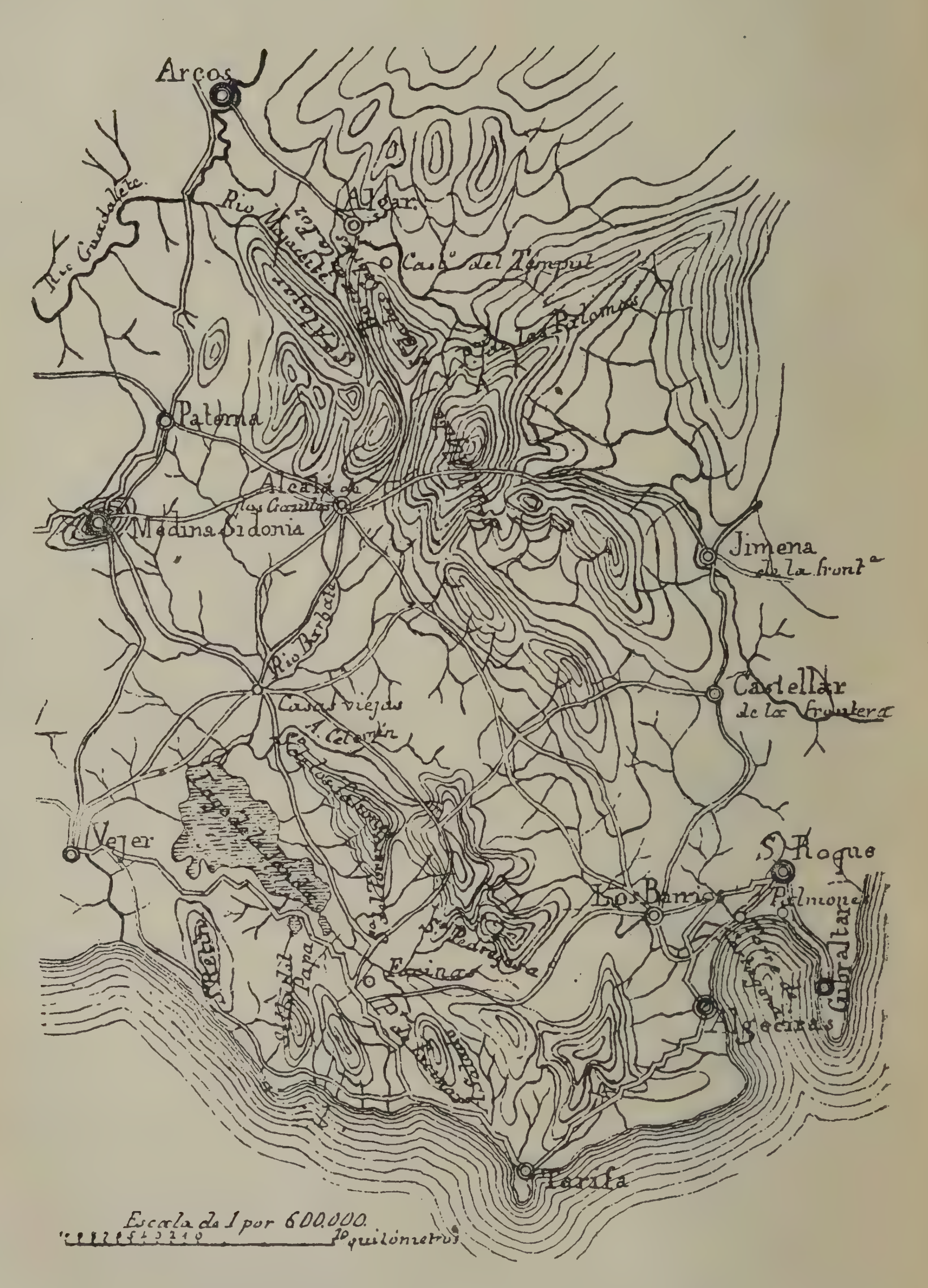
Trabajaron los descontentos con tal objeto cuanto pudieron por suscitar dificultades al rey, y lograron que, al romper la primavera del año 711, los fran-

[1] Becrí, (*Journ. Asiat.*, V sér., t. XIII, p. 373); *Cartás* (p. 179 de la tr. fr.)

[2] D. Rodrigo, L. III. cap. XIX.

[3] *Ajbar Machmúa*, *Cr. ar.*, I, 20.





MAPA DE UNA PARTE DE LA PROVINCIA DE CÁDIZ

cos atacaran la frontera navarra [1], alborotando á los vascones, y obligaran á Rodrigo á acudir allá con lo más granado de su ejército. La situación se presentaba ya propicia para entrar en la península y lanzarse sobre Córdoba, con el fin de constituir allí un centro de gobierno antes que el rey pudiese estar de vuelta, siendo de suponer que aquellos conspiradores, como los de todos los tiempos, contarían más ó menos ilusamente con la adhesión disimulada de parte no despreciable de las tropas. Arreglado este plan, el berberisco Táric, á la sazón gobernador de Tánger, liberto y hombre de confianza de Muza, fué nombrado jefe de un cuerpo de 7 000 gomeres, gente adicta á Julián, quien por su pericia en las cosas de la mar se encargó de dirigir la travesía. Entre abril y mayo desembarcó sigilosamente el cuerpo expedicionario en el abandonado peñón de Gibraltar, y después de fortificarlo con toda detención y esmero, una columna mandada por Abdelmélic, séptimo abuelo del famoso Almanzor, tomó posesión de Carteya (hoy Torre de Cartagena ó del Rocadillo), y luego de Algeciras [2], con lo cual quedó establecida la comunicación con África por medio de un puerto seguro y una plaza de guerra importante.

Guardándose de incendiar desacordadamente las na-

[1] D. Lucas de Tuy, L. III, p. 70 «Iulianus... callide incitavit francos ut expugnarent Hispaniam citeriorem».
[2] Abén Adarí, II. 274; Almacari (*Tr. de Gay.*, II. 178).

ves [1], Táric emprendió sin perder momento la marcha hacia Córdoba [2]. No pensaron los conspiradores que les estorbarían el paso algunas milicias dirigidas por un sobrino del rey, cuyo nombre debió ser Bencio [3], y aun cuando los invasores las vencieron una y otra vez, entrando á saco varias poblaciones abiertas [4] y dando muerte al mismo jefe, el primer ímpetu quedó parado, y tuvo tiempo de salir á toda prisa un caballero llamado Wiliesindo [5] á advertir é instar á Rodrigo para que, abandonando el campo de sus operaciones en el Norte, convirtiera sus fuerzas hacia Andalucía, donde se presentaba más recio el peligro.

Atendió el rey el consejo, y convocados todos los refuerzos de que disponía, se le agregó al llegar á Cór-

[1] En la *Geografía* del Edrisi, escrita en 1154 (p. 213 de la tr. de Dozy), es donde por primera vez se encuentra la mención de tan gastada estratagema.

[2] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I, 210); Abén Adarí, p. 24 de la tr.

[3] Este nombre, que se encuentra en la *Canónica* de San Pedro de Tabernas (*Esp. sag.*, XXX, 198; Huesca, *Teatro hist.*, I. 256), puede corresponder al Bancho (بنج) de Abén Adarí (II, 10), leído Éneco (ينج) por el Arzobispo D. Rodrigo (l. III, c. 20); Íñigo en la Crónica general, y también Sancho (شنج), en el Moro Rasis (V. el Apéndice). Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 121) lo confunde con Teodomiro, lo mismo que Abén Hazil (Casiri, II, 326).

[4] *Anón. lat.*, n.º 34, v. 813.

[5] La existencia de este sujeto sólo consta en Rasis, que da su nombre bajo la forma Beliasín (V. el Apéndice), pero del aviso hablan otros varios.

doba cierto cuerpo un tanto sospechado de desafección, el cual, receloso á su vez de las intenciones del monarca, evitó encerrarse en la ciudad, manteniéndose alojado en el arrabal llamado hoy del Campo de la Verdad, y entonces de Secunda. Mandaba ese cuerpo Sisberto, tenido como hijo de Wittiza por muchos autores antiguos y como hermano por algunos críticos modernos; pero no parece que por apartado que hubiera sabido permanecer de las pasadas revueltas, llegase á recibir un cargo de tanta confianza del enemigo y perseguidor de su familia [1]. Táric por otra parte, al ver cómo se le venía encima un nublado no previsto en los primeros planes, pidió y obtuvo un refuerzo de 5 000 hombres, que le envió Muza á las órdenes del mismo Tarif, capitán de la primera expedición [2], y agregados luego muchos partidarios de la bandera de Wittiza, se juntó un ejército de 25 000 combatientes, si se da crédito á ciertos cronistas cristianos [3]. Al aproxi-

[1] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 3) es quien da cuenta de estos recelos en Córdoba, pero supone mandada la división por los mismos príncipes destronados, que una página atrás eran menores de edad, y según los autores de más crédito habían emigrado.

[2] El *Anónimo latino* (n.º 34) dice que Abuzura acompañaba á Táric; lo mismo se desprende del sobrenombre de Barbatí (Barnatí por errata) que le da el *Cartás* (p. 179); y Abén Jaldún (*ed. ar.*, t. IV, p. 117), hablando de las divisiones berberiscas levantadas y conducidas por éste, dice: «La última, al mando de Tarif ben Málic, el Najaí, desembarcó en el sitio de la ciudad de Tarifa, que de él tomó nombre.»

[3] Silense, n.º 16. El Arzobispo D. Rodrigo (l. III, c. 20) ex-

marse la hueste goda, recogió Táric prudentemente la suya sobre la base de Algeciras, esperando que su enemigo asomara por el campo y fijara la dirección del ataque.

En el centro de fértil y dilatada llanura se alza, hasta 260 metros sobre el nivel del mar, el cerro donde asienta sus muros la antiquísima ciudad de Medinasidonia. Entre ella y la villa de Vejer de la Frontera, el extenso lago de la Janda recibe las aguas del Barbate, cuya corriente se esparce en tortuosos brazos y pequeñas lagunas por la parte del Norte, y por la extremidad de Poniente sirve de natural aliviadero. Dividen el lago de la costa marítima la sierra de Retín y la Silla del Papa, y ciñen su cuenca, por el opuesto lado, la sierra Pedregosa, la del Torero y la de los Tahones, dejando entre medio, á unos 90 metros sobre el nivel del lago, el puerto de Facinas, donde concurren los caminos de Tarifa y Algeciras y se bifurcan los de Vejer y Medina. Del cabo de Trafalgar arranca la línea de los altos de Meca, que en forma de cuadrante viene á buscar el álveo del Barbate, desviándolo á Oriente; siendo de notar que estas alturas, así como dos torres del litoral inmediato, retienen el nombre de una antigua población perdida, llamada por los árabes Beca, y á causa de ellas apellidaron Río de Beca, ó Guadabeca, unos, como Edrisí, al modesto Conilete, y otros,

presa de una manera terminante que había muchos godos al mando de Julián.

como Abén Alcotía, al mismo Barbate [1]. Escritores más modernos, de los cuales copiaron Abén Adarí y Almacari, cometieron la pequeña incorrección de escribir Leca ó Guadaleca [2], y de ellos procedió que el Arzobispo D. Rodrigo dijera Guadalete, confundiera á Asidonia con Jerez [3], y diera principio y base al error legendario de la *batalla del Guadalete*.

Lejos de ir á buscar aventuras á los llanos de la tierra jerezana, el musulmán no quiso perder el apoyo de las montañas [4] ni la proximidad de sus barcos, y esperó á Rodrigo en el puerto de Facinas, cuya importancia estratégica, para dominar á un tiempo los caminos de Vejer y Medina, ha puesto de relieve el ilustre general Arteche [5]. Vino el rey á Medinasidonia y plantó en el llano del Barbate [6], junto á la actual aldea de Casas Viejas, las tiendas de su ejército, hasta de 100 000

[1] Véase mi *Geografía de España del Edrisí*, p. 12.

[2] Abén Adarí (p. 25 de la tr.); *Fatho-l-andaluci* (p. 6 y 7 del texto); Abén Aljatib (Casiri, II, 252).

[3] Las palabras del Arzobispo D. Rodrigo que han dado pie á colocar la batalla cerca de Jerez son (l. III, c. 20): «Cumque venissent ad fluvium qui Guadalete dicitur, prope Assidonam quae nunc Xerez dicitur.» Un siglo después Abén Aljatib (Casiri, II, 183) dice también: «El río Led, del distrito de Jerez».

[4] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I, 211) «Rodrigo vino en busca de Táric, que estaba en el monte». Abén Adarí (p. 23 de la tr.) «llegando hasta el monte donde estaba Táric», *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 22) «Táric, que había permanecido en Algeciras, etc.»

[5] *Geografía histórico-militar*; Madrid, 1880, págs. 698 y 756.

[6] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I, 210) «en un lugar llamado Sidonia».

hombres según los testimonios antiguos, pero de muchos menos á mi entender, porque en aquella época no había medios de mover y dirigir masas tan considerables. Conocida ya la intención de su enemigo, Táric se adelantó [1] hasta darle vista, apoyando su izquierda en el lago [2] y su derecha en los últimos recuestos de la sierra de los Tahones, con las suaves vertientes del arroyo Celemín á sus pies y las charcas y lodazales del Barbate más lejos, al frente.

Á Táric y á Julián acompañaban Moguéit, Tarif, Abdelmélic y Alcama, todos árabes, con Munuza, berberisco; al lado de Rodrigo sólo se sabe que estuviera Sisberto, pues no consta nada de Teodomiro [3] ni de cierto

[1] Abén Adarí (p. 25 de la tr.) «y cuando llegó al lugar donde estaba Táric, salióle éste al encuentro». *Ib.*, p. 24, «le salió al encuentro con sus compañeros».

[2] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 22), «Encontráronse Rodrigo y Táric... en un lugar llamado el Lago»; Almacari, *ib.*, 179, «Encontráronse los dos ejércitos en el Lago».

[3] Algunas inexactitudes cometidas por Casiri (II, 320) han hecho creer que Teodomiro recogió las reliquias del ejército después de la batalla. Las palabras «interfectoque Roderico, Tudemirus in eius locum saffectus» no existen, ni en el texto transcrito al pie, ni en el original que he tenido á la vista. Este original, por otra parte, no es de Áhmed Arrazi, como se supone, sino de Áhmed ben Abilfiyad, conforme demostró Dozy en su erudito prólogo al *Bayáno'l-Mogrib* de Abén Adarí. Ni pertenece al códice de Abén Aljatib que en aquellas páginas se describe, sino que forma tres hojas sueltas de una historia de España de autor desconocido, encuadernadas al fin del Códice de Abén Alabar, n.° 1654 actual, MDCLXIX de Casiri. Todo esto lo había advertido también Conde en el prólogo á su *Hist. de la dom. de los árabes*, p. 22.

Adefonso, conde de Écija, y la suposición de que estuviera allí Pelayo se apoya únicamente en que era uno de los espatarios, ó guardias de corps[1].

Confiado en la superioridad numérica de sus huestes aguerridas, Rodrigo no vaciló en atacar las posiciones contrarias, y el domingo 19 de julio de 711[2] empezaron las escaramuzas y reconocimientos. Generalizada al día siguiente la batalla, debieron los godos extrañar la solidez de los infantes bereberes, educados por Julián en la táctica romana y endurecidos en sus recientes guerras contra el bizarro Muza; por lo que comprendiendo el peligro que resultaba de tener á la espalda un terreno falso, cambiaron de situación y atrajeron la pelea al llano del Barbate[3], por encima de Casas Viejas, donde el calor deja el cauce casi en seco por el verano. Allí podía maniobrar mejor la caballería gótica, superior siempre á la de los moros, que por la dificultad de la travesía tenían poco más de la arrebatada en las primeras correrías, siendo puramente fantástico cuanto se ha complacido la pluma de elegantes

[1] Silense, n.º 20.

[2] El Tabarí (II, 1235), el *Ajbar Machmúa*, Abén Adarí y casi todos los árabes, fijan con entera certeza la batalla en el año 92 de la hégira (711); el rey D. Alfonso el Casto, en una escritura de Oviedo, en la era 749 (también 711), (*Esp. Sagr.*, XXXVII, 312), y de las fechas incongruentes que estampa el *Anónimo latino*, conviene la del año sexto del reinado de Ualid.

[3] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 7) «El encuentro de Táric y Rodrigo fué en el río Beca de Sidonia.» Abén Adarí (p. 25 de

escritores en ponderar la vertiginosa carrera de las nubes de jinetes árabes [1]. No obstante lo dicho, continuó el combate en indecisa alternativa, sostenido por la caballería witizana, hasta aquella noche, tan célebre como funesta para los destinos de España, en que la traición coronó la obra empezada por la rebeldía.

Es cosa admitida, y con razón bastante, que el Arzobispo de Sevilla Opas, hermano de Wittiza, se hallaba en la jornada. ¿Cómo explicar la presencia, en el campo de Rodrigo, de persona tan estrechamente ligada con la familia enemiga? Mando de tropas no lo tenía de seguro, porque el rey no se lo hubiera confiado, y porque además, los cánones de los concilios nacionales vedaban todo ejercicio militar á los clérigos de entonces. Si se arriesgó, pues, á llegar cerca del perseguidor de su raza, amparado en la inmunidad de su sagrado ministerio, no pudo ser sino so color de emplearlo en beneficio de la concordia, ofreciéndose á tratar una honrosa avenencia entre ambos partidos, ya fatigados de tan porfiada lucha. Así le sería dable pasar á los reales de Julián sin despertar sospechas, y concertar

la tr.), «combatieron sobre el Guadaleca.» El autor del *Reihanol-lobab* dice terminantemente que el encuentro fué en el río Barbate (Gay. *trad. de Almacari,* I, 526).

[1] Abén Adarí, p. 24 de la trad., dice: «sus compañeros, peones en su mayor parte, pues sólo había algunos caballos»; y el Dabí, p. 12, «Acometió Táric con sus compañeros, peones todos, pues ninguno tenía caballo». El Silense (n.º 16) confirma lo mismo con las palabras «pugnatorum peditum».

la infame defección de Sisberto [1], con el ala derecha en que combatía [2]. Los actos de estos dos personajes en favor de los hijos de Wittiza dieron margen á que los árabes primero, y los cristianos después, confundieran aquellos traidores con los mismos príncipes, que por niños, ausentes y enemigos no podían figurar entre los cabos del ejército. No es verosímil, por tanto, la supuesta confabulación de ellos y sus amigos para emprender la fuga y dejar desamparado á Rodrigo en lo más recio del combate [3], ni menos que se apersonaran con Táric en la misma noche sin ser notados, y celebraran con él un concierto complicado é incongruente [4].

Para fomentar el desafecto á Rodrigo, se hizo correr que su nacimiento era ilegítimo [5], circunstancia desfavorable para ocupar el trono, no por las leyes, pero sí por las antiguas costumbres germánicas; y preparados los ánimos con ese tinte de reivindicación moral, los soldados no vacilaron en seguir á su jefe al

[1] «Ob cuius fraudem Gothi perierunt» dice Alfonso III hablando de Opas (n.º 8).

[2] El *Ajbar Machmúa*, p. 22 de la trad., dice: «Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército á Sisberto.» Lo mismo dice el *Fatho-l-andaluci*, p. 7 de la trad. Los escritores completaron la simetría del cuadro concediendo á Opas el ala izquierda.

[3] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 21), donde aparece claro que los moros no venían en son de conquista.

[4] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, p. 3 del texto).

[5] En el *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 21) los witizanos dicen: «Este hijo de la mala mujer, etc.»

campamento contrario. Al rayar el alba [1], el ejército real vió con asombro, pero sin espanto, la verdadera y única traición de la memorable pérdida de España, delito militar que sus perpetradores estimaron mero acto político [2], no reparando en medios para conseguir el fin que, por serlo para ellos, se les antojaba más útil á la patria. Rodrigo acudió á llenar con las reservas los huecos de la línea de combate [3], que más furioso y más desesperado se trabó en seguida, encarnizándose la matanza en los tránsfugas y sus amigos [4], entre cuyos cadáveres se encontró el del mismo Sisberto [5], y los africanos quedaron reducidos á 9 000 combatientes [6].

Pero no pudo el rey evitar á tiempo que se echara

[1] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 3): «Y cuando amaneció se pasaron á Táric con cuantos se hallaban con ellos.»

[2] Hablando de ellos dice el *Anónimo latino* (n.º 34): «qui cum eo emulanter fraudulenterque ob ambitionem regni advenerant». Véase también el razonamiento que pone en su boca el *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 21), aunque personificando á los nuevos adictos á la rebelión en los mismos hijos de Wittiza, cuya causa abrazaron.

[3] El Silense (n.º 16) dice: «post quam Rudericum in prima acie versare, agitare, intendere; ac suis militibus integros pro sauciis conmutando, succurrere vident», etc.

[4] «Cum emulorum internecione» dice el *Anónimo latino* (n.º 34). «Ipsi qui patriae excidium intulerunt, simul cum gente sarracenorum gladio perierunt», se lee en D. Alfonso III (n.º 7).

[5] «Y fué muerto Sisberto» (*Fatho-l-andaluci*, p. 7 del texto árabe).

[6] Almacari (*Cr. ar.*, I, 179).

Táric entretanto, con los negros de su vanguardia [1], sobre el ala derecha, desamparada por la deserción; y como con este rápido movimiento envolvente quedaba cortada la comunicación con la plaza de Medina, camino de retirada para Córdoba, la hueste de Rodrigo se llenó del pánico que con vigoroso pincel describe Alejandro Herculano [2], volvió la espalda en total desorden, y puesta en fuga, buscó por las alturas de la cuenca del Barbate paso seguro á los llanos del Valle y de Tempul.

Así es como hubo de ser, combinando atentamente los datos y elementos conocidos, la celebérrima batalla, que con arreglo á las costumbres más generalmente recibidas debiera llamarse del Barbate [3], ó más bien de Medinasidonia, pero que difícilmente dejará de llamarse nunca del Guadalete.

Inmenso botín ganaron los vencedores, mas faltóles la prenda más necesaria del triunfo, la persona del rey. Á haber caído en su poder, la campaña estaba conclui-

[1] *Fatho-l-andaluci*, p. 5 del texto: «precedíanle los negros, tanto en las batallas como en las correrías.»

[2] *Eurico o presbytero*, cap. XI (*Dies irae*).

[3] Alguno debió entender que este Barbate era el Barbata ó Guardal, primera rama del Guadiana menor, y por eso puso la batalla en el Guadiana el *Poema* de Fernán-González. Romey (*Hist. d'Esp.*, part. II, cap. 2.º) no vacila en admitir que las primeras excursiones de Táric llegaron hasta el Guadiana, para venirse luego á Jerez, sin saber por qué, á esperar á Rodrigo. Bien es verdad que también encuentra natural que los godos, dueños de Andalucía, no poseyeran caballos, y que los tuvieran en abundancia los moros, venidos trabajosamente por mar.

da; Julián y Táric, recibida la recompensa adecuada, si lo cogido en el campo no era suficiente, se hubieran vuelto al África, y presentándose Opas en Toledo con Rodrigo tonsurado á viva fuerza ó muerto, la presión de los pronunciados victoriosos era bastante para arrancar al Senado la restauración de Achila [1] ; plan irrealizable desde el momento en que el caballo y los regios atavíos, abandonados en un lodazal, daban á entender que el jefe enemigo estaba en salvo [2] . Darle caza sin perder momento era tan indispensable como marchar sobre Toledo é impedir que los magnates tuviesen sosiego para organizar la resistencia [3] , y por todo ello se hacía preciso conservar por algún tiempo más las fuerzas auxiliares y obtener de Táric que, desatendiendo las instrucciones de Muza [4] y contra el dictamen de Julián [5] , se arriesgara á internarse con sus soldados, pro-

[1] El Arzobispo D. Rodrigo (lib. III, cap. 20) expone claramente el pensamiento de los hijos de Wittiza con estas palabras: «et rex Rodericus, cum esset magnanimus, antequam fugeret, permitteret se occidi, et eo mortuo, posset eis regnum perditum provenire.»

[2] La palabra *cecidit* del *Anónimo latino* (n.º 34) sirve de argumento para sostener que Rodrigo murió en la batalla; pero la mayoría, casi la totalidad de los árabes y todo el resto de los latinos afirman que desapareció, versión que explica los sucesos posteriores. Los que hablan de la muerte, sobre ser los menos autorizados, lo hacen con suma divergencia.

[3] Véase lo que dice terminantemente Almacarí (*Cr. ar.*, I, 180).

[4] Abén Adarí (p. 15 del texto) dice: «le había mandado que no pasara... del lugar de la derrota de Rodrigo.»

[5] De Abén Adarí (p. 28 de la tr.) resulta que Julián se había

vistos ya todos de caballos, por el largo y profundo desfiladero de la Boca de la Foz, entre las sierras de Alajar y de las Cabras [1], para alcanzar á los fugitivos. No debían éstos, empero, hallarse totalmente deshechos y desmoralizados, cuando en los llanos de la provincia de Sevilla, y reforzados por la guarnición de Écija, se atrevieron á dar nuevamente cara al enemigo [2] en muy reñida contienda, otra vez desgraciada para el ejército gótico, cuyos restos, sin embargo, pudieron guarecerse en la plaza referida y estorbar el paso del Jenil.

Siendo la detención inevitable, Táric plantó su tienda junto á una fuente próxima al río, á tres ó cuatro millas de la ciudad, sin duda la actual fuente de las Barrancas del Molinillo, á 50 metros de la margen izquierda, aguas abajo del puente, y mantuvo el sitio sin ventaja apreciable, hasta que se decidió á venir Julián, cuya presencia exigían ya los soldados [3]. La

retirado á Algeciras; y que se había torcido con Táric se ve por las satisfacciones que le ofrece éste en el texto del Moro Rasis (Gay., n.º 2).

[1] Véase el plano adjunto, tomado del excelente mapa hipsométrico de mi amigo D. José Mac-Pherson en su *Bosquejo geológico de la provincia de Cádiz*. Me inclino á creer que en lugar de مضيق الجزيرة (desfiladero de la isla, ó de Algeciras) que escriben los textos del *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 9) y otros, se debió escribir en un principio مضيق الجزرة (desfiladero de la cabra ó pieza de ganado menor.)

[2] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 23). Los vecinos de Montellano, provincia de Sevilla, dicen que hubo una batalla en la dehesa de Morejón, pasado el primer ramal del alto Guadalete (Madoz, *Dic. geog.*, XI, 544).

[3] Repárese en el júbilo con que fué acogida en el campo la

llegada del experto caudillo cambió la faz de las cosas, porque inmediatamente se proporcionó una entrevista secreta de los jefes de la expedición con el gobernador de la ciudad, y de ella resultó la amistosa entrega de la plaza al mes de empezado el asedio [1].

Los árabes han disfrazado este medio de ganar la voluntad de los defensores de Écija, y desviarlos de la obediencia al rey, suponiendo ridículamente que á Táric y al gobernador se les ocurrió una mañana ir al río á evacuar cierta necesidad, precisamente á la misma hora y en el mismo sitio; y sin conocerse cogió el primero prisionero al otro, que hizo entonces sin dificultad la entrega [2].

Puestas en práctica otras medidas políticas, de que pronto me haré cargo, el ejército se movió para Toledo, pero impidiéndole la guarnición de Córdoba pasar el Guadalquivir y tomar el camino de los Pedroches, quedó allí al mando de Moguéit un destacamento para observar aquella fuerza enemiga, que podía molestar la retaguardia, y Táric, sin más detenerse, fué á cruzar el río por Menjíbar, marchando por el camino romano que llaman de Aníbal [3]. Al paso saquea-

llegada de Julián, conforme la describe el Moro Rasis (Gay., núms. 1 y 2).

[1] *Fatho-l-andaluci*, p. 8 de la tr.

[2] Almacarí (*Cr. ar.*, I, 180).

[3] Almacarí (*Cr. ar.*, I, 181) «marchó hacia la cora de Jaén, en dirección á Toledo». D. Rodrigo (l. III, cap. 23), «venit Mentesam, prope Giennium, et civitatem funditus dissipavit». El Arzobispo confundió la Mentesa Oretana con la Bastitana,

ron los musulmanes á Mentesa (hoy Villanueva de la Fuente), y entraron á poco con escasa resistencia en Toledo, objeto de la expedición. D. Lucas de Tuy cuenta que los judíos abrieron las puertas aprovechando la ocasión de hallarse los cristianos ocupados en la procesión del Domingo de Ramos; conseja inconsistente, pues supone una necedad estupenda en los defensores, y es inverosímil en cuanto al tiempo, porque daría un sitio de muchos meses, incompatible con la facilidad de la entrada y la cronología de los sucesos posteriores.

Los habitantes de la capital, al aproximarse el enemigo, habían huído en gran mayoría, llevando consigo cuanto les fuera posible; Táric siguió tras ellos por el camino directo de Guadalajara, y subiendo la cuesta de Zulema, llegó á la antigua Compluto, en la opuesta falda del cerro de San Juan del Viso, junto á Alcalá de Henares [1]. Á la derecha del referido camino se divisan, al tocar en la antigua Titulcia, las alturitas

que estuvo en la Guardia. La dirección que tomó Táric es la que hoy sigue el ferrocarril de Andalucía, y era generalmente frecuentada antes que se abriese la carretera de Despeñaperros, en el siglo pasado.

[1] El *Ajbar Machmúa (Cr. ar.*, I, p. 14 del texto árabe) dice: «Tomó el camino que dirige á Guadalajara, y llegando á un cerro, lo cruzó por un paso que se conoce con el nombre de Portillo de Táric, y vino á la ciudad llamada de la Mesa, situada á la opuesta parte». Lo mismo dice Abén Adarí (II, p. 13 y 14 del texto). Los anotadores de Mariana, fundados en dos pasajes del Arzobispo D. Rodrigo (*De reb. hisp.*, lib. III, cap. 4: é *Hist. arabum*, cap. IX) entendieron del mismo modo la expedición.

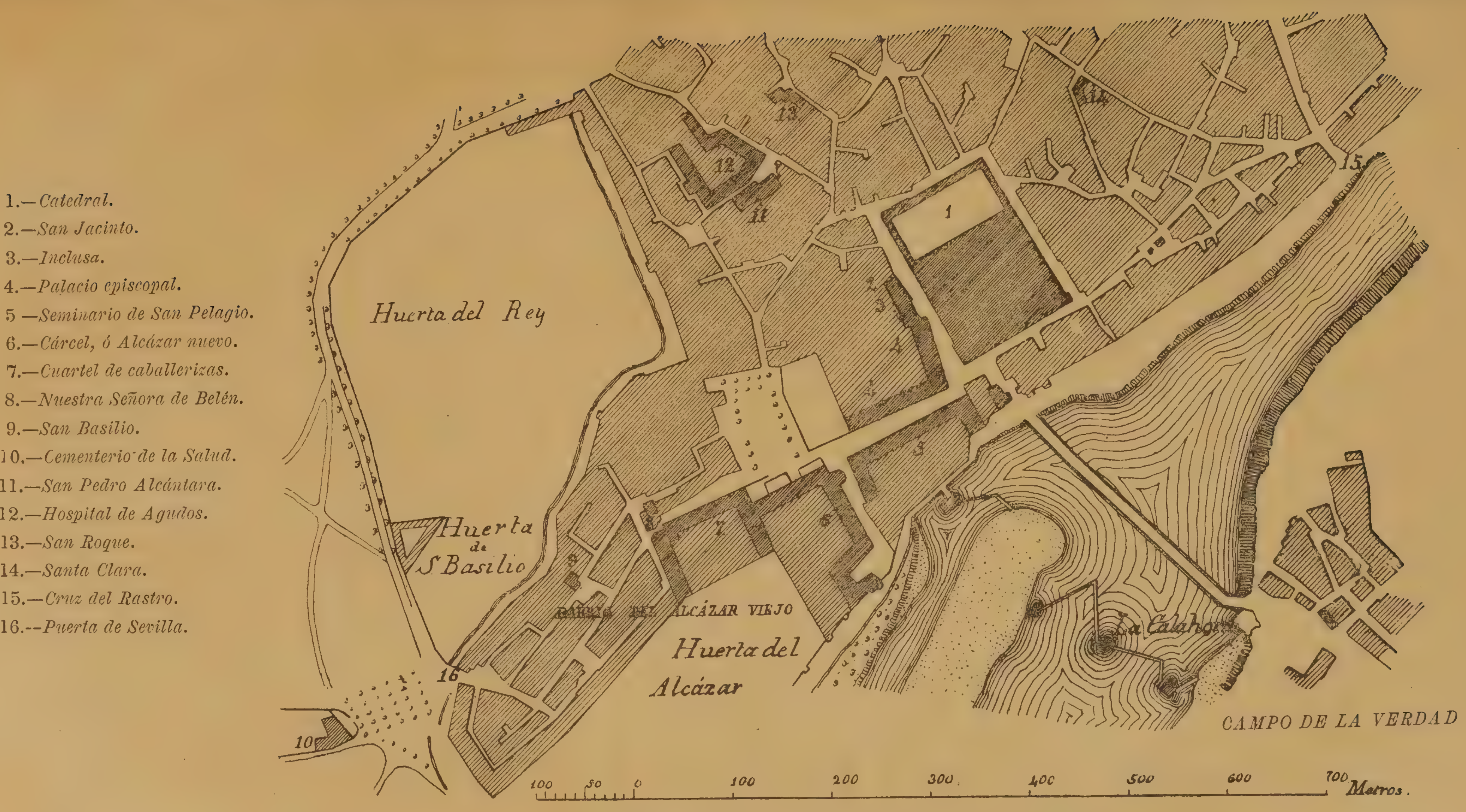
de Valtaray, palabra que en el latín de los siglos medios debió decirse *Vallis Taraci* (corrupción de *Vallis Tamarici*), y con esto tuvieron bastante los árabes para que les sonara en los oídos el nombre de Táric, y afirmaran que había quedado en un punto de paso; el cual, transformado más tarde en desfiladero, ha sido identificado por los eruditos modernos con Buitrago. Desde el Henares, hartos de botín y cansados de correr, los musulmanes se volvieron en el mes de octubre [1] para invernar en la codiciada capital del reino [2]; y entre los trofeos adquiridos, en Toledo según unos, en Alcalá según otros, se cuenta la mesa de Salomón, tan célebre en la leyenda de Muza [3].

Es imposible admitir que Táric atravesara las sierras y llegara hasta Amaya y Astorga, como escriben algunos autores. Decidida la batalla del Barbate á fines de julio, no le fué dable pasar el Jenil hasta entrado septiembre; la marcha á Toledo con el saco de Mentesa le ocuparía tres semanas, el ataque á la capital una por lo menos, y otra la excursión de Alcalá de Henares, de modo que hasta mediados de octubre no estuvo libre para dirigirse al Norte, llegar en noviembre al pie de los Pirineos oceánicos y volverse en pleno diciembre, con gente diezmada ya en dos

[1] Nouáiri (Slane, *Hist. des Berb.*, I, 350), dice que la entrada en Toledo fué en el año 93, que empezó en octubre de 711.

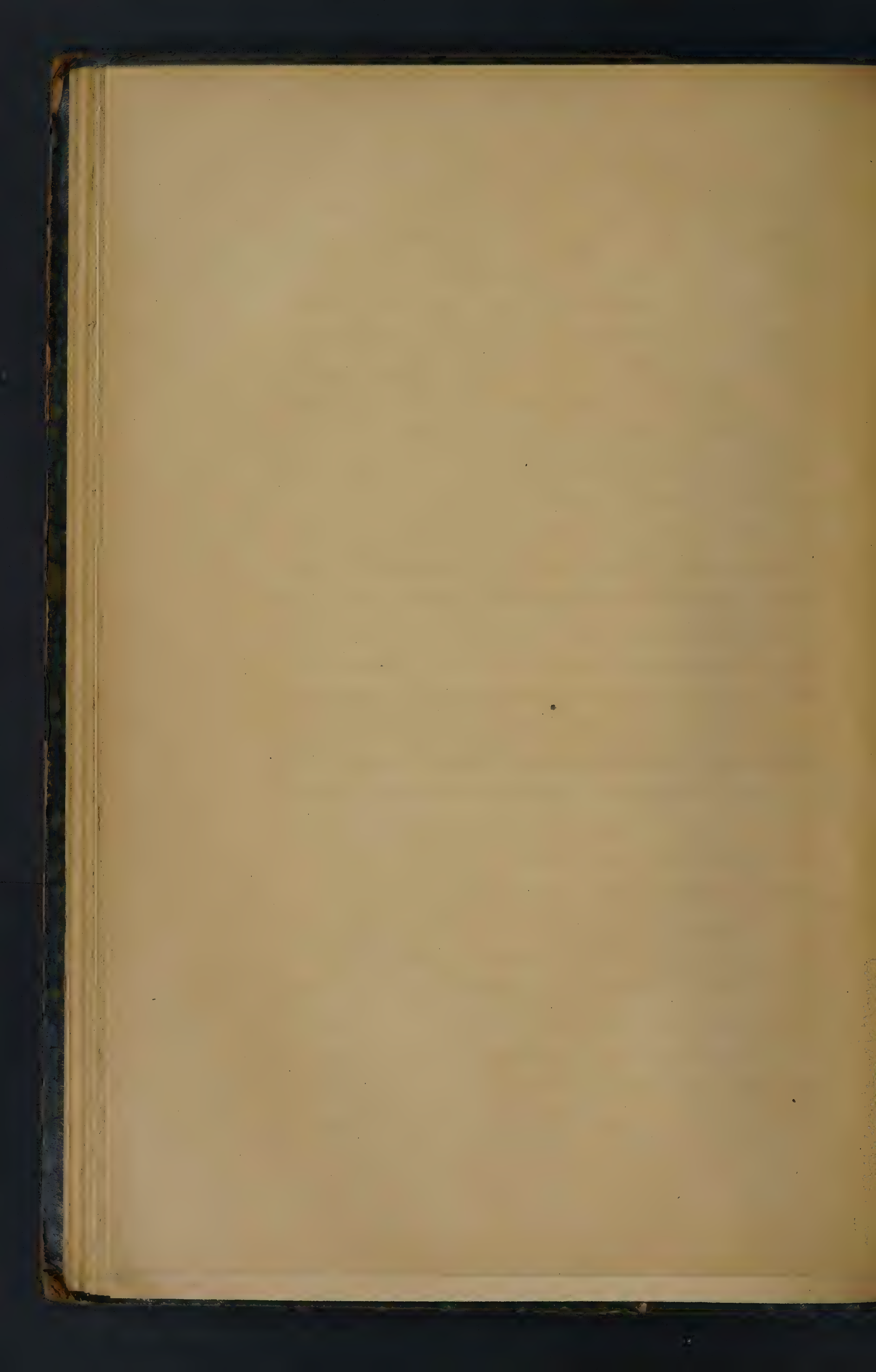
[2] Moro Rasis (Gay., n.º 7); *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 28).

[3] Sobre este singular trofeo discurren con notable acierto los Sres. Oliver (*La batalla de Vejer*, p. 15).



1.—*Catedral.*
2.—*San Jacinto.*
3.—*Inclusa.*
4.—*Palacio episcopal.*
5 —*Seminario de San Pelagio.*
6.—*Cárcel, ó Alcázar nuevo.*
7.—*Cuartel de caballerizas.*
8.—*Nuestra Señora de Belén.*
9.—*San Basilio.*
10.—*Cementerio de la Salud.*
11.—*San Pedro Alcántara.*
12.—*Hospital de Agudos.*
13.—*San Roque.*
14.—*Santa Clara.*
15.—*Cruz del Rastro.*
16.--*Puerta de Sevilla.*

PLANO DE UNA PARTE DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA



grandes batallas y dos ó tres sitios, debilitada por algunos destacamentos de guarnición y muy necesitada de reposo. La expedición mencionada tuvo lugar, sí, más adelante, pero los árabes han concentrado, según su costumbre, en una sola campaña las operaciones de varias, llegando alguno á adjudicar al mismo Táric la expugnación de Medinasidonia, Carmona y Sevilla [1].

En la loma que divide las aguas del Guadalquivir y las del Guadajoz, al Sur de la ciudad de Córdoba, había un bosquecillo de alerces cuya memoria dura aún en las gentes del país. Al pie de la loma, en el recodo del Guadalquivir, estaba el ya nombrado arrabal de Secunda (hoy Campo de la Verdad), y una milla más allá, camino de Sevilla, donde ahora el cortijo de los Torres, se veía la aldea llamada Tercial por los árabes (el Tercios de los mozárabes), donde por mucho tiempo subsistiò la iglesia de San Ginés [2].

Con objeto de cumplir el cometido de cubrir el camino de la campiña, tomado por Táric, colocó Moguéit

[1] Almacari (*Cr. ar.*, I, 179).

[2] La situación de esta aldea resulta de la comparación del *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 23) con el *Calendario* de Recemundo (26 de junio, 25 de agosto y 11 y 30 de noviembre) y con lo que dicen los PP. cordobeses (*Esp. Sagr.*, X, 259). Mi amigo y compañero D. Rafael Navarro me ha dado noticias de las ruinas que salen en el cortijo de las Torres, donde años atrás vió don Tomás Romero una lápida en que se leía TERTIAEN. Creo que los nombres (*Ad*) *Tercios* y (*Vicus*) *Tertialis* se refieren al tercio de las tierras dejadas por los visigodos á los hispanoromanos.

sus 700 hombres ocultos en el bosquecillo, entre las dos aldeas, no sin acechar ocasión para entrar en la ciudad, si se le presentaba. Tan corta fuerza no había de inquietar el ánimo de los defensores, por pocos que fueran, pero á mi entender la población civil, ó una parte de ella, muy decidida por los witizanos, se puso de acuerdo con el jefe árabe, y en una noche de lluvia y granizo logró darle entrada, sorprendiendo la guardia de la Puerta del Puente, llamada entonces de Algeciras y después de la Figura, por la de un león que había sobre ella [1]. A creer á los árabes, sin embargo, las cosas no pasaron tan sencillamente. Hubo su indispensable pastorcito, para indicar un boquete encima de una providencial higuera silvestre, único sitio débil de la muralla, que precisamente dejaron de vigilar los centinelas en una mala noche del mes de agosto por temor al frío, y los musulmanes pudieron, sin ser notados, vadear el río (porque el puente estaba roto), escalar uno á uno el portillo con ayuda de sus turbantes, bajar adentro, sorprender la guardia y romper los cerrojos de las puertas.

Tenía la ciudad gótica el mismo circuito de muros, aproximadamente, que la actual, y estaba dividida en dos partes por una muralla interior, de Sur á Norte dirigida desde la Cruz del Rastro á la Puerta del Rincón. Habían levantado esta muralla los romanos

[1] *Fatho-l-andaluci*, p. 8.

para separar la población indígena, domiciliada en la mitad oriental, de los establecimientos oficiales y militares situados en la parte de Occidente, que es la más alta, y en ella conservaron godos y árabes el centro del gobierno. Esta porción más fuerte de la ciudad, llamada hoy la Villa, antes la Almedina y la Alcazaba, tenía acceso por la Puerta del Puente, desde la cual se llegaba inmediatamente á la basílica catedral, convertida después en mezquita mayor, á la derecha; al palacio de los gobernadores, al frente, donde está el episcopal, y por la izquierda se extendía el alcázar ó ciudadela hasta tocar con la Puerta de Sevilla, nombrada también por los árabes de los Drogueros, que daba salida á los arrabales del lado de Poniente. Cercano á la puerta había uno de estos arrabales, dicho después de los Pergamineros, y en él se alzaba la iglesia que, por contener las reliquias de San Acisclo, recibió la advocación del mártir patrón de Córdoba.

Al penetrar de improviso en la ciudad, Moguéit y los suyos se apoderaron inmediatamente del alcázar, y hubiera caído en sus manos el descuidado gobernador, á no ponerse en salvo con 400 hombres valerosos por la inmediata Puerta de Sevilla, haciéndose fuertes en la referida iglesia de San Acisclo. La mayor parte de los escritores cordobeses, faltos de los datos que en el día poseemos, han admitido que el refugio del gobernador fué la iglesia que hoy es de Santa Clara, al Nord-Este de la catedral, pero basta echar una mirada al

plano de Córdoba [1] para comprender que la huída desde el palacio habría de ser en sentido opuesto á la irrupción de los enemigos por la Puerta del Puente, y no yendo á tropezar con ellos para encerrarse en un lugar sin salida. Por más de dos meses se defendió tenazmente tan pequeña fuerza, hasta que hallado por los sitiadores modo de cortarles el agua, la resistencia fué imposible. Trató, entre otros, de huir el jefe tomando el camino de la sierra, pero reconocido por Moguéit, que le iba á los alcances, echó á campo traviesa en dirección á la aldea de Cutelobera [2], con la mala suerte de caer con el caballo en el fondo de una zanja, quedando lastimado y en poder de su contrario.

Fué el gobernador de Córdoba el único caudillo godo que quedara prisionero en la guerra de la invasión, y Moguéit lo llevaba constantemente en su séquito para presentarlo al califa, pero cierto día, suscitada violentísima discusión con Muza sobre quién tenía sobre el cautivo más derecho, uno de ellos dió fin á la disputa cortando de un tajo la cabeza del vencido noble. Cuen-

[1] El plano que se acompaña está tomado del que publicó el Ayuntamiento de Córdoba en 1884.

[2] Leo así el nombre de قطليرة del *Ajbar Machmu'a* (p. 14 del texto), *Catluira* del calendario de Recemundo (20 diciembre), *Collera* de Rasis (n.º 5), porque la voz *cute* (acaso la latina *cautes*, peña) se encuentra en otras aldeas de las cercanías de Córdoba, como *Cuteclara* (San Eulogio, *Mem. Sanct.*. l. III, cap. XVII, n.º 1) al Occidente de la ciudad, y Cuterrasa, en el lugar de Alfareros, hoy barrio de las Ollerías (قوند راسة en Abén Pascual, p. 300, 398 y 585).

tan que una hija suya, de tan peregrina hermosura como acendrado patriotismo, ideó sacrificar su castidad para dar muerte al gallardo vencedor en sus brazos; pero descubrió y malogró el intento con la excesiva vivacidad de sus incitativas demostraciones. El resto del puñado de héroes, que había mantenido la fidelidad á sus banderas, sufrió los últimos rigores de la guerra en la iglesia misma de San Acisclo, desde entonces llamada *iglesia de los prisioneros* [1]; y conseguida con esto la completa conquista de Córdoba en octubre de 711 [2], Moguéit se aposentó en el palacio del goberna-

[1] Desde 1850 acertó el Sr. Gayangos, con su perspicacia acostumbrada, que esta iglesia, llamada de San Jorge por Rasis (Gay. n.º, 3) y por el *Ajbar Machmúa* شنت اجلج (p. 25), debía ser la de San Acisclo. Da la demostración el calendario de Arib, que en el día 18 de noviembre escribe اجلج en equivalencia de Acisclo, y Recemundo añade, que la sepultura de San Acisclo está en la iglesia de los Prisioneros, así como que se hace su fiesta en la iglesia de los Pergamineros. Por Abén Pascual se sabe que el barrio de los Pergamineros estaba junto á la Puerta de los Drogueros (p. 573), que ésta era la de Sevilla, lo dice Almacari (Gay., t. I, p. 207), confirmándolo el *Fatho-l-andaluci* (p, 8 del texto), y que esta puerta era la occidental y por ella escapó el gobernador lo consignan el *Ajbar Machmúa* (p. 25) y otros muchos. Opónese á esto la creencia general de que la antigua basílica de San Acisclo estaba dentro de la población, donde después se fundó el convento de los Mártires, pero San Eulogio (*Mem. Sanct.*, l. II, cap. I. n.º 2) dice que San Perfecto, cuya residencia era en la basílica, tuvo cierto día que *entrar* en la ciudad.

[2] El ms. n.º 1064 de la Bib. de Argel, fol. 199 v., dice que Moguéit tomó á Córdoba en Moharram de año 93, que cayó de octubre á noviembre de 711. El mismo dato se encuentra en Almacari (*Cr. ar.*, I. 194).

dor, que más tarde había de ser el de los califas. No obstante haber servido para una brillante defensa, la iglesia de San Acisclo quedó entonces y por siempre en poder de los cristianos cordobeses [1], indicio para mí de la buena inteligencia en que desde los principios se hallaron con los invasores.

Pretenden los árabes que al dejar á Écija se resolvió, por consejo de Julián, mandar divisiones del ejército mahometano á sojuzgar los territorios de Málaga, Granada y Murcia, sin reparar en que después de la segunda batalla, los nueve mil africanos debían hallarse harto reducidos para poderse subdividir y ganar plazas fuertes en comarcas distantes. La verdadera conquista de esas mismas comarcas se efectuó años adelante [2] y lo que Julián, personificación de los conjurados, debió sugerir en vista de las detenciones y contratiempos que estorbaban la pronta llegada á la capital del reino, fué mandar columnas volantes á las provincias inmediatas, para levantar el espíritu público con la falsa noticia de la muerte de Rodrigo, y generalizar una insurrección que impidiera acudir sobre Toledo á los duques fieles aún al vencido rey [3]. Sospecho que en esta empresa tomó

[1] *Fatho-l-andaluci*, p. 9.

[2] Dabí (Codera, p. 259), Abén Aljatib (Casiri, II, 251) y Almacari (*Cr. ar.*, I, 192) atribuyen rectamente estas conquistas á Abdelaziz.

[3] «Dum Spania... nimium non solum hostili, verum etiam intestino furore confligeretur» (*Anón. lat.*, n.º 35, v. 848-850). Una falsa noticia, propalada con interés político, pudo produ-

parte principal el célebre Teodomiro, con sobrada presteza idealizado por varios escritores como un héroe de la independencia y defensor de la religión, y aun tenido por primer sucesor de Rodrigo en el trono.

Era Teodomiro, hijo de Ergobado [1], un noble godo que bajo el gobierno de Egica con Wittiza alcanzó merecido lauro rechazando una incursión de los griegos en la costa [2]. Distinguido por su religiosidad, su valor, su elocuencia y su instrucción literaria, supo captarse la admiración de los cristianos de Oriente y el afecto del mismo califa, cuando años adelante tuvo que ir allá en demanda de justicia [3]. El moro Rasis [4], más confuso aún que los otros, apunta la especie de que una de las divisiones salidas de Écija iba mandada por *Tudemir, aquel que fuera cristiano*, y luego refiere las consejas de la conquista de Orihuela, que más adelante tendrán lugar adecuado. En vez de cuerpos de africanos acompañados de pocos españoles como guías, yo entiendo

cir la confusión que reina en los cronistas sobre la suerte de Rodrigo.

[1] No puede entenderse بن غبدوس (Dabí, 259, 337 y 400) por Ben Gobdos ó hijo de los Godos, como se ha admitido hasta ahora, porque *godo* se escribe en árabe constantemente قوط. Yo leo Ben Gobadus, ó hijo de Ergobadus, nombre germánico bastante común en España. (Conc. XIII de Toledo, *Esp. Sagr.*, XLIII, 338 y 395, D. Rodr. Xim., l. III, c. VIII).

[2] Estos griegos pudieron ser los que se dirigieron á establecerse en España cuando la destrucción de Cartago (Abén Jaldún, *tr. de Slane*, I, 213, Nouári, *ib.* 339).

[3] *Anón. lat.*, n.º 38.

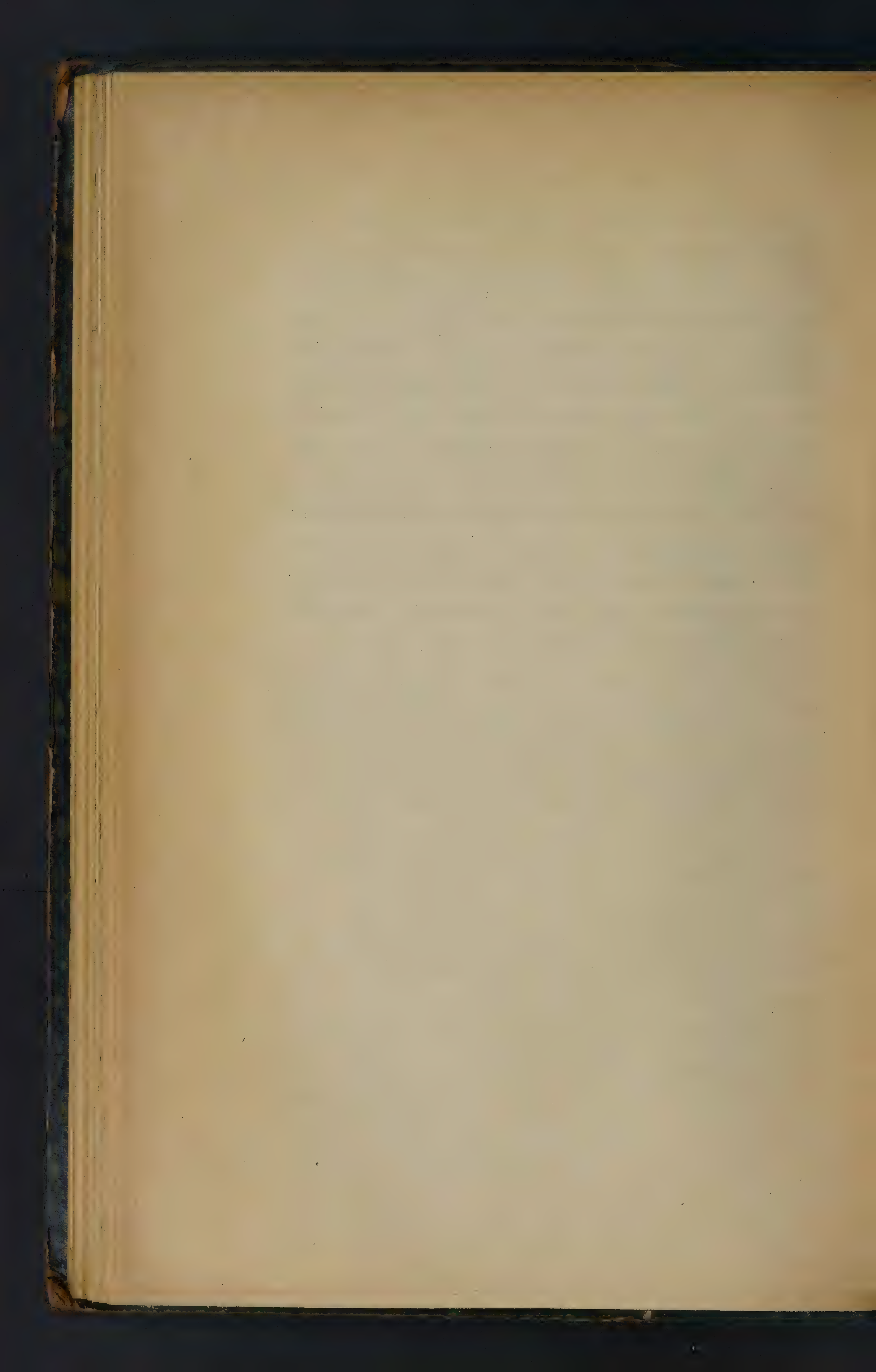
[4] Gay., n.º 4.

que al contrario, irían españoles acompañados de algunos musulmanes, para inspirar con su vista confianza en el auxilio de las armas extranjeras, y descorazonar á los partidarios de Rodrigo. Al acercarse los alborotadores, la gente de Málaga se pronunció desde luego por ellos, huyendo á las montañas los del otro bando. Granada resistió un poco, y Teodomiro consiguió quedarse tranquilamente en Orihuela, gobernando la región murciana en nombre del hijo de Wittiza.

En nada desmerece la buena memoria de Teodomiro porque en la gran escisión del reino se decidiera por el partido witizano, que era á la sazón el partido legitimista. Apelar á las armas sin reparar en el camino de desafueros y de crímenes en que por ese medio se lanza á la causa más justa; pedir auxilio al extranjero sin calcular lo que cuesta en vergüenza y en oro; buscar el apoyo de enemigos de la religión bajo pretexto de mantener los fueros de la religión misma; conmover los cimientos de la sociedad á reserva de mejor consolidarla después con sus propias ruinas; faltas son gravísimas sin duda, pero que por sí solas no arguyen mala fe en los godos del siglo VIII, porque en todos los países y en todos tiempos, sin exceptuar los nuestros, se han cometido con la mayor tranquilidad de espíritu, y apenas conozco quien repugne tales medios cuando conspiran al triunfo de sus ideas ó parcialidades, atenuándolas con el aquietante calificativo de males necesarios.

Los judíos, como sólo opresión y miseria podían esperar del gobierno establecido, se adhirieron de buena gana á la revolución triunfante, que por necesidad hubo de aprovechar su apoyo, valiéndose de ellos para guardar, como las de Córdoba, Granada y Toledo, ciertas fortalezas; determinación muy del agrado seguramente de Táric, como miembro de la rama berberisca de Nefusa, que hacía poco profesaba aún el mosaísmo [1]. Basta esto para explicar la participación de los hebreos en la primera parte del drama de la pérdida de España, sin suponerles connivencias para entregar la nación á quienes les trataron siempre con más desprecio que los cristianos, y no podían soñar entonces con la dominación que poco después alcanzaron.

[1] Borbón supone, con error, que eran judaizantes todos los bereberes de la invasión, pues ya queda dicho que los gomeres del estrecho habían sido cristianos antes de hacerse musulmanes.



CAPITULO V

Las campañas de Muza.

Año 712.—Situación de Táric.—Desembarco de Muza en Algeciras.—Toma de Medinasidonia, Alcalá de Guadaira y Carmona.—Sitio y toma de Sevilla.—Sitio de Mérida.—Año 713.—Capitulación de Mérida.—Nuevo aspecto de la guerra.—Sublevación de Sevilla.—Abdelaziz sujeta á Sevilla, Niebla, Beja y Ossonoba.—Reunión de Muza y Táric en Almaraz.—Batalla de Segoyuela.—Muerte de Rodrigo.—La leyenda de su penitencia.—Entrada de Muza en Toledo.—Suerte de la familia de Wittiza.—Acuñación de nueva moneda.—Sistema cauteloso de la conquista.—Misión al califa.—Muza. Mogueít y Táric.—Año 714.—Sumisión de Zaragoza.—Expedición á Huesca.—Orden de regreso.—Continuación de la campaña.—Apostasía de Fortún.—Entrada en Amaya y Astorga.—Sumisión de Castilla la Vieja.—Manejos de Opas.—Colonias militares.—Entrada en Asturias.—Fin de la campaña.

Á pesar del éxito asombroso y de las operaciones atrevidas de las armas africanas, unidas á las de los españoles descontentos y sublevados, la situación política y militar no era por cierto tan lisonjera como se podría creer. Conforme ha demostrado muy cumplidamente, con exceso de pruebas quizás, mi docto amigo D. Aure-

liano Fernández-Guerra, Rodrigo vivía aún en medio de sus fieles lusitanos [1], y por otra parte, la fuga total de la nobleza de Toledo hacía imposible reunir ni la sombra de un Senado. Los africanos estaban, sí, repletos de oro y gozaban regalado descanso en su acuartelamiento [2]; pero su situación era muy crítica, porque no contando más que con la plaza de Córdoba, y mal segura, entre la capital y Algeciras, estaban á merced de que un jefe atrevido, el mismo Rodrigo tal vez, un poco rehecho, les cortase la comunicación con el mar, y copase entero el pequeño ejército, desde el momento en que se entibiase la fidelidad ó aflojase la decisión de los witizanos. Y en efecto, pasado el invierno, los adictos al rey empezaron movimientos que pusieron al caudillo berberisco en gran cuidado y le obligaron á pedir auxilio á Muza [3], en cuyo pecho, más que la envidia ó la codicia, fué la temeridad de Táric lo que encendió la ira. Para sacar á su lugarteniente del mal paso en que se había metido, en abril de 712 se embarcó con 18 000 hombres escogidos, muchos de ellos nobles árabes, en la escuadra que dirigía Mohámed, hijo de Áus [4], y aportó en Algeciras, acompañado del prudente Julián [5],

[1] *Caída y ruina, etc.*, p. 49.

[2] Moro Rasis (Gay. n.° 8) «oyó decir que folgaba en Toledo et que non se trabajaba á otra cosa».

[3] Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 124) «Poco después de estos sucesos, Táric escribió á su jefe, diciéndole: de todas partes del reino está viniendo gente contra mí; ¡socorro, socorro!»

[4] Dabí, p. 51; Almacari (*tr. de Gay.*, II, 9).

[5] Rasis (Gay., n.° 7) «et embió luego á rogar á Don Juliano

cuyas noticias y consejos no tendrían poca parte en su determinación. Celebrada una conferencia en cierta explanada que había fuera de la Puerta del Mar [1], donde se levantó luego la mezquita llamada de las Banderas, por las veinte que llevaban como insignias los jefes allí congregados, Muza emprendió una campaña metódica, completamente distinta de la de Táric [2], para establecer y asegurar una línea de comunicación entre el mar y Toledo.

No menos que á Táric ayudaron los incautos españoles [3] á Muza, quien empezó por ganar á viva fuerza á Medinasidonia, y se dirigió inmediatamente hácia Sevilla, ocupando ante todo la fortaleza de Alcalá de Guadaira [4] para estorbar la comunicación entre aquella ciudad y Carmona, que fué sitiada sin tardanza. La plaza

que le diese pasaje». Nouáiri (Slane, *Hist. des Berb.*, I, 350), «Julian le anunciaba también una gran victoria». El *Reihanol-lebab* (Gay., *tr. de Almac.*, I, 537) dice que Julián en persona acompañó á Muza en su entrada.

[1] Edrisi, p. 213 de la tr. de Dozy; Embajador marroquí, (*Cr. ar.*, II, 197 y 198).

[2] *Ajbar Machmúa*, (*Cr. ar.*, I, 28).

[3] «Et desi tomó pieza de gente del Conde Don Iuliano et díxoles que se fuesen con él», dice el Moro Rasis (Gay., n.° 9). Siempre los españoles siguen designados como compañeros de Julián, guías y espías.

[4] El *Fatho-l-andaluci* (p. 11) menciona la toma de este fuerte, que denomina Rauán (رعوان), y el Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 192) Zauac (زعواق). El *Ajbar Machmúa* al nombrarlo con otro motivo (*Cr. ar.*, I, 95 y 98) le llama Rauac (رعواق), y el Sr. Lafuente Alcántara ha demostrado su identidad con Alcalá de Guadaira (*Ibid.*, I, 256).

se rindió pronto con engaños y connivencias, resultando así sólidamente establecida una línea militar desde Algeciras por Medinasidonia, Alcalá, Carmona y Écija hasta Córdoba, y Muza se vió desembarazado para emprender el ataque contra Sevilla.

La confianza con que después de ocupada la ciudad se dejó encargada su custodia á los judíos, acompañados de muy pocos africanos, hace sospechar cierta simpatía de la población civil hacia los sitiadores, causa de que tras alguna decorosa resistencia, la guarnición acordara evacuar los fuertes y retirarse lejos del itinerario presumible del ejército musulmán. La tropa gótica tomó la vía romana que se dirigía por Niebla á las bocas del Guadiana, continuaba por un ramal á lo largo de la costa en dirección de Ossonoba (hoy Santa María de Faro) y subía por otro, río arriba, hasta Beja, donde se conceptuó segura y se encerró al cabo dicha tropa [1]. Muza emprendió entonces la marcha á Mérida por otra vía romana que enlazaba directamente las dos capitales, y dejando memoria de su nombre, según dicen, en el paso de la sierra de Tudia [2], se apoderó pacíficamente de Fuente de Cantos [3], cuyos moradores recibieron el

[1] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 29); Almacari (*Ib.*, p. 188).

[2] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 9) «Después... al lugar conocido por Paso de Muza, antes de Fuente de Cantos y en su alfoz». Lo mismo dicen el *Fatho-l-andaluci* (p. 12) y el Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 193). No he podido hallar rastro de ese nombre en la localidad.

[3] Abén Alcotía y Embajador marroquí (lugares citados). Almacari (*Cr. ar.*, I, 188).

calificativo de *clientes de Muza*[1]. Las conquistas de Niebla, Beja y Ossonoba, que algunos autores hacen seguir inmediatamente á la de Sevilla[2], no son sino anticipaciones erróneas de hechos posteriores, pues pronto se verá que un año después estaban libres todavía las dos primeras ciudades, y no podía menos de estarlo también la tercera.

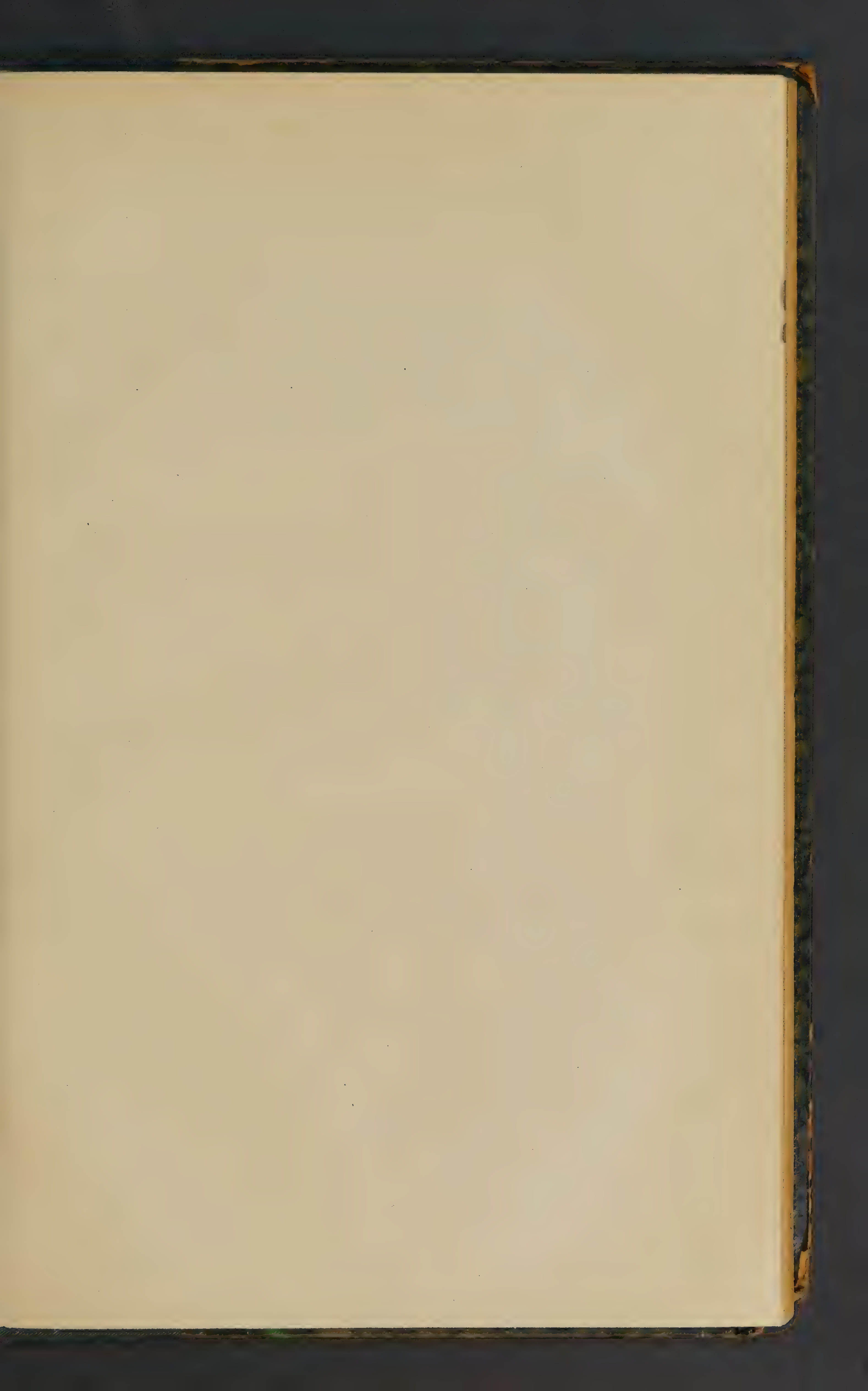
En Mérida se habían concentrado todos los elementos con que aún contaban los secuaces de Rodrigo, y su expugnación fué el objetivo principal de la campaña de 712. Tenían los defensores gente bastante para desbaratar en frecuentes salidas los más costosos preparativos del sitiador, y con mudable fortuna, unas veces las emboscadas de Muza acuchillaban la caballería gótica, otras morían centenares de musulmanes bajo los escombros de cierta mina, sin bastante pericia dirigida para derruir una torre. Continuó el asedio con ahinco por todo el invierno, y como pasada la primavera de 713, ningún auxilio viniese á robustecer la ya inútil resistencia, Mérida se dió á partido el día 30 de junio, después de haberse puesto en salvo los más altivos y los más comprometidos. Cuentan los árabes que el hecho de teñirse un día su blanca barba el viejo general maravilló tanto á los parlamentarios emeritenses, que teniéndolo por superior á la naturaleza humana, no osaron los sitiados oponérsele más tiempo.

[1] *Fatho-l-andaluci* y Embaj. marr., lug. cit.
[2] *Ibid.;* Abén Abilfiyad (Casiri, II, 321).

Muza dejó á los habitantes en libertad y en tranquila posesión de sus bienes, quedando á beneficio de los musulmanes los de los muertos, los de los emigrados y los de las iglesias, pacto en que se declaraba el propósito de arraigarse en el país los invasores con la posesión de terrenos. Desde el sitio de Mérida se manifestó la guerra con nueva fase, porque ya no se confiaba la guarda de los fuertes á los judíos, ni se abrían por dentro las puertas de las ciudades, ni se cogía desprevenidos á sus gobernadores; signos evidentes todos ellos de una ruptura entre el elemento oriental y el indígena. Debióse este cambio á que durante su marcha desde Algeciras á Mérida, comprendió Muza el mísero estado de la nación, y vió que ni el rey había sido capaz de levantar un ejército respetable, ni tenía el Senado modo de reunirse para deliberar, ni los witizanos contaban más que con gente desprovista de las necesarias dotes militares y de gobierno. Brotó sin tardanza en la mente del perspicaz caudillo la idea de la conquista, ó por mejor decir, de la apropiación de lo que para otro tenía conquistado, y por eso dijo al califa, cuando le dió cuenta de sus actos, que la adquisición de un nuevo reino no había sido más que una anexión[1].

Desembozados los propósitos de Muza, los cristianos se lamentaron amargamente, aunque ya tarde, del en-

[1] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I. 212); Abén Cotaiba (*Ib.*, II, p. 131 del texto); Abén Alabar, *Holato-s-siyara*, p. 32.





MAPA DE UNA PARTE DE LA PROVINCIA DE SALAMANCA

gaño sufrido [1]; y conformes en el mismo pensamiento, pero tenaces en no ceder unos á otros el primer puesto, los próceres de ambos partidos sostuvieron la estéril lucha de hasta siete años [2], que sofocaron las oleadas de árabes y moros sin cesar llegados de África [3]. El primer chispazo fué el alzamiento de Sevilla, cuyo reducido destacamento berberisco atacaron los cristianos de la ciudad, ayudados por los de Beja y de Niebla, aun libres, matando los pocos musulmanes que no pudieron huir y acogerse á Mérida. Muza envió á su hijo Abdelaziz con tropas suficientes para sofocar la naciente rebeldía, y á poca costa cayó bajo el yugo extranjero la ciudad del Betis. El joven general hubo de hacer lo mismo con Niebla [4], y aun con Beja y Ossonoba, según entiendo, pues á esta sazón es cuando pudo realizarse, para asegurar la tranquilidad de aquella comarca, la expedición atribuída por algunos á su padre en persona [5]. En Beja se instaló Abdelchebar, noble árabe de la comitiva de este último, antiguo jefe del ala izquierda de su ejército y tronco de los Beni Zahra de Sevilla [6].

[1] *Anónimo latino* (n.º 36, v. 864) «pace frandifica male diverberans»; (*Ib.*, n.º 36. vs. 879. 881) «pacem nonnullae civitates... .....iam coactae proclamitant, atque suadendo et irridendo astu quodam fallit».

[2] *Cron. albeldense* (*Cr. ar.*, I. 163) «inter guti et sarraceni fortiter per septem annos bellus inter illos discurrit».

[3] El Silense (n.º 17) «Turmas unas post alias ad praelium barbarus arguere coepit».

[4] Abén Adarí, p. 47 de la tr.

[5] Véase más arriba, pág. 95.

[6] Almacari (*tr. de Gay.*, II. 17).

Un mes permaneció Muza en la capital de Lusitania para asegurar su importante conquista, y mientras Abdelaziz daba cuenta de los andaluces, se dispuso á descargar un golpe decisivo que acabara con el núcleo más peligroso de resistencia.

Tengo para mí que Rodrigo, después de la rendinación de Mérida, donde tal vez se hallara, vino á encastillarse con sus fieles en las intrincadas revueltas de la sierra de Francia, que por la de Gata se une á la de Estrella, en Portugal, y con la de Béjar se relaciona por la profunda cortadura en cuyo fondo lleva el Alagón sus aguas al Tajo. En la misma cuenca de este gran río podía desembocar por los Puertos de Baños y de Perales, amenazando á Castilla la Nueva y Extremadura, y tenía seguros mantenimientos en los fértiles llanos de Salamanca. Por eso no quiso el prudente musulmán llegar á Toledo con ese peligro á su espalda, y considerando la gravedad posible de la empresa, ordenó un movimiento de concentración que obligó á Táric á marchar por Talavera á esperar al general en jefe en el valle del Arrocampo, en término de Almaraz [1], entre el Tajo y el Tiétar. Allí fué donde el soberbio caudillo árabe reprendió con justicia, pero también

[1] El Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 193) dice que el nombre del sitio viene de la árabe المعرض (almarad) *encuentro*. El *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 18) refiere que éste tuvo lugar en تابد que podría leerse تايد (Téide), recordando que el Arz. Don Rodrigo (l. III. cap. XXIV) dice: «iuxta rivum qui Teitar dicitur».

con mortificante aspereza, á su arrojado liberto, en cuyo pecho quedó sembrado un gérmen de profundo encono, disimulado por entonces bajo las apariencias de la subordinación más correcta.

Fijado de indudable manera el sitio donde se encontraron Muza y Táric, no hay más remedio que admitir algún plan estratégico, pues no andaría este último con toda su gente 150 quilómetros sólo como demostración de respeto al superior, á quien un año entero tuvo quieto delante de Mérida, sin pensar en hacerle una visita, ni prestarle ayuda con sus tropas. En efecto, después de reunidos los dos ejércitos, Muza tomó la vía romana de Mérida á Salamanca para atravesar la sierra [1], y pasado al puerto de Siete Carreras, en el vértice del ángulo que forma allí la divisoria al lado de la Peña Gudiña, sentó sus reales en el punto de intersección de los caminos de Mérida á Salamanca, y Alba de Tormes á Ciudad Rodrigo, dejando hasta el día memoria de su nombre en el de Valmuza [2] conservado por el río que nace en aquellos parajes. Fuera para talar los campos más inmediatos á la sierra, fuera para esta–

[1] Almacari *(Cr. ar.*, I, 189): «Muza desde Mérida se dirigió á Galicia.» Lo mismo dice Abén Alcotía (*Ib.*, II, 10). Por Galicia entendían los árabes toda la España al Norte del Guadarrama.

[2] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, I, 10): «Entró en Galicia por un paso que lleva su nombre». Lo mismo dice Almacari (*Ib.*, I, 189). El plano adjunto está tomado del mapa construído por la Comisión del Mapa Geológico de España, cuyo conocimiento anticipado debo á la amabilidad de los señores Fernández de Castro y Cortázar.

blecerse en Miróbriga é inutilizar desde allí la acción de los godos, creo que la hueste árabe marchó por los suaves declives, que tras las vertientes septentrionales riegan las primeras aguas del Huebra, y que saliendo Rodrigo por el puerto de la Rinconada para efectuar un ataque de flanco, se trabó frente á Segoyuela de los Cornejos, cerca de Tamames, la decisiva pelea en que el combatido rey perdió libertad y vida á manos de Meruán, hijo de Muza [1].

El nombre de Segoyuela corresponde puntualmente al Saguyue, que da el moro Rasis [2] como lugar de la última batalla de Rodrigo, y de él nacieron las formas Sangonera, del poema de Fernán González [3], y Sangobela de Rodrigo Caro [4], que hasta ahora carecían de explicación plausible. El arroyo de Barbalos, que muere cerca de Segoyuela, y las lagunas de Tamames se han

[1] Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 156) refiere esta hazaña de Meruán.

[2] El Moro Rasis (Apéndice, al final) dice de Rodrigo «que perdió la batalla de Saguyue». En el *Fatho-l-andaluci* (página 8) se lee: «Rodrigo huyó hacia un sitio llamado Assauani (السوانى), donde se encontró un muerto que se pretende era él.» El ms. n.º 1232 de la Biblioteca de Argel, consultado por el Sr. Codera, dice lo mismo y escribe el nombre del lugar Assauaqui (السواقى).

[3] Copla 79. Como el río Sangonera se llama también Guadalentín, resultó de ahí el *Guadatín* de Abén Adarí (pág. 24 de la tr.). Por la misma razón se coloca la batalla y pérdida de Rodrigo, en el prólogo al *Fuero de Sobrarbe*, entre Murcia y Lorca.

[4] *Antigüedades y principado de Sevilla*, f. 122 v.

confundido con el río Barbate y el lago de la Janda, y la tendencia de los árabes á condensar los sucesos ha contribuído á oscurecer tan importante hecho de armas y trasladar la muerte de Rodrigo al primer choque. En aquél y no en el de Medinasidonia es donde Meruán pudo coger al rey godo porque de hallarse en la expedición de Táric, no sería como segundo de un liberto de su casa, después de haber mandado ejércitos en las campañas del Sur.

La determinación concordante de tres lugares me ha servido de guía primero, y de demostración después, para resucitar esta olvidada campaña de Muza y Rodrigo. Almaraz *(el encuentro*, del Embajador marroquí), la Valmuza *(el paso de Muza*, de Abén Alcotía) y Segoyuela *(Saguyue*, del moro Rasis), forman un conjunto topográfico cuya correlación no se puede desconocer, y que al dar cuenta satisfactoria de los movimientos atribuídos antes al ejército de Muza sin razón aparente, aclara la cronología de los últimos años de la dominación goda. Desde mediados de 710 á agosto ó septiembre de 713, en que debió acaecer dicho encuentro, van los tres años que puntualiza el Albeldense para el reinado de Rodrigo [1]; y se explica muy bien que el Anónimo

[1] *Cron. albeld.* (n.º 78): «Tertio anno, iam eodem Taric praelio agente cum Ruderico, ingressus est Muza iben Nuzeir et periit regnum gothorum». El Silense (n.º 17): «Muza... ad Hispaniam dirigitur... Rodericus post ubi nulla sibi auxilia videt per aliquot dies paulatim terga praebens, pugnando occubuit». El mismo (n.º 25), aludiendo á Muza (equivocado

latino, residente en Andalucía y poco conocedor de lo sucedido en Castilla, diese por término del reinado la batalla de Medina, al año de la proclamación.

Salvaron los godos piadosamente el cuerpo de su infeliz monarca trasponiendo las cumbres de la inmediata sierra Estrella, y andando el tiempo, el rey D. Alfonso el Magno halló en Viseo la lápida de su sepulcro, que decía: *Hic requiescit Rudericus rex gothorum*[1]. Nada hay en tan sencilla inscripción que arguya invención ni amaño, pero la manía amplificadora hizo añadir el calificativo *ultimus* en el interpolado códice de la crónica que se guardaba en Roda, y dado el mal ejemplo, siguió y creció hasta el largo cartel de ignominia que se complace en estampar el prelado toledano[2]. Un escritor portugués dice que el sepulcro estaba en San Miguel del Fetal, extramuros de la misma ciudad de Viseo, por los años de 1709[3], pero nada refiere de la lápida, que sin duda había ya perecido.

El hueco que así llena la trabajosa disquisición histórica, entre la misteriosa desaparición en las márgenes del Barbate y el enterramiento en la iglesia de Viseo, lo ocupó la fantasía novelesca de Pedro del Corral con un dolorido arrepentimiento de Rodrigo, acrisolado con terribles pruebas y terminado con una penitencia des-

con Munuza) dice: «qui post Taric, ut dictum est, Roderico Gothorum regi, bellum indixerat».

[1] Alf. III, n.º 7.

[2] *De reb. Hisp.*, l. III, c. 20.

[3] Carvalho da Costa, *Chorographia portugueza*, vol. II, p. 178.

atinada. Pero precisamente por ser lo más original y extraño, perpetuó esta penitencia el *Romancero*, y la vulgarizó Cervantes al poner en boca de doña Rodríguez los conocidos versos:

«Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había»[1].

La ya popular expiación del desdichado rey es el asunto escogido por Southey para su justamente celebrado poema[2]. En esta obra, sembrada de bellezas y versificada con vigor y elegancia, Rodrigo, tras de un año de austero aislamiento, desfigurado por la mortificación de la carne y la tribulación del espíritu, acepta con santa humildad y encendido patriotismo la tarea de organizar la restauración de su corona en cabeza ajena, y con este fin va á Córdoba en busca de Pelayo, coadyuva á su proclamación en Asturias y desaparece de nuevo en la batalla de Covadonga, después de haberle reconocido por sus proezas y por su caballo el ejército cristiano. Gracias á su ayuda se salva Florinda de un matrimonio tan odioso como sacrílego, y ella y su padre se reunen y mueren en una iglesia de Cangas, perdonando á Rodrigo y perdonados por él en escena

[1] *Quijote*, II parte, cap. XXXIII. El ilustre traductor de la *Historia de España* de Dunham parece como que ignora no ser de Cervantes estos dos versos.

[2] *Roderick, the last of the Goths*, escrito en 1814. Á mi parecer, el *Romancero* y la *Crónica general* han sido las fuentes donde ha bebido Southey, y no la *Crónica del Rey D. Rodrigo*, como cree Ticknor (*Historia de la lit. esp.*, I. x.).

tierna y sublime. El inmortal Zorrilla ha compendiado vigorosamente las creaciones del poeta inglés, poniéndolas al alcance de nuestro público en dos cuadros dramáticos siempre aplaudidos [1].

Si los últimos parciales de Rodrigo pudieron efectuar con sosiego su retirada, fué porque nuevos cuidados llamaron á otra parte la atención del árabe, á causa de que al quedar libre de la guarnición africana, no tardó Toledo en declararse independiente, y Muza tuvo que expugnarla de nuevo [2]. Su entrada como triunfador en la capital de España, amarga para sus tenientes por codiciosas disputas sobre reparto de ganancias y atribución de glorias, lo fué más aún para la familia de Wittiza, que muerto ya el rival, esperaba la posesión más ó menos completa del poder, creyendo (según piensa con acierto D. Modesto Lafuente [3]) que como en tiempo de Atanagildo, los auxiliares se contentarían con retener lo ya conquistado en Andalucía. Pero Muza se apresuró á proclamar al califa de Damasco como soberano único de toda España, y los jóvenes príncipes, débiles instrumentos de ambición ajena, tuvieron que acomodarse á recibir sus propiedades patrimoniales confiscadas, con honores extraordinarios á ningún otro prócer otorgados. Achila, el Rómulo de Abén Alcotía,

[1] *El Puñal del Godo* y *La Calentura*.

[2] El *Fatho-l-andaluci* (p. 12) habla de esta conquista de Toledo por Muza, aun cuando la pone antes del encuentro con Táric con evidente anacronismo.

[3] *Historia general de España*, II, 479.

se quedó en Toledo. donde pensara reinar, y de él procedió Álvaro, padre de Hafs, cadí ó juez de los extranjeros; Artavasdes se fijó en Córdoba con gran fama de penetración política y oriental generosidad [1], transmitiendo á su descendiente Abu Said el título y autoridad de conde; y Olmundo residió en Sevilla, dejando tres hijos: Sara, tan considerada por el califa Hixem como por Abderramán I de España, y dos varones, uno muerto en los dominios cristianos del Norte, y otro que mereció ocupar la sede hispalense.

Desierta la primada de Toledo por la cobarde huída de Sinderedo á Roma, donde continuó viviendo muchos años, se apoderó de ella, sea como propietario, sea como mero administrador, el turbulento y ambicioso Opas [2], amparándose del derecho de patronato que los monarcas mahometanos se atribuyeron desde el principio, y nunca han rechazado sus vasallos cristianos. La intrusión debió producir en la diócesis disturbios graves, que unidos á los pasados rencores políticos, condujeron al fautor de tantas desdichas á saciar su ruin venganza, entregando al filo de la cuchilla musulmana el cuello de nobles y distinguidos prisioneros [3]: placer estéril para los cuatro ó cinco años que solamente hubo

[1] V. Dozy, *Recherches*, I, 79, que copia un pasaje de Abén Aljatib tomado de Abén Hayán.

[2] El Silense (n.º 20) es el primero que califica á Opas como arzobispo toledano poco después de la conquista, y el *Catálogo* de la Sala capitular lo pone como intruso en 714 (*Esp. Sagr.*, V, 389).

[3] *Anón. lat.*, n.º 35, vv. 865-868.

de durarle la mal ganada mitra, pues en 719 figura ya el chantre Urbano como vicario capitular[1]. D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo de Toledo, poco cuidadosos de la exactitud histórica, se explayaron barajando sedes, personas y fechas, todo para avivar el cuadro de las enormidades de Wittiza, que los demás escritores han copiado dócilmente hasta nuestros días.

El signo más ostensible, con que Muza hizo pública su determinación de convertir á España en provincia del califato, fué la acuñación de moneda de oro, aunque guardándose bien de darle la forma árabe y puramente musulmana, que ya prevalecía en Oriente desde el reinado de Abdelmélic. Las monedas globulares con inscripciones latinas, años atrás puestas en circulación por los árabes de África, serían bastante conocidas en España, lo mismo que sus modelos bizantinos, y sirvieron de pauta para los nuevos cuños, poniendo por señal distintiva, en el centro del anverso, una estrella con ocho rayos. Como en aquéllas, en la orla de ese mismo lado se inscribió en latín, y suprimiendo muchas letras, según estilo del tiempo, una leyenda de índole religiosa, pero en la cual quedaba muy disimulado su espíritu mahomético, tal como IN NOMINE DOMINI NON DEVS NISI DEVS SOLVS SAPIENS NON DEO SIMILIS ALIVS. Decir que Dios es único, sabio y sin semejante, no ofendía en apariencia los sentimientos de los súbditos cristianos, pero en realidad, tales expresiones ocultaban la

1 *Esp. Sagr.*, V, 318.

tesis antitrinitaria de la teología alcoránica. En la orla del reverso se puso, también suprimiendo letras, SOLIDVS FERITVS IN SPANIA, siguiendo la expresión del año de la hégira para los árabes, y en el centro se colocó el año de la indicción correspondiente, para inteligencia de los cristianos, con todo lo cual quedó fijo el tipo de la moneda latino-musulmana del período de la conquista, sin que asomara nunca directa ni indirectamente el nombre de Mahoma. Antes de septiembre de 712 corrieron ya sueldos de oro de este modelo, pues en la Biblioteca Nacional de París se conserva un ejemplar con las fechas, perfectamente concordantes, ANN XCIII H*(igirae)*, é INDC X; desde 1.º de septiempre á 7 de octubre del mismo año escribieron ANN XCIII H*(igirae)* é INDC XI, y así se continuó en los dos años siguientes, uniendo la indicción XI con el año XCIIII y la XII con el inmediato, escrito IIXCIII HIG*(irae)* [1].

[1] V. principalmente «Codera, *Tratado de Numismática arábigo-española*», «Lavoix, *Catalogue des monnaies musulmanes de la Bibliothèque nationale*», y «Rada, *Catálogo de las monedas arábigas españolas del Museo Arqueológico Nacional*». Las discordancias que estos ilustrados anticuarios encuentran entre las fechas del campo y de la orla, y achacan á errata del grabador, desaparecen si se tiene presente que los períodos de quince años de las indicciones se han contado invariablemente desde el 1.º de septiembre de 312, según resulta del erudito estudio de H. Bradshaw (Smith and Cheetham, *Dict. of christian antiq.* I, 832). No niego que alguna vez haya supresión de signos, pero eso no es la regla, sino la excepción; además la lectura es muy confusa é incierta por ahora, y la impericia de los grabadores transformaba las letras que indudablemente no entendían, resultando combinaciones como éstas:

Es posible que las primeras monedas fuesen acuñadas en el campamento de Mérida al empezar el asedio, lo mismo que años adelante sucedió en Sicilia[1], y las demás las harían batir Táric y Moguéit, de orden de Muza, en Toledo y Córdoba. El estudiado plan que revelan las leyendas demuestra cuán cautelosamente se fué el islam insinuando, bien lejos del ímpetu fanático que es costumbre atribuir á los invasores de España, más atentos á procurarse los bienes tangibles de la tierra que á alcanzar una insegura y remota posesión del cielo. Las defraudaciones que unos á otros, y todos juntos al fisco, hacían los conquistadores en la distribución y declaración de las presas, estigmatizadas con acre y fervorosa censura por los más devotos escritores, ponen en su verdadero punto el espíritu que dominaba en aquellos guerreros.

Instalado para invernar en la capital, no sin colocar á Táric en puestos avanzados[2], Muza resolvió enviar á Oriente una misión, con encargo de dar cuenta al califa de la manera cómo una intervención armada se había

XCINN por XCIIIH *(igirae)*
XCIIH por XCVH *(igirae)*.
Este ramo de la numismática aguarda todavía más detenidos estudios.

[1] El ilustre Amari ha demostrado que la moneda n.º 840 del Catálogo de París, correspondiente al año 214 de la hégira, fué acuñada en el campamento de Castrogiovanni, en Sicilia (*Storia dei musulm. di Sicilia*, I. 284).

[2] *Fatho-l-andaluci* (p. 11 del texto árabe); Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II. 194).

trocado en firme conquista, y de los pactos que en su nombre había ajustado con príncipes, capitanes y ciudadanos. Atento á justificar lo que de excesivo ó de incorrecto hubiera en su conducta, escogió para comisionados al octogenario Alí, hijo de Rabah, de su misma tribu, personaje de grave autoridad por ser *tabí*, ó discípulo de los primeros musulmanes, y á Moguéit, el vencedor de Córdoba, cliente de los Omeyas, y en su palacio educado con el califa reinante[1]. Alí, uno de los tres ó cuatro sujetos á quienes por su integridad notoria se había confiado la distribución de tierras[2], logró con austeros razonamientos templar el disgusto de que ya estaba Ualid poseído y arrancarle la aprobación de lo hecho; pero más taimado Moguéit, supo preparar al mismo tiempo la ruina de sus compañeros de armas, contra quienes abrigaba resentimientos cuya raíz conviene explicar.

Gobernaron el reino árabe de Palmira, antemural del imperio romano contra beduínos y persas, príncipes de la tribu de Gasán con el título de filarcos, alguno de los cuales mereció la dignidad de patricio, como su antecesor Odéina[3] la de augusto; y el último de aquellos reyes se estableció en Constantinopla cuando Heraclio abandonó definitivamente la Siria. Enemigos seculares de

[1] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*, I, 214); Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 126); Dabí (Codera, p. 461); Almacari (*Cr. ar.*, I, 196).
[2] Emb. marr. (*Cr. ar.*, II, 200); Almacari (*tr. de Gay.*, II, 5).
[3] El Odénato de los romanos, esposo de Zenobia.

los gasanidas, y afiliados á la causa de los persas, eran los aguerridos lajmitas del otro reino árabe, establecido en Hira á la margen del Éufrates, entre cuyos escuadrones permanentes había uno llamado de los *rehenes*, compuesto de jóvenes taglibíes y becríes. Hijo de un oscuro mercenario cristiano de esta última tribu, prisionero de los musulmanes en 633, y luego capitán de la guardia de Moauía, era el anciano Muza, protegido por una fracción de la familia de los Omeyas, gracias á lo cual, y á sus extraordinarias condiciones de carácter, pudo llegar de humilde liberto á la categoría de gobernador general de África. Moguéit, apodado *rumí* por ser descendiente en línea recta del ilustre emigrado en Bizancio [1], cautivado desde muy niño, criado en el islamismo é instruído en las letras árabes al amparo de los califas, aunque liberto y protegido de la misma familia, no podía menos de recordar que era bisnieto del último rey de Palmira y mirarse con enojo bajo la dependencia de un retoño de los árabes de Hira, constante azote de su raza; ni hubo de guardar mayor estima para Táric, bárbaro africano, judaizante de la víspera. Apoyando al parecer la gestión de su compañero Alí, el astuto enviado infiltró en el ánimo del jefe del islam gran desconfianza de Táric y de Muza, alabando con exagerado extremo el ascendiente que ejercía el primero sobre las tropas y las maravillosas proezas del

[1] Almacari (*Cr. ar.*, I, 194); Caussin de Perceval, *Essai sur l'hist. des arabes avant l'isl.*, III, 507.

otro en empresas arriesgadísimas[1]: el rencor de Táric contra Muza y ciertos antecedentes políticos y morales de este último en sus mandos de Oriente, hicieron con el tiempo lo demás.

La posesión de Zaragoza, centro de operaciones indispensable para dominar la vasta región del Ebro, fué el objeto de la campaña de 714, iniciada con la ocupación de Guadalajara por Mohámed, hijo de Elyás, el Mugueilí, uno de los tenientes de Táric[2]. Los árabes y bereberes, no contenidos ya por la simulación de auxiliares, dieron entonces rienda suelta á sus instintos de ferocidad y de pillaje; un rastro de humo y sangre marcaba el paso de las huestes, y así anunciaba Muza la suerte que tenía preparada quien osara resistirle. Sobrecogido el obispo Bencio ante tan horrible perspectiva, invitó á sus clérigos á marchar á las montañas con los códices sagrados y las santas reliquias, pero ellos, como los demás habitantes, prefirieron escuchar las proposiciones de pacífica entrega que un emisario árabe les trajo, y la ciudad del Pilar abrió sus puertas al invasor con flojedad inexplicable[3]. Las condiciones de la su-

[1] Almacari (*Cr. ar.*, I, 194 y 195); Emb. marr. (*Ib.* II, 204). El ms. n.º 1064 de la Biblioteca de Argel habla de estas mismas desavenencias, según nota que ha tenido la bondad de comunicarme el Sr. Codera.

[2] Xehabedín Fecí, citado por Gayangos (*tr. de Almac.*, I, 533).

[3] Los autores árabes se limitan á decir que Zaragoza fué ganada, sin expresar de qué manera. El Moro Rasis (Gay. número 13), parece indicar que hubo resistencia, pero el *Anónimo*

misión debieron ser bastante benignas para que los cristianos conservasen todas sus iglesias, pues Hanax, uno de los tabíes entrados con Muza, que sin duda quedó de gobernador, trazó y construyó de nueva planta, y sin pérdida de momento, una mezquita aljama [1]; pero Bencio no se tranquilizó con los juramentos de un enemigo armado y victorioso, y seguido de muy pocos huyó, llevándose secretamente algunas reliquias, al monasterio de San Pedro de Tabernas [2].

Tan fácil triunfo era muy propio para excitar la ambición de Muza y hacerle soñar con una incursión á través de los Pirineos, para llegar por el centro de Europa hasta darse la mano frente á Bizancio con las escuadras de Siria [3], fantaseo que algunos escritores han tomado en parte como hecho, suponiendo que había tocado las orillas del Ródano, volviéndose desde allí, no por fuerza de hombres, sino por orden misterio-

latino (n.º 36, vv. 871-873) manifiesta claramente lo contrario cuando dice: «Caesaraugustam, antiquissimam ac florentissimam civitatem, dudum iam iudicio Dei *patenter apertam*».

1 Abén Alfaradí, p. 111; Dabí, p. 263; Almacari (*tr. de Gay.*, II, 4).

2 Los hechos relativos á la huída del obispo constan en la declaración de un monje muy anciano que la refirió poco antes de morir. Véase Huesca, *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*, I, 324. El P. Risco (*Esp. Sagr.*, XXX, 198) considera esta escritura como apócrifa, pero á pesar de los anacronismos y equivocaciones palmarias que contiene, no dificulto darle crédito, porque nada hay en él provechoso al monasterio, y una relación de un pobre monje, viejo, decrépito y acaso iliterato, puede ser auténtica á pesar de tales defectos.

3 Almacari (*Cr. ar.*, I, 193); Abén Cotaiba (*Ib.*, II, 138).

sa de cierto ídolo encantado [1]. Mas quienes de esas ilusiones, si ocuparon algún instante su mente, se encargaron de curarle fueron sus propios soldados. Internóse en el país de los vascones, siguiendo la vía romana que por Huesca conducía á Lérida y Tarragona, pero cuando sus gentes vieron la pobreza de aquella tierra, cuyos habitantes, por no entender el latín de los demás españoles, les parecían bestias privadas del uso de la palabra [2], se negaron á seguir adelante, y apagados los rayos de las arengas de Muza con las sesudas y frías razones del viejo Hanax, no quedó más remedio que volverse á Zaragoza [3]. Ya las tropas descansadas habían vuelto á la obediencia con el buen tacto del astuto general, y consentían en continuar la campaña, cuando apareció Moguéit, portador de una orden de Ualid para que se presentaran Muza y Táric en Damasco á dar cuenta de todas sus acciones. Objetó el jefe lo inoportuno de abandonar en aquella ocasión empresa tan felizmente comenzada, apoyando sus argumentaciones al enviado del califa con el regalo de un palacio y sus anejos, extramuros de Córdoba, por la parte del Oeste [4]. Convino Moguéit en ello sin trabajo, como

[1] Abén Adarí, p. 39 de la tr. Almacari (*Cr. ar.*, I, 191) supone la expedición de Muza en tiempos de Carlos Martel.
[2] Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 133); Abén Adarí, p. 50.
[3] Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 137).
[4] Almacari (*Cr. ar.*, I, 192 y 193); Emb. marr. (*Ib.*, II, 204). Almacarí (*tr. de Gay.*, II, 206) coloca el palacio al Oeste, pero el *Ajbar Machmúa* lo pone junto á la Puerta del Puente.

buen conocedor del país y no menos ganoso que los demás de seguros provechos, y sin más espera se emprendió la marcha para asegurar por el Norte la tranquila posesión de Toledo, ocupando el territorio de Castilla la Vieja.

Dos vías romanas atravesaban de E. á O., arrancando ambas de Zaragoza, aquella vasta región; una iba á lo largo del Ebro hasta Haro y de allí seguía por Briviesca á Amaya, León y Astorga; otra se separaba de la anterior en sus principios para dirigirse por Clunia y Palencia hasta encontrar en Benavente la que de Mérida moría también en Astorga. Estimó natural que Muza, como general en jefe, tomara este último camino, más céntrico, para estar siempre en disposición de darse la mano con las guarniciones de Castilla la Nueva, por la izquierda, y con la división de Táric, que por la derecha corría el otro camino, al pie de las vertientes de la cordillera Cantábrica [1]. Empezó el jefe berberisco por atacar á los vascones de la izquierda del Ebro, y á las pocas marchas, Fortún, jefe del territorio de Ejea [2], abandonó la fe cristiana y se hizo cliente de Ualid para conservar sus estados y eximirse de tri-

[1] Almacari (*Cr. ar.*, p. 191) dice que Muza desde Zaragoza envió á Táric á las partes de Francia, lo cual, como no fueron tan allá, no puede referirse sino á que lo destinó á marchar á la parte del Norte de Zaragoza; y por el camino que le atribuyo es como tuvo que pasar por Amaya.

[2] Digo Ejea, porque debe corresponder á este punto el شية del Este de España que quedó exento de expropiación de tierras. (Emb. marr., *Cr. ar.*, II, 200; Dozy, *Rech.*, I, 74).

butos; primer ejemplo, entre los pocos que hubo, de apostasía de un prócer hispano-godo. No fué antes la bochornosa apostasía de este Fortún, tronco de aquellos Beni Caci que tanto dieron que hacer á moros y cristianos en Aragón y Navarra, porque hasta ese año no asomaron por su país los mahometanos, ni tampoco después, visto que la cometió en vida de Ualid, muerto á principios de 715 [1].

En esta campaña es cuando pudo Táric hacer en Amaya y en Astorga las entradas que le atribuyen varios autores árabes, contra toda verosimilitud, en la de 711 [2]. Entretanto Muza recibía en obediencia á los condes que carecían de fuerza ó de voluntad para hacerle frente en las llanuras castellanas [3], siendo medianeros en los pactos los obispos, no sin que alguno procurara congraciarse servilmente su benevolencia declarándole que había leído anunciada en una profecía de Daniel su victoria sobre España [4]. Nada tendría de extraño que fuese el tal obispo el redomado de Opas, deseoso de dar buen color á su desastrada conducta moviendo á todos á que la siguieran para quedar de uno entre tantos (teñir el paño para disimular la mancha); pues sabemos que, con tal propósito, no se retrajo de andar en compañía de las tropas sarracenas y predicar

[1] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 63); Alfonso III, n.º 25.
[2] *Ajbar Machmú'a* (*Cr. ar.*, I, 28); Almacarí (*Ib.*, I, 184).
[3] Abén Adarí, p. 50 de la tr.; Almacarí (*Cr. ar.* I, 193).
[4] Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 136). La profecía aludida, según la explican, no parece ser de Daniel, sino de Jeremías, XVI, 16.

la sumisión á su pujanza, hasta creer un día en manos de D. Pelayo[1], aun cuando es completamente gratuito decir que pereciera en ellas.

Muza, lo mismo que Táric, iban consolidando la conquista por medio de colonias militares colocadas oportunamente para mantener quietos á los vencidos y contentos á los vencedores[2]; pero mientras el último saqueaba y destruía á Amaya, el primero se vió detenido ante la resistencia del fuerte que llamaban de Barú, cuyos restos subsisten cerca de Nuestra Señora del Castillo al S. de Villabaruz, entre Medina de Rioseco y Villalón, en la provincia de Valladolid[3]. Algo grave llegaría á oídos de Muza respecto de lo que pasaba al otro lado de las montañas, cuando ganado el castillo, en vez de seguir el natural camino á reunirse con su teniente en Astorga[4], torció al Norte, atravesó el puer-

[1] La intervención de Opas en la expedición contra Pelayo y su prisión constan sencilla y naturalmente en el *Cronicón Albeldense*, n.º 50. Todos los demás escritores han exornado la relación, transcribiendo la letra de los discursos pronunciados al frente de las tropas, y con otros aderezos literarios y noticias del todo falsas, como la degollación de Julián y los hijos de Wittiza.

[2] Almacari, *Cr. ar.*, I, 193.

[3] Almacari (t. I, p. 174 de la id. árabe), escribe el nombre de este castillo بارو, pero como en otros códices se lee بازو, ha creído alguien que se refería á Vizeu, dando al itinerario de Muza una extensión incompatible con el tiempo y orden de sus operaciones. El ayudante de Caminos D. Valentín Gallego ha tenido la bondad de hacer algunos reconocimientos del terreno á ruego mío en las cercanías de Villabaruz.

[4] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 10) da el encuentro por realizado y aun lo anticipa un año, tomándolo por el de Almaraz.

to de Tarna, y siguiendo el curso del Nalón, plantó sus reales frente á *Lucus Asturum*, donde está hoy la aldea de Santa María de Lugo, una legua más allá de Oviedo [1]. Puso el árabe todo su empeño en abatir la principal fortaleza de los astures trasmontanos, á fin de no dejarles otro albergue que la espesura de los bosques y las concavidades de las montañas, donde el hambre, el frío y el continuo sobresalto acabarían pronto con ellos. Casi al primer empuje consiguió dejar la ciudad nivelada con el suelo, pero sus defensores se salvaron en las estribaciones de los Picos de Europa, á cuya vista llegaron las batidas que Muza mandó hacer por el país [2], mientras él mismo avanzaba hasta Gijón y la hacía cabeza de la nueva provincia.

Volviéronse los exploradores sin atreverse á atacar á los godos en sus formidables posiciones, alegando que no quedaban sino treinta hombres y diez mujeres, con la miel contenida en las hendiduras de las peñas por

[1] Este es el castillo llamado لك por Almacari (I, 174, del texto árabe), límite de las excursiones de Muza, que se ha tomado por Lugo de Galicia. Nouáiri comprueba mi reducción (Slane, *Hist. des Berb.*, I, 352) cuando afirma que Muza emprendió el regreso desde *Luc*, después de haber llegado al mar, junto á la Peña de Pelayo. Esta posición no desacuerda tampoco con las veinte jornadas de Zaragoza á que llegó Muza según Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 133), si se toma el itinerario en sentido inverso al que se ha acostumbrado entender.

[2] Almacari (I, 174 del texto árabe): «Conquistó los castillos de Baru y Luco, donde se detuvo, y derramó partidas de caballería que llegaron hasta la *Peña de Pelayo*, que cae sobre el mar Océano.»

todo alimento, y añadían: «Treinta hombres ¿qué pueden importar?» [1] Quedaron los asturianos con esto firmes en su línea del Sella, vigilados desde la del Nalón por los árabes, al mando de Munuza, uno de los jefes berberiscos entrados con Táric [2], y que como de la tribu de Gomera, había sido cristiano hasta poco antes de la invasión. Las supuestas aventuras de este jefe con la hermana de Pelayo, y las más positivas con la desventurada hija de Eudón, caen fuera de los límites de esta monografía.

El aplazamiento pedido á los enviados de Ualid había expirado, el invierno se echaba encima y las tropas estaban ya distribuídas en sus acantonamientos. sin que hubiera medio de ensanchar el campo de las operaciones ínterin no vinieran nuevos reclutas de África; motivos todos muy bastantes para determinar el regreso de aquellos guerreros, que en poco más de tres años habían paseado sus estandartes victoriosos desde Cádiz á Gijón y de Zaragoza á Astorga, no de-

[1] *Cr. ar.*, I, 230. Tal dicho se atribuye al tiempo de Ocba. que gobernó de 734 á 741; pero el anacronismo es evidente. porque eso no tiene explicación sino antes de lo de Covadonga. es decir, antes de 718. Otro anacronismo resulta de asegurar que sucedió todo ello cuando Ocba hubo conquistado á Pamplona, porque sabemos que en la capitulación de esta plaza se hallaron Alí, hijo de Rabah, y Hanax (Abén Alfaradí, 109 y 256). el último de los cuales falleció en 718 ó 719. Otros lo refieren todo al gobierno de Anbaza (721-726).

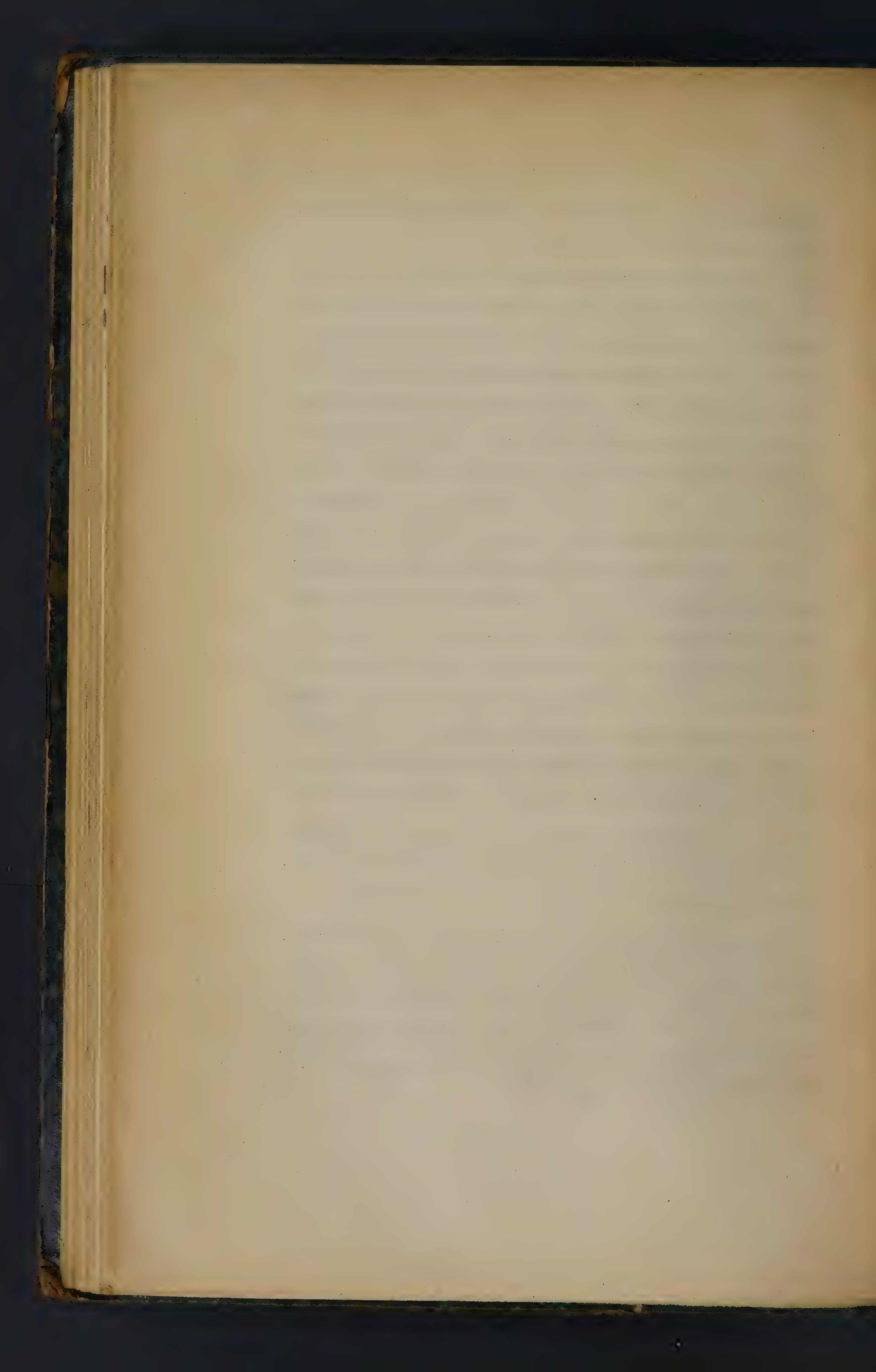
[2] Alf. III, n.º 11. Este nombre no es corrupción de ningún otro árabe, pues lo tenemos escrito منوسة en Abén Adarí (*Bayán*, II, 27).

jando libres por entonces más que las ásperas sierras de la Vasconia y la Cantabria [1].

La leyenda, poco acomodada siempre con lo natural y sencillo, añade que un Abu Nasri, segundo enviado del califa, ya impacientado con la tardanza de sus generales, alcanzó á Muza en *Lucus*, y cogiéndole las bridas del caballo, le intimó la orden de retroceder en el acto y sin excusa. Si se mira que Moguéit llegó con la primera orden á Zaragoza después de abierta la campaña de 714 y de corridas la Celtiberia y la Vasconia, y que antes de concluir el verano se hallaban ya todos en Asturias, se comprenderá que faltaba tiempo material para que Ualid esperara el resultado de su misiva, se impacientara por la tardanza, nombrara nuevo comisionado é hiciera éste el viaje de Damasco á las cercanías de Oviedo. El Sr. Gayangos [2] sospecha si Abu Nasri sería un sobrenombre del mismo Moguéit, y conforme con esta suposición, yo entiendo que no hubo sino una nueva representación del primer enviado para que cesaran las operaciones, y Muza era bastante avisado para no comprender que había llegado el momento de dar fin á sus gloriosas campañas.

[1] Abén Adarí. p. 39 de la tr. Las montañas de Santander son los montes de Carcosa (قرقوشة) de este autor; pues en ellas se encuentra la sierra de Isar, de la cual nace el río Argoza al N., y por el S. yace el marquesado de Argüeso. El Sr. Don Ángel de los Ríos y Ríos, ilustrado anticuario y Correspondiente de la Academia de la Historia, ha tenido la amabilidad de suministrarme datos muy curiosos sobre esta región.

[2] *Tr. de Almacari*, 1, 546.



CAPITULO VI

La conclusión de la conquista y el principio de la restauración.

Regreso de Muza á Oriente, su suerte y la de sus compañeros. —Parte de la península que dejó por conquistar.—Instalación de Abdelaziz en Sevilla.—Su probable campaña de Portugal en 714.—Año 715.—Sumisión de Málaga y Granada.—Campaña de Murcia.—Capitulación de Teodomiro.—Abdelaziz organiza el gobierno.—Su casamiento con Ejilona.—Año 717.—Muerte de Abdelaziz.—Elección de Ayub.—Año 718.—Gobierno de Alhor.—Pasa los Pirineos.—Reorganización de la monarquía en Asturias.—Elección de Pelayo.—Supuesto Quintiliano.—Alarma de los árabes.—Viaje de Pelayo á Córdoba.—Su huída.—Su primer triunfo.—Paralelo entre la conquista de España y la de Siria.—Conclusión.

Pasado el puerto de Tarna, Muza y Moguéit se unieron, en el páramo leonés, con Táric que regresaba de Astorga, dirigiéndose todos juntos á Toledo por las fuentes de la Valmuza [1], para tomar después el mismo camino que Táric había traído y Muza deseaba conocer [2].

[1] Almacari. *Cr. ar.*, I. 193.
[2] *Ajbar Machmúa, Cr. ar.*, I. 33.

Tras breve descanso en Córdoba, donde á su jefe se unieron algunos de los más nobles árabes que con él habían entrado en España y allí le esperaban [1], la comitiva continuó el viaje, no sin que al transponer el Alto de los Visos, á seis quilómetros del puente, última colina desde la cual se podía ver la ciudad, Muza volviera su cabalgadura para dirigir un sentido adiós á la futura capital del Ándalus [2]; y llegados á Sevilla, se embarcaron todos [3], incluso Julián, cargados de ricos despojos, y de fama imperecedera. El que menos de los autores árabes asegura muy formalmente que en esta ocasión fueron llevados á Damasco 30 000 prisioneros, sin reparar en la grave dificultad y enorme dispendio de conducir, custodiar y alimentar tal número de personas en un viaje largo y á través de varios desiertos. Dado caso de que se hubieran hecho bastantes cautivos para que correspondiera ese considerable número al quinto del califa y á la parte de los caudillos, descontados los muchos que se dejaron para cultivar las tierras de dominio real [4], los habrían vendido sin dilación para llevar su valor líquido y sonante en el bolsillo, excep-

[1] Emb. marr. (*Cr. ar.*, II, 308), que escribe Toledo por Córdoba, pues cerca de esta ciudad se hallaba el Cerro de la Mesa, lugar adonde salieron los amigos á esperar y recibir á Muza (Gay., *tr. de Alm.*, II, 4 y 396).

[2] Rasis (Gay., n.º 14); Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 211).

[3] *Fatho-l-andaluci*, p. 19. Emb. marr. (*Cr. ar.*, II, 210).

[4] El Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 199) dice, que de los esclavos correspondientes al quinto real quedaron muchos adscritos á las tierras adjudicadas al fisco para cultivarlas.

tuando sólo las doncellas más hermosas y los nobles más calificados, propios para realzar la pompa del triunfo. Lo real y positivo es que á tal efecto, Muza reservó solamente treinta jóvenes godos de los más ilustres, y ya en Damasco, les puso sus vestiduras de gala con diademas en la frente, presentándose al califa seguido de ellos ordenados ostentosamente en dos filas [1].

Salió Muza de España en el último mes del año 95 de la hégira ó sea septiembre de 714 [2], entró en la capital de Egipto el 7 de diciembre inmediato [3], y en Damasco el 16 de enero, cuarenta días antes de la muerte de Ualid, ocurrida el 25 de febrero de 715 [4]. Todos los autores árabes están conformes en que Muza llegó á la presencia del califa por los últimos días de la vida de éste, punto de apoyo muy esencial para confirmar las otras fechas, únicas que se acomodan con ese dato de una manera natural. Así salen para la permanencia de Muza en España los dos años y cuatro meses árabes que dice Almacari, á saber: cinco meses del 93, todo el 94 y once meses del 95. Análogo resultado suministra Abdeluáhid [5], que pone la entrada de Muza en recheb (6.° mes) de 93, y añade más abajo que permaneció dicho año 94 y varios meses del 95; y si en Abén Abdelháquem parece leerse que estuvo un solo

[1] Abén Cotaiba, *Cr. ar.*, II, 158.
[2] Almacari, *Cr. ar.*, I, 193.
[3] Abén Abdelháquem, *Cr. ar.*, I, 214.
[4] Abén Cotaiba, *Cr. ar.*, II, 159.
[5] *The history of the Almohades*, edited by R. Dozy, p. 8.

mes de este último año, lo cual contradice todo lo demás que consigna el mismo autor, se debe á una sencillísima errata[1]. En cuanto á los quince meses del Anónimo latino, no se acomodan ni aun con la cronología de su propio autor, y cuantos cómputos se fundan en su aserto son inadmisibles.

Ualid, siempre mal dispuesto respecto de Muza, prestó oídos á las acusaciones de sus rivales, que lo presentaban como defraudador de los intereses del fisco, y cuando el victorioso general esperaba un aplauso por la deslumbradora magnificencia con que ofreció al califa, en la mezquita mayor, el producto de sus campañas, causando general asombro en el público allí reunido, se vió amenazado con la prisión y con la última pena, si no aprontaba una suma enorme, parte como restitución, parte como multa. Hízola efectiva mediante el aplazamiento conseguido por los buenos oficios de Julián y la garantía de fieles amigos; pero quien se aprovechó de la exacción fué Solimán, sucesor en el trono, por haber acaecido entretanto la muerte de su hermano.

Aunque Yezid, primer ministro del nuevo gobierno, era amigo de Muza y le protegió cuanto pudo, manteniendo á sus hijos en los respectivos puestos, no con-

[1] En vez de اشهرا (meses) tiene el texto impreso de Abén Abdelháquem شهرا (un mes) (Jones, *Hist. of the conq.*, p. 9, lín. 15 del texto). tomado del ms. 655 de Paris, f. 284; pero el ms. 785 de la misma Biblioteca, señalado por Slane como más correcto, pone اشهرا en la línea 11 del folio 131 v., lo mismo que Abdeluáhid.

siguió sino que le dejaran en paz con lo mucho que aun le quedaba de sus rapiñas, mas sin ejercer ya ningún otro cargo ni volver para nada á España. Tampoco se sabe que Táric pisara de nuevo el teatro de sus glorias; pero sus descendientes no dejaron de ocupar en el Ándalus las tierras que les pertenecían, aunque negando siempre haber sido clientes de Muza [1]. Moguéit consiguió regresar y murió en Córdoba [2], donde su posteridad fué honrada en diversos tiempos con puestos distinguidos; y asimismo volvieron varios de los jefes árabes, á quienes no se permitió abandonar la comenzada empresa [3]. De Julián y los suyos ya se ha dicho qué suerte tuvieron.

Larga y ruda tarea esperaba á los sucesores del primer gobernador de España, porque los godos seguían defendiéndose valerosamente en varios puntos, aunque sin concertarse unos con otros; pero el vivo resplandor despedido por las victorias de los dos primeros caudillos de la conquista ha atraído hacia sus personas el brillo de las alcanzadas por los demás, cuya figura ha quedado poco menos que en la sombra. Convienen casi todos en que en el reinado de Solimán, correspondiente al tiempo de Abdelaziz, se conquistaron muchas ciudades, aunque sin decir cuáles fueran [4], y consta también

[1] Almacari. *Cr. ar.*, I. 175.
[2] Abén Alcardabús (Gay., *tr. de Almacari*, II, 399).
[3] Emb. marr. (*Cr. ar.*, II, 201).
[4] *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 32); Almacari (*tr. de Gayangos*, II, 31).

que Noamán, hijo de Abdalá, el Hadramí, y Mohámed, hijo de Habib, el Maaferí, llevaron al mismo califa noticias tan gratas de la guerra de España, que el soberano les invitó á pedir mercedes, no admitiendo el primero otra que la de volver á las fronteras de los cristianos, donde halló la muerte peleando por su creencia [1]. Asimismo sabemos que los ya nombrados tabíes Alí y Hanax pusieron su firma en la capitulación de Pamplona [2], antes de 718, y con igual vaguedad podemos afirmar que ocuparon á Barcelona y las montañas de Castilla los sucesores de Muza [3].

Como al marchar á Siria para dar explicaciones y rendir cuentas, el anciano gobernador del Occidente no iba destituído, dejó encomendado el mando de las provincias de su obediencia á dos de sus hijos, recayendo el de España en Abdelaziz, que tanta parte había tomado en la sujeción de Andalucía y el Algarbe. Para tener á mano la importante comunicación con África, ínterin las cosas de este lado no estuvieran más seguras, quedó instalado en Sevilla [4], con los medios, las instrucciones y los consejeros que le dejó su padre para llevar adelante la ardua empresa de acabar con la independencia de España.

Paréceme aquí oportuno decir que, á mi juicio, mien-

[1] Abén Alfaradí, II, 29.

[2] Abén Alfaradí, I, 109 y 256. La misma fecha se confirma por un pasaje de Almacari (Gay., II, 260).

[3] Abén Jaldún (ed. del Cairo, IV, 118).

[4] Almacari (*Cr. ar.*, I, 193); Emb. marr. (*Cr. ar.*, II, 210).

tras Muza y Táric daban la vuelta desde Zaragoza por Castilla la Vieja para sojuzgar el Norte, Abdelaziz, que en la campaña de 713 había llegado á Beja, no se estaría ocioso, y emplearía la de 714 en salir desde esta ciudad á Évora, Santarén y Coimbra, dirigiéndose por el extremo Occidente con el intento de concurrir con las demás divisiones en Astorga. Inclíname á esta suposición la circunstancia de contar el embajador marroquí [1] á Santarén y Coimbra en el número de las ciudades ganadas en tiempo de Muza, cuando expresa que en ellas no se adjudicó á los conquistadores porción alguna de las propiedades territoriales, privilegio propio de los que abrazaban el islamismo.

Llegada la época de emprender las operaciones militares, fué el primer cuidado del nuevo jefe ver de dominar la parte SE. de España, donde los cristianos, apartados hasta entonces del cauce de las inundaciones africanas, gozaban aún de independencia y sosiego. Empezó por atacar á Málaga, por descuido de su gobernador entrada sin gran trabajo [2]; dirigióse luego á Granada, cuya guarnición judaica imperaba todavía [3], y tocó al fin la vez á la región murciana, que obedecía á Teodomiro. Dicen los árabes que este jefe, derrotado y deshecho en campo abierto, se encerró en Orihuela, á cuyas murallas hizo subir las mujeres de la ciudad con

[1] *Cr. ar.*, II, 200; Dozy, *Rech.*, I, 74.
[2] Almacari (*Cr. ar.*, I, 192).
[3] Rasis, citado por Abén Aljatib (Casiri, II, 105).

cañas en las manos, á fin de simular una fuerza armada respetable, engaño merced al cual obtuvo una capitulación muy ventajosa, que la caballerosidad de Abdelaziz respetó después de conocida la estratagema. Con este cuento, que ni siquiera es original [1], se disimuló lo deslucido de la campaña, cuyo resultado fué constantemente adverso á los árabes, una y otra vez rechazados, con no escasas pérdidas, por Teodomiro [2]. No de otra suerte hubieran consentido los ya envanecidos musulmanes en reconocer la autonomía del jefe godo en el tratado ó carta de seguridad, cuyo texto poseemos íntegro y que por su importancia traduzco á continuación [3]:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. Escritura de Abdelaziz, hijo de Muza, hijo de Noséir, para Teodomiro, hijo de Ergobado, según la cual éste se acoge á la paz bajo la garantía de Dios y el patronato de Dios y su profeta (á quien Dios salude y dé la paz). Ni él ni sus nobles tendrán obligación de seguir á ningún jefe, ni será destituído, ni arrojado de su gobierno, y ninguno de ellos será muerto ni cautivado, ni serán apartados de sus hijos ó mujeres, ni serán mo-

[1] V. Dozy (*Rech.*, I, 50).

[2] Las palabras del *Anónimo latino* no pueden ser más terminantes (n.º 38, vv. 970-973): «Theudimer, qui in Spaniae partibus non modicas arabum intulerat neces et diu exagitatis, pacem cum eis foederat habendam.»

[3] El texto de esta capitulación, conocido ya en extracto por la traducción del Moro Rasis (n.º 12) y publicado primero por Casiri poco correctamente, ha sido dado á luz en facsímile por el Sr. Codera en su edición del Dabí, y transcrito en la página 259.

lestados en su religión, ni quemadas sus iglesias; ni quedará sustraído de su dominio lo que cultive por sus esclavos, sus fieles ó sus colonos [1] quien se haya sometido á este pacto. Y queda libre en las siete ciudades de Orihuela, Valentela [2], Alicante, Mula, Begastro [3], Anaya [4] y Lorca, á condición de que no se dé asilo á

[1] Entiendo que los verbos تعبّد , نصح y أدّي se refieren á los tres modos que tenían los nobles visigodos de explotar la tierra, á saber: 1.°, por los *esclavos*; 2.°, por los *fieles* ó buccelarios que prestaban en cambio el servicio militar, y 3.°, por los *colonos* ó libertos, que la recibían á censo.

[2] *Valencia* en el Moro Rasis; *Valentola* en Casiri; *Balentolat* en Borbón; pero en el facsímile veo بلنتلة , equivalente, á mi juicio, al latín *Valentilla*. Me parece que á esta población corresponden los vestigios de antigüedad que se ven al rededor de Alcantarilla (LOZANO, *Bast.* y *Cont.*, II, 3), á cinco quilómetros de Murcia, en la confluencia con el Segura del antiguo cauce, hoy borrado, del Sangonera. Á este río se le llamaría *Guadi-Valentilla*, contrayendo después la palabra en *Guadalentín.*

[3] El Sr. Fernández-Guerra ha demostrado de la manera más concluyente que Bigastro estaba cerca de Cehegín en su *Deitania (Bol. de la Soc. Geog.*, t. VI).

[4] En el facsímile de Codera, este nombre resulta escrito انه . Casiri leyó اتة (Ota), con lo cual Lozano la hizo equivalente á Otoz (*Bast. y Cont.*, II, 184); Borbón (*Carta VI*) prefirió أثة (Atzi) y lo llevó á Acci, ó Guadix; y Simonet (*Crestomatía*, página 85) interpretó أيّه (Eyyo), dando pie á que D. Aureliano Fernández-Guerra la hiciera igual á Elo, junto á Yecla (*Discurso de contestación al Sr. Rada y Delgado*). Yo aprovecho todos los puntos diacríticos y entiendo que dice انية (Anaya), correspondiendo la población á la antigua Thiar del itinerario romano, cerca del convento arruinado de San Ginés, término de San Miguel de Salinas, donde subsiste el nombre en las Cuevas de Anaya, sobre la raya misma de la provincia de Mur-

nuestros fugitivos ni á nuestros contrarios, ni se hostigue á nuestros protegidos, ni se nos oculten las noticias que haya de nuestros enemigos. Tanto él como sus nobles pecharán cada año un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro almudes de cebada, cuatro azumbres de mosto, cuatro azumbres de vinagre, dos azumbres de miel, dos azumbres de aceite [1], y la mitad de esto los siervos. Fueron testigos Otmán, hijo de Abu Abda, el Coraxí; Habib, hijo de Abu Obeida, el Fihrí; Abdalá, hijo de Meicera, el Fahmí, y Abu Cáim, el Hadalí; y fué escrito en el mes de recheb del año noventa y cuatro de la hégira (abril de 713).»

Comprendió Teodomiro que, aislado en un rincón de España, á la corta ó á larga habría de sucumbir al número; á Abdelaziz no convenía entretener más tiempo unas fuerzas que necesitaba para acabar la ocupación de Cataluña y Navarra, de Galicia y Portugal, y ambos capitanes, prudentes al par que esforzados, vinieron al acuerdo y capitulación más memorable de la conquista, aun cuando se haya exagerado su verdadero alcance. Teodomiro no creó ni conservó un reino independiente, ni un estado tributario, como los muchos que hubo en la Edad Media en España, y en los cuales el príncipe pagaba un subsidio determinado y único á su vence-

cia. El traductor de Rasis leyó Denia, y escribió Orta por Lorca, no por esta supuesta Ota.

[1] El almud árabe era menor que el nuestro y valía próximamente un litro. Véase Sauvaire, *Mat. pour servir à l'histoire de la num. et de la métrol. musulm.* 3.e partie, arts. مد y قسط .

dor; aquí el tributo era personal de todos los habitantes, como súbditos del califa, salvo que se les dejaba el uso de su libertad y de sus bienes, con el ejercicio de la autonomía en el gobierno de sus ciudades. De autonomía parecida gozaban los cristianos de otros pueblos, que obedecían á sus condes y obispos, pero en Orihuela se hizo la dignidad inamovible y hereditaria, á diferencia de otras partes, en que el jefe se cambiaba á voluntad de los gobernantes.

La extensión de los dominios de Teodomiro no abrazó tampoco una provincia gótica entera, según se ha creído, ni siquiera la totalidad de la actual de Murcia, pues de lo contrario, no se hubieran podido reservar para el califa las tierras regadas por el Segura, más tarde distribuídas á los soldados egipcios de la expedición de Balch, que en tiempo de Abuljatar se mostraron tan amigos de Atanagildo, hijo y sucesor de Teodomiro. Las plazas fuertes de este feudo formaban en la ciudad de Valentela, antecesora de Murcia, como una cruz figurada por la línea de Alicante, Orihuela, Valentela y Lorca, junto con la de Anaya, Valentela, Mula y Bigastro, apoyándose así unas á otras y defendiendo todas á la capital. No es esto negar ni rebajar el mérito real y efectivo de los cristianos del SE., sino colocarlo en su justa medida: el jefe godo no pudo soñar en restauración ni independencia política, y se contentó con la puramente administrativa y religiosa.

¿Cuál es la verdadera fecha de la capitulación? El

Ajbar Machmúa y la mayoría de los árabes la colocan en 711, Abén Aljatib[1] da una referencia que la lleva á 712, el documento copiado por el Dabí dice abril de 713, Rasis la pone después de julio del mismo año, el sitio donde habla de ella Almacari[2] induce á tomar la de 714; y aunque parezca temeridad, yo no acepto ninguna de ellas, ni aun la del Dabí, que pasa por incontrovertible. Llama la atención desde luego, que tras de uno ó varios encuentros en campo abierto, un sitio de plaza, por corto que fuera, y una negociación de paces, resulte todo terminado en abril, lo cual supone unas operaciones empezadas cuando menos en enero, contra las costumbres militares de la época. Admitida, pues, la necesidad de una enmienda en el mes, me obliga á extenderla al guarismo del año la consideración de que Abdelaziz habla en nombre propio como jefe supremo y sin referencia alguna á su padre, indicio, á mi ver, de que ya entonces mandaba solo en la Península; y corrobora esta opinión la circunstancia de que el Anónimo latino, puntual siempre en el orden de los acontecimientos, aunque yerre no poco en los guarismos de las fechas, nombre á Teodomiro y sus hechos de armas precisamente en el sitio que corresponde á los actos del primer año de Abdelaziz, ó sea el 715. Los doctísimos Dozy y Tailhan tienen el pasaje por dislocado y el último lo lleva en su magnífica edición

[1] Casiri, II, 105.
[2] *Cr. ar.*, I, 192.

á otro lugar del que ocupa en los códices; pero yo lo encuentro todo explicado, si se intercalan un par de versos [1], por negligencia omitidos en el primer original, cosa más llana que una transposición de tanto bulto, siempre extraña, según acertadamente piensa Dozy. Repárese, por fin, cuán improbable es una expedición á Murcia cuando el sitio de Mérida, la sublevación de Sevilla y la campaña de Salamanca absorbían toda la atención del invasor, aun inseguro en sus posiciones, y cuán natural se presenta para redondear la conquista una vez dominado el corazón del reino.

Abdelaziz terminó la obra de la ocupación de la península y empezaba á organizar su gobierno [2], cuando murió asesinado al empezar cierto día las oraciones en la mezquita. Como tal estaba habilitada la iglesia de Santa Rufina, junto á la pradera de Sevilla que se llama el Prado de las Vírgenes, y el convento contiguo servía de palacio [3]. Desvanecido por la inmensidad de su poderío y la bien ganada gloria de su familia, Abdelaziz se entregó sin reserva al fausto y disolución, comunes en los potentados orientales, pero

[1] Por ejemplo: *Per idem tempus, dictus Abdalaziz carthaginiensem provinciam adgredit, et cum nobilissimo viro bellum gessit,* nomine Theudimer, etc.

[2] *Anón. lat.*, n.º 42, v. 1030: «Abdelaziz omnem Spaniam, per annos tres, sub censuario iugo pacificans.»

[3] Abén Alcotía (*Cr. ar.*, II, 11) da las señas del sitio, que ha apropiado muy acertadamente á la topografía de Sevilla el señor D. Pedro de Madrazo (*Rec. y bell. de Esp.:* Sevilla y Cádiz, p. 320).

ofensivos á los rígidos mahometanos, descendientes de los compañeros y auxiliares de su profeta, que vencidos por los sirios habían buscado refugio y pábulo á su actividad en África y España. El amor excesivo á Ejilona, viuda de Rodrigo, que de esclava había hecho legítima esposa [1], apodándola Um Ácem [2], dió cuerpo al rumor de que trataba de favorecer á los cristianos, y pudo la especie tener visos de fundamento si la desdichada princesa procuró alguna vez alivio en la suerte de gentes de su religión, raza y partido, reducidos como ella á dura servidumbre. Por último, envidias ó ligerezas mujeriles intervinieron para atizar la hoguera del descontento. Adviértase que la destronada reina no necesitó apostatar para casarse de nuevo, como suelen decir muchos arbitrariamente, porque la doctrina mahometana autoriza el matrimonio legítimo entre musulmanes y cristianas ó judías, vedando sólo el enlace con idólatras; y por esto varios jefes árabes se honraron uniéndose con nobles españolas. Una de ellas habló á su marido Ziyed de algo que al visitar á su reina y amiga había visto en el palacio de Santa Rufina, propio para significar en Abdelaziz un propósito de reemplazar á Rodrigo en el trono, como ya había ocupado su

[1] Moro Rasis (Gay. nº. 15). Adviértase que Ejilona no pudo ser cautivada en Mérida como suponen algunos escritores modernos; porque allí se concedió libertad á todos los habitantes.

[2] De Um-Ácem la traducción de Rasis hizo Ul-ace, Ulaça, Ulaca, Vlaca y Blaca á través de las copias. Pedro del Corral la nombró Elíaca.

puesto en el tálamo; y con referencia á esa señora, se dijo que Abdelaziz ceñía su frente con corona de oro, regalo de la ex reina, cuando se hallaba solo con ella en su cámara; que hacía entrar á los árabes á su presencia por una puerta muy baja, á fin de que inclinaran el cuerpo en señal de servil reverencia al verle, y por fin, que se había hecho cristiano en secreto, acechando ocasión de publicar su apostasía y declararse dueño absoluto de España.

Creció el descontento, cundió la desconfianza, y creyendo que la desgracia de Muza implicaba en Solimán deseo de deshacerse de toda la familia, se dieron por supuestas secretas instrucciones del califa, con lo cual la conspiración tomó cuerpo manejada sigilosamente por Habib, el hombre de confianza que Muza había puesto al lado de su hijo [1]. El mismo Habib asestó el primer golpe, Abdelaziz corrió á salvarse en un jardín inmediato, pero mientras unos conjurados huían despavoridos por ver el intento frustrado, otros más tenaces y más sañudos persiguieron de cerca al infeliz gobernador, y Ziyed hundió en su cuerpo el acero. Cortáronle luego la cabeza, y la llevaron á Damasco secretamente, para no caer en manos de Abdalá, hermano de la víctima, al atravesar el África [2] donde seguía mandando.

Aunque digan muchos lo contrario, el horrible des-

[1] Abén Adarí, p. 55 de la tr.
[2] Abén Abdelháquem (*Cr. ar.*. I, 216); Moro Rasis (Gay., número 15); Abén Cotaiba (*Cr. ar.*, II, 169 y sig.)

pojo no fué, al parecer, muy del agrado de Solimán, por cuanto se mandó instruir sin dilación contra los asesinos un proceso, no incoado por el inmediato fallecimiento del califa, acaecido el 22 de septiembre de 717. Este dato confirma la fecha de la muerte de Abdelaziz, fijada por el *Ajbar Machmúa* entrado ya el mismo año [1], y da para el mando de este gobernador una duración muy aproximada á los tres años del Anónimo latino, con gran número de autores, y á los dos y medio del Albeldense.

De no seguir el mando de Abdelaziz inmediatamente al de su padre, y sus campañas á las de Táric, su nombre figuraría muy por encima del de los demás gobernadores que le sucedieron. Dominó con las armas las extensas regiones del Mediterráneo, del Atlántico occidental y de la cordillera Cantábrica, que Muza no había atacado; organizó la administración y el gobierno, é inauguró una política de atracción simbolizada en su matrimonio, pero rechazada por sus soberbios y codiciosos compañeros, quienes con capa de devoción ya empezaban á encontrar molesta la tolerancia.

Si el asesinato del hijo de Muza procediera, como se afirma, de órdenes reservadas del califa, es seguro que hubiera enviado también secretamente las credenciales necesarias para que persona de su agrado se hiciera cargo del mando sin demora, previniendo

[1] *Cr. ar.*, I, 32. Este libro da la fecha de fines del 98 de la hégira, y el Dabí (p. 373) dice el 99, siempre dentro del 717.

así toda contingencia de peligroso desorden; pero nada de esto sucedió, y Ayub, hijo de una hermana de Muza, ocupó por aclamación la vacante [1], ínterin venía nuevo gobernador competentemente nombrado, que no tardó en presentarse. Era éste Alhor, hombre duro á la vez con cristianos y musulmanes, contrario á la política de atracción de Abdelaziz, sectario ferviente, que contemplando ya suficientemente domeñados á los españoles, dió el paso de hacer escribir con letras árabes en las monedas el nombre de Mahoma, con el título de enviado de Dios [2]; y subyugado todo el haz de la Península, llevó la guerra á las Galias, comprobación de que en 718 cesó aquella resistencia de siete años consignada en un códice del Cronicón Albeldense. La invasión había concluído, la administración económica, objetivo principal de los nuevos amos, se consolidaba, é iba á empezar la lucha por la preponderancia de las facciones y la aspiración á dilatar los domi-

[1] El *Ajbar Machmúa* (*Cr. ar.*, I, 32) y algunos otros (*Ibid.*, p. 217) dicen que los árabes de España quedaron *años* (سنين, p. 21 del texto) sin jefe hasta que eligieron á Ayub. Esto no concuerda con los demás datos de los mismos libros y no es más que una equivocación manifiesta, copiada de unos en otros. Paréceme que el primer original diría ستين يوما sesenta días, lo cual es más creíble, y que olvidada la palabra يوما en una copia, se suprimiera luego un punto en la otra para darle sentido material.

[2] Atribuyo á Alhor las monedas bilingües del año 98 de la hégira. La fecha árabe está muy clara, pero la latina ofrece graves dificultades, que no pueden resolverse sino admitiendo que faltó sitio al grabador para escribir parte de los signos, como alguna vez aconteció en las mismas monedas árabes.

nios del islam por la otra parte de los Pirineos, cuando un suceso que apenas tuvo resonancia en Córdoba vino á enfrenar la vertiginosa carrera de triunfos de la bandera de Mahoma.

Los grandes y los prelados comprometidos en la parcialidad de Rodrigo, con los desengañados á tiempo de la contraria, fueron retrocediendo ante los escuadrones de Muza hasta la región leonesa, adonde hemos visto que se dirigieron como punto de concentración todos los cuerpos de ejército musulmanes, y de allí, no considerándose bastante fuertes para resistir tanto empuje, fueron á buscar último asilo en las vertientes marítimas de las montañas de Asturias. No bien supieron la muerte del rey, se congregaron en la forma acostumbrada para designar nuevo soberano [1], recayendo la elección en Pelayo, parcial también de Rodrigo, y dignatario de su corte. Esto destruye, á la verdad, la teatral proclamación del jefe, alzado sobre el pavés en el campo mismo de la famosísima victoria de Covadonga, pero es más natural, digno y apropiado á la grandiosidad de la obra gloriosa de la restauración, y se acomoda con escrupulosa exactitud á los textos de las crónicas. Alfonso III y el Silense se complacen en dar noticia de la solemne elección como cosa anterior á la batalla é independiente de ella; con su dura sobriedad da á entender el Albeldense lo mismo, y el Arzo-

[1] Alb., n.º 50 y Alf. III, n.º 8; Sil., n.º 20. V. Caveda, *Rest. de la monarq. visig.*, p. 39 (*Mem. de la R. Ac. de la Hist.*, t. IX).

bispo D. Rodrigo pone á Pelayo en escena en seguida de la toma de Mérida [1], es decir, á fines de 713, fecha de la muerte del último rey godo.

En la persona de D. Pelayo se anudó de una manera pacífica, legal y solemne la línea de los monarcas godos de España, desconcertada, pero no destruída por la guerra civil y la invasión extranjera [2]. Por eso no aparece ningún otro caudillo de la restauración [3], hasta tanto que el nuevo imperio franco de Carlomagno sustrajo del yugo agareno, más ó menos nominal y disputado, las vertientes meridionales del Pirineo, y aunque los escritores catalanes modernos hablan de cierto Quintiliano que consta en un documento de Ripoll, el sujeto aludido no es en realidad sino el rey Chintila, cuyo primer año fué el 636, y el amanuense puso por error una C de más, convirtiendo la fecha en 736 [4].

Según apunté en el capítulo anterior, la noticia de la instalación de la monarquía al otro lado de los montes puso á Muza en tal cuidado, que torciendo de la dirección que llevaba, se metió sin más tardanza en Asturias para dispersar aquel centro de resistencia,

[1] *De reb. Hisp.*, l. III, cap. 24.

[2] Los cronicones antiguos y varios de los documentos insertos en el tomo XXXVII de la *Esp. Sagr.*, demuestran que la corte de Asturias se tenía por sucesora de la de los godos y continuadora de la de Toledo.

[3] Repárese que á la corte de Oviedo asistían los obispos titulares de Aragón y Navarra.

[4] Villanueva (*Viaje literario*, t. VIII, p. 48).

cuya importancia no escapaba á su penetración; pero las causas que determinaron la suspensión de la campaña de 714 dejaron á Pelayo descansar sin molestia en su retiro, preparando elementos de combate para imponer respeto á su vecino Munuza, á quien por lo pronto no dejaría de tener quieto y contento con algún subsidio.

No cabe dudar que durante el gobierno contemporizador de Abdelaziz, el nuevo rey estuvo en Córdoba, llamado tal vez para convertir en tratado formal, análogo al de Teodomiro, la tregua de hecho que subsistía entre los musulmanes y los cristianos de Asturias [1], bajo la garantía y protección de Ejilona [2]. Pero la muerte del hijo de Muza y la llegada de Alhor cambiaron la faz de las cosas; las vejaciones del nuevo gobernador exasperaban á los recién sometidos y mal doblegados españoles, las operaciones militares contra la Septimania dejaban sus fuerzas muy enflaquecidas, y aprovechando tan favorables coyunturas, Pelayo salió secretamente de Córdoba, llamó á sí á los desesperados y á los valientes, y secundado por su nobleza gótica, rompió la proyectada inteligencia, abrió las hostilida-

[1] D. Rodrigo (l. IV, c. 1.º); Almacari (*Cr. ar.*, I, 230). Muchos autores árabes hablan de Pelayo con más ó menos exactitud, pero ninguno conozco que le llame *rumi*, como corre por varios libros.

[2] Este estado de buenas relaciones, que yo admito por conjetura, lo da Borbón por demostrado, puntualizando sus condiciones, merced á ciertos textos árabes que nadie ha visto mas que él.

des y su triunfo de Covadonga en 718, primer hecho notorio de su espada y principio real de la reconquista, se tomó como principio efectivo de su reinado, casi nominal hasta entonces.

Alcama, jefe de la expedición árabe enviada contra el insurrecto, quedó muerto en el campo, Munuza evacuó á toda prisa el territorio; pero los gobernadores de Córdoba no abandonaron del todo el empeño de deshacer el nuevo reino, y cada campaña y cada derrota fueron tomadas sucesivamente por la primera, dando origen á otros tantos puntos de partida para el reinado del glorioso restaurador de la patria, y á indecible confusión en la cronología.

El terrible drama de la pérdida de España no es un hecho sin ejemplo en la historia, y los sucesos en ella acaecidos tienen gran semejanza con los acontecidos en Siria. Esta provincia romana, no obstante la fuerza del imperio que la apoyaba y defendía, no tardó más que siete años en ser sojuzgada, los mismos que resistió España aislada y dividida; allí hubo más y más calificadas defecciones que entre nosotros, y también los príncipes de Biblos intentaron una restauración, neciamente sofocada por los acobardados emperadores. En uno y otro lado, la causa de la religión quedó á salvo en el primer momento [1], como lo prueban los escritos

[1] Acerca de la situación de los cristianos de Oriente, bajo los primeros califas, véase lo que dice Assemani (*Bib. Orient.*, t. III, parte 2.ª, p. 96 y siguíentes).

de San Eulogio para Andalucía, y el pueblo, sujeto antes y después á cultivar la tierra, bien en servidumbre, bien en aparcería, para los grandes propietarios, moros ó cristianos, quedó indiferente á un cambio de dueño en el orden político [1], una vez que al parecer no se le inquietaba en el de la conciencia.

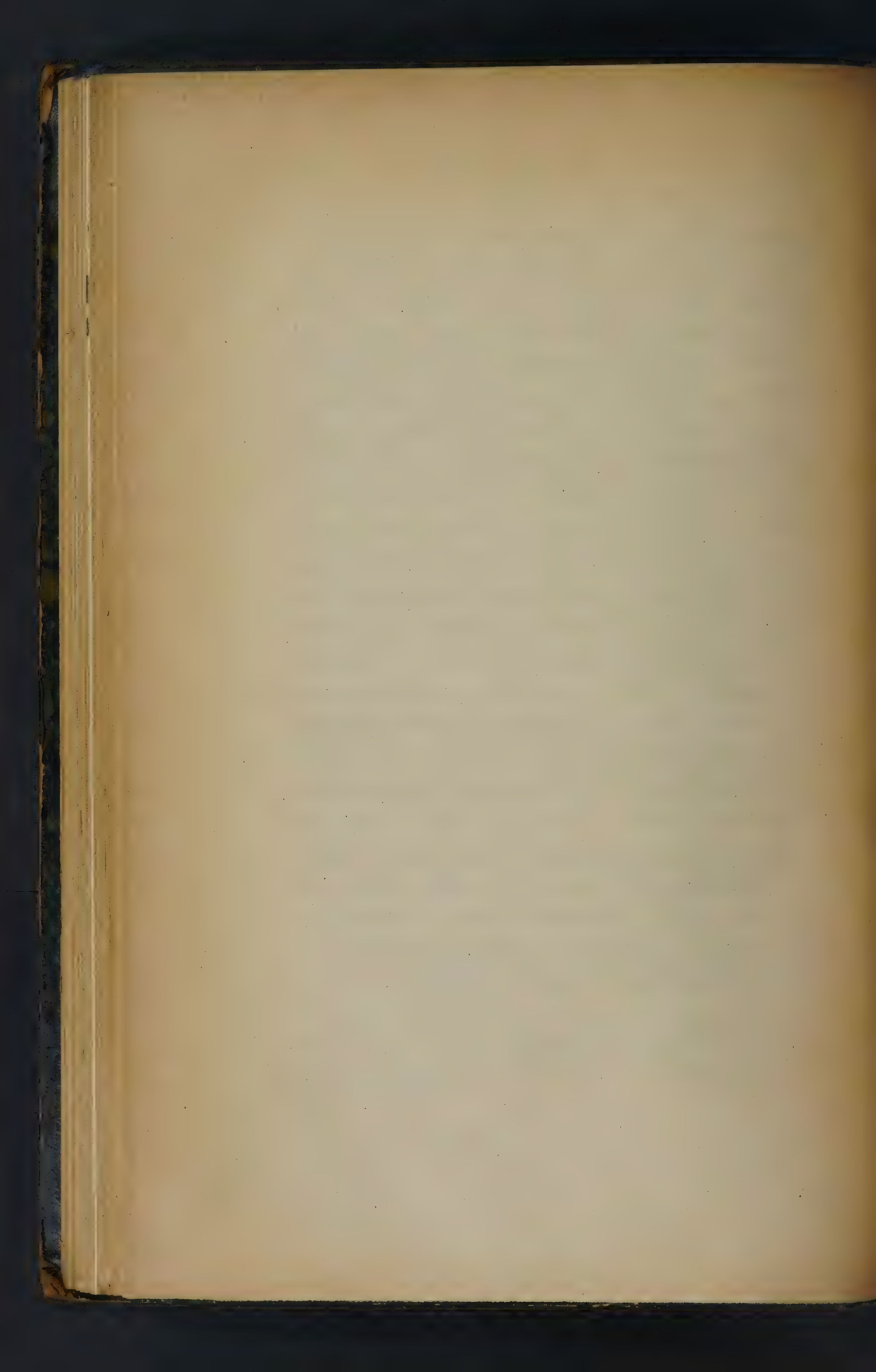
Sólo los señores principales, así godos como romanos, despojados en todo ó en parte de sus bienes raíces, tenían interés en rechazar al enemigo tan insidiosamente metido en el corazón del reino, y sería injusto decir que faltó valor y tenacidad á los que pelearon en Barbate, en Écija, en Córdoba, en Mérida, en Segoyuela, en Villabaruz, en Santa María de Lugo, en Orihuela, en Pamplona y en muchos otros lugares que callan las crónicas. Tampoco se puede admitir una general relajación de costumbres que entibiara la fe católica, pues de tantos jefes como pelearon y fueron vencidos, sólo tres, los de Ejea, Santarén y Coimbra apostataron para eximirse de la expropiación y del tributo [2].

Ni es lícito hablar de la decadencia intelectual de una gente, cuya ilustración innegable durante la paz

[1] La condición social de los españoles vencidos se encuentra muy bien explicada por Dozy (*Hist. des mus. d'Esp.*, II, 38 y sig., y *Rech.*, I, 74).

[2] Deduzco esto, según antes tengo dicho, de ver que tales distritos son los únicos exceptuados por Muza del reparto de tierras. V. Dozy (*Rech.*, 3.ª ed., t. I, p. 74); Embajador marroquí (*Cr. ar.*, II, 200).

sirve con harta frecuencia de argumento para rebajar, con exceso, la influencia atribuída con no menor extremo á los nuevos huéspedes en la cultura española. La causa verdadera de la catástrofe fué un espíritu universal de indisciplina, nacido de la exageración del particularismo germánico. De esa perniciosa condición, anatematizada en concilios repetidos, nacieron la anarquía á la muerte de Wittiza, la apelación al extranjero á la proclamación de Rodrigo, y la lucha individual después de la elección de Pelayo, prefiriendo todos el yugo del extraño á la elevación del allegado. Una tras de otra fueron cayendo las más fortalecidas ciudades, no se cuidó Teodomiro de concertarse con los asturianos ya organizados, ni más tarde pensaron los Beni Cací de Aragón, ni Omar ben Hafsún en Andalucía, en someterse al rey de León para triturar juntos el califato de Córdoba y resucitar la antigua patria. Y es porque tal concepto de patria no existía entonces con la amplitud y elevación que alcanza entre nosotros los hijos del siglo XIX; la familia, la tribu, la ciudad eran el ideal de los antiguos, y el verdadero patriotismo no ha podido surgir hasta que una nación constituída conforme á los principios de la civilización moderna se haya visto atacada en su independencia, como la España de 1808.



APENDICE

Fragmentos inéditos de la crónica llamada del Moro Rasis.

(Véase la página 10 *del capítulo* I.*)*

Despues esleyeron los Godos por rey á Benete [1] et fue mui buen rey et mui derechero, et ante ni despues nunca España fue tan asosegada con rey nin con Príncipe que oviese, porquell nunca quiso mal á ninguno nin otro siglo fizo ninguno, nin ovo tan soberbio home ni tam poderoso en España en todo su tiempo que poco ni mas se trabajase, de facer mal á ninguno mas antes vivieron en paz ansi los unos como los otros en vicio et abondamiento ansi ricos como pobres en su tiempo abondo et complio Dios ansi la tierra de todos los bienes que todos avien lo que les era menester et este fizo las mas buenas Yglesias que hay en España, et este fizo tener en las Yglesias de Toledo todas las buenas piedras marmoles, que hi estaban et fízolas traer de luenga tierra et fízolas mui bien labrar et moraba siempre en Toledo fasta que murio, et enterraronlo en Santa Leocadia et reynó ocho años.

Despues esleyeron los Godos por rey á Etanto [2] et tanto

[1] Wamba. Solo un árabe pudo cambiar بنبة (Banba) en بنتة (Benete.)

[2] De Ervigio, en árabe اربيه (Erbiyo) pudieron hacer ارنته (Eranto) y los copistas Etanto, confundiéndolo luego con el adverbio siguiente. En el ejemplar que copio dejaron el nombre en blanco.

que el fue rey comenzo á España de ir mal et de mal en peor que Dios la destroyo ansi por fambre como por mortandades que todos fueron acordados de desamparar quanto havian et de hermar toda la tierra et quando el esto vido que toda la gente era en tal acuerdo, ovo mui gran pesar, et fizo venir á todos los ricos homes ante si et todos los Obispos et quando todos fueron con el en Toledo, et los Obispos eran ochenta y cinco, et el huvo sus consejos con ellos et el acuerdo fue este que le consejaron que abriese todos los tesoros et que los partiese con todos los Pobres, segun las compañias que cada unos avien, et ansi se fueron manteniendo los Pobres con los ricos en guisa que no hermaron la tierra et quando esto fue andaba la Era de cessar Augusto, en setecientos cinquenta años, et murio en Toledo et reyno siete años.

Despues de el reyno Abarca [1] que era mas heredero de el reyno et por eso lo esleyeron los Godos por rey et pues que el tovo la corona del reyno comenzo de facer muchas brabezas por España toda, et mui sin razon, et con su follonia mató et destruyó et desterró todos los Señores de las Españas, et despechaba todos los Pueblos, mui descommunalmente et nunca quiso que en toda su vida oviese privado fidalgo ni esforzado, ni tal home que el entendiese que le diria cosa contra su voluntad, et este rey tomaba las mugeres agenas de que se pagaba, et mandaba matar los maridos et este fizo tantas fuerzas et tanto mal que que non ha home que vos lo pudiese contar et reyno diez y seis años.

Despues que fue muerto et soterrado los Godos et los de España fincaron tan espantados del mal que recibieran tan prolongadamente que non quisieron elegir rey sin gran Consejo et embiaron llamar á todos los mejores de España que eran fuera de la tierra et por todos los mejores de las Cibdades, ansi Clerigos como seglares et despues que todos fueron ayuntados en Toledo apartaronse todos los mejores et mas letrados en la Yglesia de San Pedro et tovieron por bien

[1] Égica. De إيقة (Eica) como escriben los árabes hicieron إبقة (Abaca) y los copistas Abarca.

de elegir por rey á un fijo de Abarca que havia nombre Acosta [1] que era mui buen Cavallero et mui esforzado et de buen seso et mui gracioso, et a el pesaba mucho en el tiempo de su Padre por quanto mal el facia a todos los del Reyno et pues que el dieron el señorio et pusieron en el sus firmezas mui grandes de lo que le ficiesen los Consejos, et los fijosdalgo con juras et juicio por que el non pudiese pasar contra ellos ni ellos contra el, sino por Cortes ó por derecho, et pues que esto fue fecho et puesto et ordenado dieronle la Corona del Reino, et el puso en la cabeza, et salió con ella de la Yglesia, et ansi lo llebaron mui noblemente et con mui grandes alegrias a la morada de los reyes et el finco en Toledo et cada uno de los otros fue adobar de su pro et fizo fincar consigo aquellos que entendio que le cumplian en su casa, et este Acosta fue mui buen Rey et mui derechero et mantovo todas las cosas que prometio á sus Pueblos et fizoles mas merced que nunca rey de los Godos fizo en España et fue tam buen rey et de tam buena alma que nunca quiso aver guerra con ningun Rey ni con ningun Señor de fuera de España, et vivieron en España en su tiempo en paz, et en justicia et en placer, et avian cumplimiento en todas las cosas que havian menester et reyno quince años et murio en Toledo et soterraronlo mui honrradamente en la Yglesia de Santa Leocadia, et fasta en su tiempo nunca murio rey que tanta mengua ficiera, tam bien á Pobres como á ricos. Dios le de buen Paraíso.

Al tiempo que Acosta el buen Rey de toda España morio en Toledo, fijo que fue del rey Abarca, fincaron del rey Acosta dos fijos pequeños el uno que decían Don Sancho [2] et al otro que decían Elier [3] et a la hora que fue muerto et lo sopieron por toda España fue la vuelta tan grande que todas las mas gentes et los mas altos homes de toda Espa-

[1] Wittiza. El Sr. Fernández y González ha demostrado la identidad de estos nombres (*España Moderna*, t. XI, pág. 83 y siguientes.) Abén Jaldún escribe غسطة (Gosta) por غيطيشة.

[2] Este es Achila.

[3] Olmundo.

ña se comenzaron luego á juntar unos contra otros et aquellos que eran en Toledo á do el rey Acosta tenia su corte cuando murio non quisieron que el infante don Sancho que era el hijo primero, et eredaba el reyno alzasen por rey mostrando razon que era ansi de pequeña edad et que non podria governar el Señorio de España á menos que otros lo rigiesen, por ende que se non governaria de aquella manera que debia et aun podria ser que por su niñez España podria venir á sojuzgacion de algunas partes estrañas, o de el Emperador de Constantinopla ó de los Romanos por las divisiones que entre los altos homes de España podrian recrecer queriendo cada uno señorearse de lo que sino non fuese ansi como ya se comenzaba á facer, lo cual facia que los Godos non consentieran, ni querien tener tierra por otro sinon por si et habia ay dos Cavalleros poderosos et de gran poder, que tenian los Ynfantes fixos de Acosta et estaban con ellos en Cordoba, ca alli se criaban, al uno decían Diocleciano [1], este criaba et tenia á don Sancho et al otro tenia Narba [2], este tenia a Elier empero ambos a dos eran mucho amigos, et ansi como supieron la muerte del rey Acosta, ordenaron entre si, et con algunos de sus amigos, porque el gobernamiento del Reino vernia a ellos, que los alzassen por reyes amos a dos et que partiessen las tierras de España, a don Sancho toda España desde Duero arriba assi a traviessa por Vizcaia, et toda la otra tierra de escontra Oriente [3], et á Elier á Galicia et á las Esturias con Portogal, et con lo que toma la Cibdad de Leon [4], et secretamente trataban con algunos de los altos homes de España que fuesen en este fecho et non curaban de otra cosa, sinon de como ellos lo podrian acabar, et estando ansi la tierra sin rey en tal division que non se podrian acordar los unos con los otros comenzaron de haber entre si bandos et muchas peleas et matabanse de mui mala manera, ansi

[1] Rechesindo. Los más de los ejemplares dicen Diochesiano.
[2] Artavasdes, otro de los hijos y no segundo tutor.
[3] La Tarraconense y la Narbonense.
[4] La *Gallaecia*.

que si mucho les durase non podria ser si non comienzo de mucho mal, et quando todas las gentes de España vieron que Diocleciano et Narva á los Ynfantes querian alzar por Reyes dijeron que lo non consentirian ca ellos aun non eran de tal edad que reyno sopiesen mandar, et que pues ellos ansi eran acordados en tal tiempo facer reynar á estos Ynfantes que farian facer cosas a sus enemigos que nunca se podrian dar consejo, et por razon non quedo villa en toda España que se non alzase et que se non ficiesen mal los unos a los otros, ansi como si fuesen enemigos mortales, ca ellos se mataban unos a otros et se robaban et captivaban como si de siempre aca fuesen enemigos en quel guisa et metieron en captiverio et en servidumbre, pero a la cima desque todos vieron que tanto de mal se facian ayuntaronse aquellos que se dolian de como se perdia la tierra et ovieron consejo que non ficiesen á ninguno de los Ynfantes reyes et tovieron por bien que diesen el poder a quel que entendieron mejor entendimiento avria para mantener el reyno et fallaron que del linaje del rey havia un home bueno et mui sesudo et esforzado, et de ardid et tal que bien debe ser regidor et gobernador de toda la tierra et que aquel daria a cada uno su derecho et que por cosa del mundo non lo dejaria et este era primo cormano.....

(Aquí hay una interrupción y en otro lado sigue):

..... farian por el mismo: et quando Don Sancho[1] fue partido del rey andaba por sus jornadas fasta que llego cerca dellos et fizo venir ante si homes que le dijeron de los Moros, quantos eran y fizoles contar todos los suios y fallo bien tres tantos que los Moros et hubo de esto gran placer, et tobo que se le non defendieran, et puño de esforzar su gente y fue con los Moros lo mas ayna, y quando los Moros sopieron que el poder del rey Rodrigo venia sobre ellos ovieron mui gran miedo empero ovieron de salir del Montio y movieron contra ellos y pasaronse al llano, et don Sancho que los vio anduvo tanto fasta que llego bien cerca donde ellos eran y embioles decir que se

[1] Este es el Bancho de Abén Adari.

le rindiesen antes que los matasen á todos et ellos tovieron el mandato en poco y á el por sandio, et embiaronle decir que salieron ellos de su tierra por eso, et estonces aplaçaron la batalla para en otro dia et desi cenaron et pasaronse á folgar et cada una de las partes puñaron de haver aquel mejor consejo que pudieron haber, et todos ficieron catar sus armas y requerir sus cavallos si le fallecia alguna cosa que pudiesen corregir et pararon facienda lo mejor que les semejó.

Luego otro dia quando el Alva queria salir comenzaron ellos todos de se armar, et despues que todos fueron armados lo mejor que ellos pudieron venieron al campo y pararon sus haces asi los Moros como los Cristianos cada unos como mejor pudieron facer y desque la gente estubo queda y cada uno que aguardasen, y si viesen bien en los Moros, et ellos tobieron por bien de estar quedos et que sufriesen que los Christianos que los viniesen ferir, et don Sancho que era el mas esforzado cavallero que estonces havia en España quando esto ende vido plogole mui mucho et ante que golpe a ninguno oviese dado et recivido cercoles al rededor y dijo que ante que los dejase que ante serian todos muertos que non havia el por cosa facedera que los moros pudiesen escapar et tanto esto que dijo metio la lanza so el brazo y paro el escudo ante los pechos y comenzo a ferir en ellos et a facer tales cosas y tales maravillas quales otras home nunca vido y a tantos le vieron ferir y vieron las marabillas que facia y asi los Moros como Cristianos todos pusieron esfuerzo y vinieronse á ferir los unos con los otros lo mas esforzadamente que ellos pudieron como aquellos que eran enemigos mortales, et los Cristianos comenzaron á ferir en los Moros por todas las partes a la redonda et dabanse tan grandes golpes que maravilla era por cada lugar por donde podian y todos facian lo mejor que podian, mas non ha home en el mundo que pudiese contar las cosas que don Sancho facia por sus manos, pero quiso Dios que a mal de su grado y todos los otros Cristianos quebrantasen los Moros las haces de los Cristianos, y mataran alli a don

Sancho y tantos de los otros que maravilla era y vencieron el Campo y seguieron al alcance en pos de aquellos que fincaron matando, y desque vieron que non havia ya home de que se temiesen nin que le embargo diese volvieronse alli donde la batalla fue desbaratada, y prendieron toda la gente que ay allaron o toparon y todas las otras cosas y ovieron et partieronlas entre si, y la otra gente que hay fallaron muerta de la suya soterraronla, y desi dieron gracias a Dios por la merced que les ficiera y de la honrra que les diera, et desi Tarife alongose un poco de alli donde fuera la lid pero era ya el sol puesto, et fizo fincar todas las tiendas a mui gran sabor pero que todos andaban mui cansados del afan de las armas y de los golpes que dieron et recibieron y desi cenaron et folgaron toda aquella noche, et quando vino otro día por la mañana fizo Tarife venir ante si todo aquello que obiera de la batalla y non fallo cosa que algo valiese, si non eran cavallos y armas y fizo venir ante si todos los peones y dioles aquellos Cavallos, et fizo Cavalleros de aquellos peones los mas dellos et tanto que esto obo fecho fizo ante si venir todos los viejos de buen seso y todos los de su Consejo et dijoles: amigos nos bien debemos saber que Dios ovo de nos merced quando nos ayudó et quiza que tenemos tanta gente quanta nos vino et pues nos Dios ayudó nos non havemos que temer, pero conviene que traigamos nuestra facienda con seso y con recaudo ca en otra manera mui ayna podriamos prender mui gran daño et por esto vos digo que puñedes de haber buen Consejo y decid como queredes que fagamos y estonces dijeron muchos y de muchas guisas pero a la cima acordaronse que fuesen adelante por España y que tomasen de eso que fallasen desi alli torno de Belasyn que era home que no temia el rey con tal fecho, y que siempre estava en la Corte del Rey Rodrigo, quando le llegaron las nuevas de como fuera la batalla, y de la buena andanza que ovieron los Moros y quando sopo en como don Sancho era muerto y todos los otros que con el fueron nunca pesar le vino que con este se igualase, y bien alli donde estaba ante todo

dijo, ay Sr. Dios fijo de Santa Maria yo ya bien veo quanto mal fize y que tanta ira veo sobre mi quando tu Señor sofriste que yo viese la muerte del espejo de la Cavallería de España, et agora rey captivo, et desaventurado, que faras viejo astroso y mezquino desque non huvieres ante ti en batalla aquel que te daba esfuerzo et que era escudo fuerte el mui buen mi sobrino, y ya mientras Dios fuere en los Cielos nunca podrás facer caballero en España que de nos haya tan gran sentimiento et vos erades, el valiente, et vos mi sobrino erades el esforzado, et vos erades el piadoso, et vos erades el agradoso et vos erades el mortal ponzoña aquellos que á nos desamabamos vos erades el leal amigo a quien lo prometiesedes, y que dire, ay mezquino? vos mi sobrino erades el mi brazo diestro y la vuestra espada era temerosa sobre todas las del mundo que yo nunca vi, y de la qual yo nunca oi fablar, et ay Dios Señor, que ganastes vos que por los mis pecados tollistes de sobre la tierra home que tan bueno era y tanta mengua me fará et Señor bien sabedes vos porque lo ficistes por me dar á entender que mala muerte se me allega, y Señor si a vos pluguiere mejor fuera que yo viejo mezquino muriese y fincara aquel mi sobrino que era mi esfuerzo, y quando el esto decia, lloraba y maldecia la hora en que el fuera nacido, y muchos estaban hi que les pesaba mui mucho, y otros muchos lo veían como se maldecia mas non havia hi home á tal que le osase decir que se callase ca este era el home del mundo de que mayor miedo havian quando estaba sañudo pero desque el vido tal fecho como este, tal se paró que non sintio home del mundo que del non huviese duelo et algunos que de su enojo se sintieron venieron para el y confortaronle lo mas que pudieron, et ficieronle entender que en facer duelo non le venia pro ninguna mas que punase de aber en quanto pudiese otro Consejo, que llorar y facer duelo no era para rey ni para gran Señor.

Et luego mando juntar todas las mas gentes que en todo su Reino havia et mando que se guisasen para la batalla

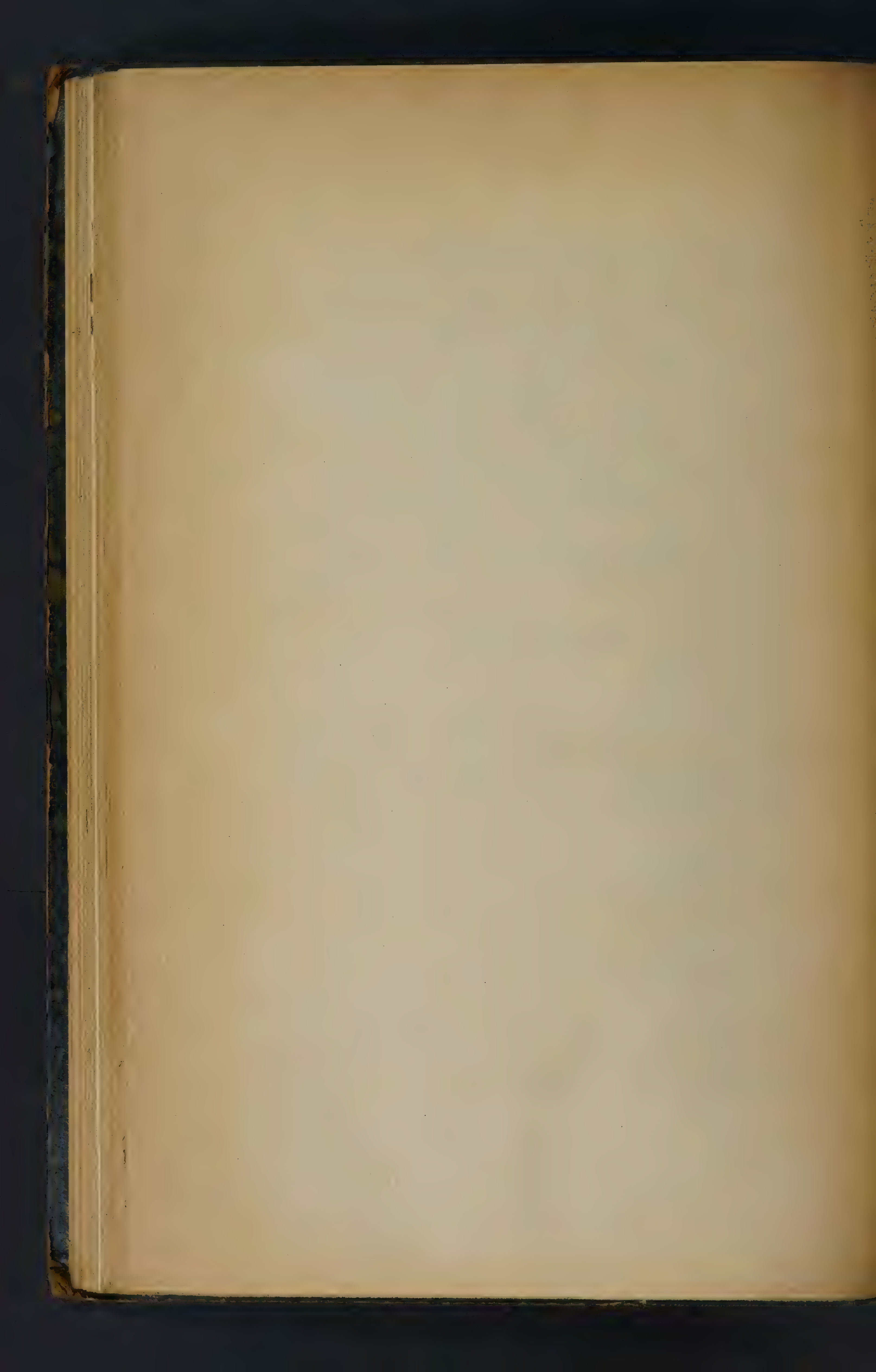
contra los Moros, et Tarife que se entraba por España en cuanto podia et fueron en poco de tiempo juntados por el rey Don Rodrigo, et que vos contaremos del Rey de como venia para la batalla, y de las vestiduras que trahia y que eran las noblezas que trahia y non creo que ha home que las pudiese contar ca el iba bestido de una arfolla que en esse tiempo decian purpura que estonces traian los Reyes por costumbre et segun asinamiento de los que la vieron, que bien balia mil marcos de oro y las piedras y los adobos en esto non ha home que lo pudiese decir, que tales eran, ca el venia en un carro de oro que tiraban dos mulas estas eran las mas fermosas y las mejores que nunca home vio et el carro era tan noblemente fecho que non havia en el fuste ni fierro mas non era otra cosa sinon oro y plata y piedras preciosas, et era tan sotilmente labrado, que maravilla era, y encima del carro habia un paño de oro tendido y este paño non ha home en el mundo que le pudiese poner precio, et dentro, so este paño estaba una silla tan rica que nunca home vio otra tal que le semejase et aquella silla era tan noble y tan alta que el menor home que havia en la hueste la podría bien ver, et que vos podría home decir que desde que Hispan el primero poblador que vino á España fasta en aquel tiempo que el rey Don Rodrigo vino á aquella batalla nunca fallamos de rey ninguno nin de otro home que saliese tan bien guisado nin con tanta gente como este salio contra Tarife et anduvo a tanto por sus jornadas fasta que un Savado en la noche llego adonde Tarife y toda su gente eran y tanto fue el miedo que les puso que nunca se osaron apartar et quando fue otro dia Domingo por la mañana comenzaron la batalla y lidiaron tanto fasta que escurecio y desta guisa ficieron cada dia fasta otro Domingo nunca quedo la pelea y de se matar y quando fue Domingo a hora de medio día quiso Dios ansi facer, y vencieron los Moros et non havia ya home nin muger que les ayudase sino ellos mesmos que por fuerza ovieron de dejar el campo y los Moros fueron en pos dellos et siguieron el alcance et mataron a aquellos que pudieron

fuera aquellos que pudieron fuir et vencieron los Moros la batalla et despues que la lid fue vencida juntaronse todos et cataron los muertos et tomaronlos las armas et quanto tenian, et nunca tanto pudieron catar que pudiesen catar parte del rey don Rodrigo, mas de este ganaron toda la tierra de mar a mar, y los Cristianos, quando se volvian que venian recobrando diz que vieron estar una huesa y que asmaban que fuera suia por la nobleza que en ella vieron y mui abondada en todo y dicen que fue rico y abondado en toda su vida, et diz que fue señor despues de Villas y Castillos et otros dicen que moriera en el mar, et otros dijeron que moriera fuiendo a las montañas y que lo comieran bestias fieras y mas desto non sabemos et despues a cavo de gran tiempo fallaron una sepoltura en Viseo en que estan escritas letras que decian ansi. Aquí yace el rey don Rodrigo rey de Godos que se perdio en la batalla de Saguyue.

(Á continuación sigue lo publicado por el Sr. Gayangos en el tomo VIII de las «Memorias de la Real Academia de la Historia»).

ÍNDICE

GRABADOS



ERRATAS

Págs.	Línea	Dice	Debe decir
3	10	sino	como
9	11	La	Esta
10	4	publicó	publico
13	23	1855	1852-1856
50	13	366	346
100	20	perdió	se perdió en
101	9	Sur	Sus
105	penúlt.	389	383
112	29	él	ella
116	1	creer	caer
122	22	308	208
130	14	á larga	á la larga
134	4	Ejilona	Egilona
idem	24	Ejilona	Egilona
140	13	Ejilona	Egilona

